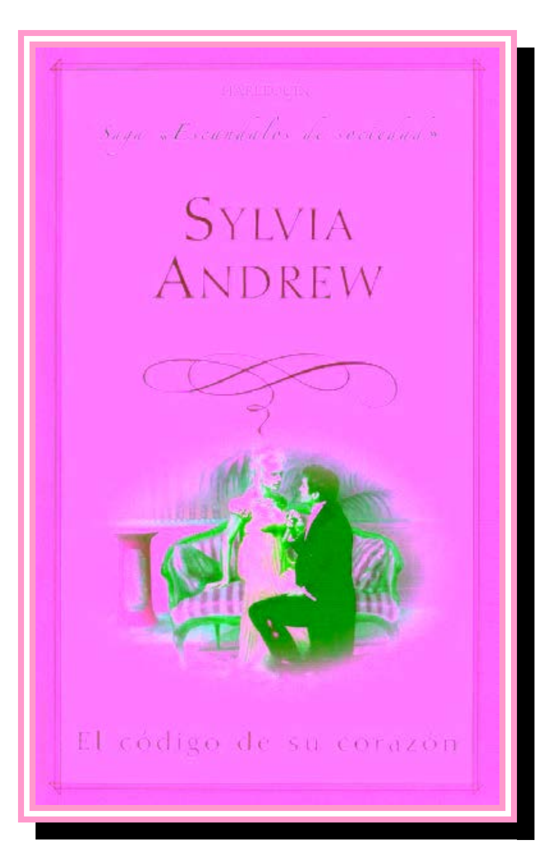
El Código de su Corazón

Sylvia Andrew

7º Serie Multiautor Escándalos de Sociedad



El Código de su Corazón (05.09.2007)
Título Original: An Unreasonable Match (2002)
Serie Multiautor: 7ºEscándalos de sociedad
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Escándalos de Sociedad Nº 28
Género: Histórico
Protagonistas: Robert Dungarron y Hester Perceval

Argumento:

Después de pasar una temporada humillante en Londres, Hester Perceval se recluyó en el desván de su casa para dedicarse por completo al estudio. Su prodigiosa inteligencia le permitía resolver los problemas y rompecabezas más complejos, lo que acabó despertando el interés de "Zeno", un amigo por correspondencia. Cuando descubrió que Zeno era en realidad lord Robert Dungarron, el hombre que la había avergonzado durante la temporada, decidió darse a la fuga. Pero Robert consiguió encontrarla y convencerla para que lo ayudara a descubrir un complot siniestro y enrevesado. Y mientras se esforzaban por resolver el enigma, descubrieron también un amor mutuo que desafiaba toda lógica y razón.

Capítulo Uno

Sintiéndose como un perro pastor a cargo de un rebaño de ovejas, Hester Perceval sacó a sus primas de la tienda del señor Hammond, en el centro de Northampton. Todas estaban muy excitadas, gritando y riendo mientras deslizaban los pies por la acera cubierta de nieve, y aferrando frenéticamente las bolsas que se habían negado a que se entregaran al día siguiente. Incluso a Hester, siempre tan sería en público, le resultó imposible no reírse mientras ayudaba a las niñas a avanzar por la concurrida calle.

El caballero que salía de la oficina de correos quedó encantado con la imagen de cuatro jóvenes damas que torcían la esquina en Abington Street… Unos rostros rosados y animados, protegidos por caperuzas de piel, y unas figuras esbeltas enfundadas en pellizas azules, rojas, verdes y burdeos.

A sólo unos metros de Peacock, Henrietta, la más joven, volvió a resbalar y perdió el equilibrio. Hester logró impedir que cayera, pero tuvo que soltar su bolsa para sujetar a su prima. El caballero se acercó rápidamente a ellas y recogió del suelo la bolsa mojada. La sostuvo en alto un momento y esbozó una encantadora sonrisa.

—No parece que haya sufrido graves daños, pero ¿prefiere que se la dé al chico de la posada para que la seque? Parece que se disponían a entrar en Peacock. Su criado las estará esperando allí, sin duda.

Hester se quedó sin respiración al oír la voz profunda y varonil y ver a aquel caballero alto y apuesto. Dungarran… Imposible olvidarlo, a pesar de haberlo intentado. Afortunadamente, parecía que él no había tenido el menor problema en hacerlo…

—Gracias, señor —respondió, manteniendo la cabeza gacha—. Nuestro mozo llegará enseguida. Ha ido a recoger a mi hermano, que viene de Cambridge. Tenemos un salón reservado en Peacock, donde podemos esperarlo —añadió, antes de volverse hacia sus primas.

—¡Espere un momento! —la detuvo él, poniéndose frente a ella—. Señorita Perceval, ¿verdad? ¡La hermana de Hugo Perceval! Vaya, vaya… —miró a las tres niñas, que se protegían acobardadas detrás de Hester—. ¿Son sus hermanas?

—Mis primas, lord Dungarran.

—¿Pero dónde tengo la cabeza? ¡No se pueden quedar aquí fuera con este tiempo! Vamos, permítanme que las acompañe a la posada. Podemos hablar en el interior.

Hester confió en que su desagradado no se reflejara en el rostro. Era imposible negarse. Dungarran tenía razón al extrañarse de que no las acompañara una doncella ni un mozo, algo inusual en cualquier gran ciudad. Y Dungarran, tenía que admitirlo, era el ejemplo por excelencia de un caballero londinense.

Una vez dentro del local, el posadero la saludó con respeto amistoso.

—El salón está listo, señorita Perceval, y he servido algunas pastas y pasteles por si tienen hambre. ¿Les apetece un poco de café o té? ¿O quizá un traguito de negus? Hace frío ahí fuera, y las compras dan mucha sed.

—Gracias, señor Watkins —respondió ella. El posadero miró interrogativamente a su acompañante—. Lord Dungarran nos acompañará hasta que llegue mi hermano.

—Me gustaría tomar algo más fuerte que negus —dijo Dungarran—. ¿Es buena su cerveza?

—¡La mejor, milord! Pasen por aquí, por favor.

Los condujo a una habitación amueblada con una mesa y bancos almohadillados y en la que ardía alegremente un fuego.

—Aquí estarán muy cómodos. Hemos enviado al chico a Hammond's para que vuelvan a empaquetar la bolsa mojada. Volverá de un momento a otro.

Hester le dio las gracias y el posadero se marchó. Guardó un momento de silencio y volvió a hablar en tono firme y sereno.

—Niñas, quiero presentaros a un amigo de Hugo. Lord Dungarran, éstas son mis primas: la señorita Edwina Perceval, la señorita Frederica y la señorita Henrietta.

Las niñas hicieron una reverencia solemnemente. Las tres le tenían miedo a Hugo, y su amigo resultaba igualmente atemorizante. El abrigo que se había quitado al entrar en la posada tenía cinco capas, por lo menos, y vestía a la última moda con una chaqueta azul marino, una corbata blanca almidonada y unos pantalones claros de ante. Las niñas miraron sobrecogidas su apuesto porte, su pelo corto y negro y sus ojos grises, pero se relajaron cuando lord Dungarran esbozó una encantadora sonrisa.

—Es todo un placer conocerlas, señoritas. Pero, si son tan amables, ¿podrían decirme qué hay en esas bolsas que aferran tan posesivamente?

Las niñas se echaron a reír y, tras dejar las bolsas en uno de los bancos, se desabrocharon las pellizas y se quitaron las caperuzas. Hester las imitó lentamente.

—Son muselinas y sedas para vestidos —dijo Henrietta, la más joven y menos tímida de las tres—. Todas debemos tener vestidos de noche nuevos, y yo también. Robina va a ser presentada en primavera.

Dungarran miró interrogativamente a Hester.

—Robina es mi prima mayor —explicó ella sin mirarlo a los ojos—. Hoy no ha venido. Mi tía la llevará en marzo a Londres para su debut en sociedad.

Sintió cómo el rubor le cubría las mejillas.

Su propio y catastrófico debut, seis años antes, había sido presenciado por el caballero que ahora tenía enfrente. Lord Dungarran había sido una pieza clave en el desastre y, a juzgar por su expresión, a él también le parecía una situación muy embarazosa. Por suerte, el posadero regresó en aquel momento con una bandeja llena de bebidas calientes y cerveza para Dungarran. Retiró las servilletas de la comida que había dispuesta en la mesa, los animó a que disfrutaran del refrigerio y volvió a

marcharse. Hester consiguió recuperar la compostura y Dungarran se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Ha dicho que Hugo ha estado en Cambridge, señorita Perceval? Creía que estaba en Gloucestershire, con Beaufort.

—Y así es. Vamos a encontrarnos con mi otro hermano. Mi hermano menor, Lowell. Llegará de un momento a otro.

Al recordar la inminente llegada de su primo favorito, las niñas corrieron a mirar por la ventana. Hester y Dungarran se quedaron junto al fuego, y ella sintió que debía romper el incómodo silencio que había caído sobre ellos.

—¿Se aloja en el barrio? —preguntó rígidamente—. ¿En Althorp, quizá?

—Eh… no. Estaba en mi casa de Leicestershire, pero el tiempo no acompañaba para salir de caza, así que decidí volver a Londres. Tengo cosas que hacer allí.

Hester tomó un sorbo de vino y se giró para mirar a las niñas. ¿Por qué no llegaba Lowell de una vez? Era imposible mantener una conversación informal con aquel hombre, pero sería muy humillante si le recordaba la niña que había sido seis años atrás… Poco amiga de las charlas triviales, siempre empeñada en discutir de política y asuntos de tierras, incapaz de adaptarse a los modales de la alta sociedad. Y, durante un corto tiempo, enamorada como una estúpida de él. Se ruborizó aún más, invadida por la vergüenza y el resentimiento. ¡Cuánto lo había odiado después de…!

—Espero que el coche no se retrase por culpa del tiempo. ¿Quiere que vaya a averiguar qué ha pasado?

Hester volvió al presente y habló con toda la cortesía que pudo.

—Gracias, pero no es necesario. Hemos llegado muy temprano, casi una hora antes de lo previsto. Pero, por favor, no permita que le hagamos perder más tiempo. Aquí estaremos muy bien. El posadero es un viejo amigo.

—Eso he notado. Muy bien. Acabaré mi cerveza y me marcharé.

A Hester le costó disimular su alivio. Habían pasado seis años, pero aún seguía desconfiando de lord Dungarran. Se alegraría de verlo marchar. Por desgracia, en aquel momento Henrietta se apartó de la ventana y corrió hacia la puerta, gritando el nombre de Lowell. Hester suspiró. Dungarran se quedaría ahora un poco más.

—Creo que ya conozco a su hermano, señorita Perceval —dijo él cuando ella los presentó—. Lo he visto en White's con Hugo, pero nunca hemos tenido oportunidad de hablar. Dígame, ¿sigue viviendo en Cambridge?

Lowell se ruborizó, encantado porque aquel caballero lo conociera.

—No, me vine hace un tiempo —respondió—. Pero aún tengo amigos allí. De hecho, voy a compartir alojamiento con uno de ellos cuando vaya a Londres en primavera. De momento me alojo en casa de Hugo cuando estoy en la ciudad.

—¿Y cómo es que no nos hemos visto más a menudo?

—Oh, Hugo y yo llevamos estilos de vida muy diferentes, lord Dungarran. Cada uno va por su propio camino.

Dungarran asintió.

—Aun así, tenemos que vernos otra vez.

A pesar de su incomodidad, a Hester le divirtieron los esfuerzos de su hermano por imitar los modales de Dungarran. Lowell, normalmente tan seguro y prepotente, se sentía en clara desventaja frente al estatus social que Dungarran tenía en Londres. Pero entonces dijo algo que horrorizó a su hermana.

—¿Se quedará mucho tiempo en Northampton, señor? —preguntó tímidamente—. Mi familia estaría encantada de recibirlo en Abbot Quincey.

Hester volvió a respirar tranquila cuando Dungarran declinó la invitación y expresó con pesar que tenía que marcharse.

—Sólo he venido a la oficina de correos. Tenía que resolver unos asuntos. Señorita Perceval, ha sido un placer volver a verla. ¿Acompañará a su prima a Londres para la temporada?

La pregunta era inofensiva, pero Hester sintió que algo le estallaba en el pecho.

—No estoy segura, pero creo que no, lord Dungarran —respondió tranquilamente—. Tengo… tengo muchas cosas que hacer en Abbot Quincey. Confío en que sea amable con Robina —añadió sin poder evitarlo—. Es muy joven.

Él le clavó la mirada durante unos segundos. Se despidió con una reverencia y una sonrisa y se marchó. Hester soltó entonces un profundo suspiro de alivio y se preparó para el camino a casa.

Más tarde, después de haber dejado a las tres niñas en la parroquia de Abbot Quincey, Lowell volvió a sacar el tema mientras se dirigían hacia Perceval Hall.

—Es un gran tipo, Hester.

—Por favor, Lowell, ¿podemos olvidarnos de Dungarran? Desde que salimos de Northampton las niñas no han dejado de hablar de sus exquisitos modales y de su impecable aspecto. Estoy harta de oír hablar de él. ¿Es que no se te ocurre un tema más interesante?

Lowell la miró con curiosidad.

—Vamos, no ha sido para tanto. También han hablado de las compras que habéis hecho. ¿Qué ocurre, Hes?

Hester no supo qué responder. El inesperado encuentro con Dungarran había removido unos sentimientos que creía haber sofocado años atrás. La furia y la humillación la asfixiaban, borrando de un plumazo el orgullo y la seguridad en sí misma que había intentado reconstruir durante seis años. Lowell esperaba pacientemente. Él y Hester estaban muy unidos. Sólo los separaba un año y siempre habían sido amigos y cómplices. Los dos querían mucho a Hugo, su hermano mayor, pero le tenían mucho miedo.

Hugo era cinco años mayor, un líder nato, con un toque de autocracia, que nunca olvidaba su posición como el mayor de los Perceval, primos incluidos. Cuando Hugo se marchó a Londres, los dos hermanos habían afianzado aún más sus lazos. Hester defendía siempre a Lowell cuando las aventuras de su hermano desataban la ira de sus padres. Y cuando ella volvió humillada de Londres, Lowell fue su principal apoyo.

—Lo siento, Lowell —dijo finalmente, cuando casi habían llegado a casa—. Al ver otra vez a Dungarran me han asaltado los recuerdos de Londres. Sé que no debería afectarme tanto después de todos estos años.

—No tienes que disculparte por ello. Pero ya que has mencionado Londres… ¿De verdad no piensas ir a la capital este año? ¿Mamá ha cedido?

—Aún no. Pero todavía tengo esperanza.

—No creo que cambie de idea. Y aunque lo hiciera, aún habría que convencer a papá. Parecen decididos a ofrecerte otra temporada, Hester.

—¡Pero es absurdo! —protestó ella—. Sólo hay una razón para llevar a una hija soltera a la temporada de Londres. Y puesto que no quiero ni necesito a un marido, sería malgastar el tiempo y el dinero. ¡Y no podemos permitirnos un despilfarro semejante!

Lowell le puso una mano en el brazo.

—Tú podrías convencerlos, pero si no lo consigues, las cosas serán distintas. Ya lo verás. Para empezar, ¡yo estaré allí!

—Oh, sí que lo cambiaría todo, desde luego. Si hubiera sabido que el gran Lowell Perceval iba a estar en Londres esta primavera, jamás se me habría ocurrido discutir con mamá.

—¡Hester!

Ella le sonrió con afecto.

—Espero que tengas cosas mejores que hacer en Londres, Lowell, que acompañar a una solterona a unos bailes a los que no desea asistir o a unas fiestas donde preferiría morir antes que ser vista. No será nada divertido para ninguno de los dos… Esperemos que pueda convencer a mamá antes de que llegue el mes de abril.

Mientras tanto, Robert Dungarran iba de camino a Londres. Las inclemencias del tiempo y el hielo del camino obligaban a avanzar muy despacio, lo que daba mucho tiempo para pensar en el tambaleante carruaje.

Todo aquel viaje a Leicestershire había sido decepcionante. La niebla, la lluvia y la nieve habían arruinado la caza, y la vida social había sido aún peor. Su visita a Northampton había sido una pérdida de tiempo. No había averiguado nada en la oficina de correos. Aquel asunto no revestía gran importancia y podía olvidarlo fácilmente, pero lo más irritante había sido el encuentro con Hester Perceval… ¡Qué extraño que no la hubiera reconocido! Cuando la vio torcer la esquina con sus primas le había parecido una mujer completamente distinta. Risueña, animada y decidida.

Nada que ver con la chica sosa y aburrida que había conocido seis años atrás. El encuentro había sido muy embarazoso, pero si lo que había dicho ella era cierto, no tendría que volver a verla en la temporada…

¿Cómo era posible que Hugo, un hombre refinado y divertido, tuviera una hermana tan insípida?, se preguntó, intentando acomodarse en el asiento para dormir.

Pero le fue imposible conciliar el sueño. Las imágenes de Hester Perceval revoloteaban en su cabeza como fantasmas del pasado. La recordaba muy joven, con diecisiete años. Recién salida de la escuela. Hugo no había querido que fuera a Londres tan pronto, pero sus padres habían insistido. ¿Cuándo fue? ¿En 1805, el año de Trafalgar? No, la batalla de Trafalgar fue el año anterior. Fue en 1806… Al principio había sido muy discreta, observando y escuchando sin participar en ninguna conversación. Todos se habían preguntado qué demonios había aprendido en la escuela. Hugo afirmaba con orgullo que había sido una alumna destacada, pero la chica no parecía tener la menor idea de cómo comportarse en sociedad. No tenía los talentos habituales de una mujer, y ni siquiera sabía bailar. Dungarran había intentado enseñarle unos pasos básicos de baile, al menos. Fue el único que lo intentó, y lo hizo porque se compadecía del pobre Hugo, desesperado por la ineptitud de su hermana. Sorprendentemente, no había sido tan horrible. Hester podía ser muy divertida en ocasiones, y aprendía muy rápido. No había que explicarle las cosas dos veces… Salvo cuando se negaba a escuchar. Dungarran sacudió la cabeza. ¿Una alumna destacada, decía Hugo? Desde luego… y también obstinada, testaruda y sabelotodo.

Se movió en el asiento para buscar una postura más cómoda. Pronto llegarían a Dunstable, y entonces sólo le quedaría un día más para concluir aquel viaje de pesadilla.

Volvió a cerrar los ojos, pero los recuerdos se negaron a abandonarlo. No había estado allí cuando la hermana pequeña de Hugo Perceval se convirtió repentinamente en una especie de cruzada, dispuesta a cambiar el mundo. Unos problemas en Portsmouth lo habían alejado de la capital durante un par de semanas. Pero al regresar se había encontrado a la señora Perceval destrozada, y a Hugo muy furioso. Todo el mundo estaba desconcertado por la impertinencia de Hester. Dungarran sonrió al recordar la indignación de la señora Scarsdale.

—¿Te lo puedes imaginar, Robert? Esa… esa mocosa tuvo el descaro de preguntar por el molino de Matlock. No tengo la menor idea de lo que pasa allá arriba. Sólo visitamos Derbyshire una o dos veces al año, y lo que Arkwright haga con su molino no le importa a nadie más. Pero ese renacuajo… no sé por qué la llamo renacuajo, pues es más alta que yo… ¡Esa jirafa de diecisiete años tuvo la osadía de sugerir que yo debería saber cómo trata a sus trabajadores! ¿En qué está pensando la señora Perceval, al permitir que una cabeza alocada como su hija ande suelta por ahí?

Casi todos los miembros de la nobleza, incluido él mismo, se reían de Hester Perceval. Era imposible tomarla en serio. Debido a su amistad con Hugo, y a que sentía un poco de compasión por su hermana, se había esforzado por guiarla a unas aguas más tranquilas. Pero incluso él tuvo que abandonar, desesperado. Hester

estaba empeñada en su propia caída y se negaba obcecadamente a escuchar las insinuaciones y los consejos directos. Finalmente, casi todo el mundo había decidido evitarla.

Y luego había acontecido el Gran escándalo y Londres no había vuelto a saber más de ella.

Los gritos y exclamaciones le advirtieron que se habían detenido junto al Sugar Loaf, en Dunstable. ¡Al fin! Bajó del coche y se estiró, pensando que pediría una comida decente en un salón privado, disfrutaría de una plácida noche de sueño y al día siguiente estaría en Curzon Street al caer la tarde.

Los dos primeros deseos se cumplieron a la perfección, y Robert Dungarran se levantó al día siguiente sintiéndose descansado y animado. Su hogar de soltero lo esperaba a pocas horas. Pero apenas había reanudado la marcha cuando volvieron a asaltarlo los recuerdos de aquellos sucesos que llevaron a Hester Perceval al destierro.

A la sociedad le divertía, aburría y ofendía el comportamiento indecoroso de la señorita Perceval, pero todo el mundo se quedó horrorizado por lo sucedido en el baile de los Sutherland. Sonrió con cinismo al recordarlo. El rumor tampoco le había hecho ningún bien a Canford, pero él se merecía lo que le había pasado. Tendría que habérselo pensado mejor antes de quejarse por unas manchas en la chaqueta después de haberle dedicado sus atenciones a una chica poco reacia a la que triplicaba en edad. Ese hombre había muerto ya, pero la cuestión que atormentaba a Dungarran era ¿qué habría pensado la sociedad si se hubiera sabido lo que ocurrió en la biblioteca de la duquesa de Sutherland después de la escena de Canford? Nadie lo supo. Nadie salvo Hester Perceval y Dungarran. Al pensarlo ahora, tenía que admitir que quizá hubiera sido un poco duro con la chica, pero animarla a seguir habría sido peor. Se removió incómodo en el asiento, recordando vivamente la escena.

Cuando Dungarran llegó a la puerta de la biblioteca, Canford casi la había echado abajo a patadas, mascullando y jurando vengarse. El conde ofrecía un aspecto lamentable, con la corbata, camisa y chaqueta de terciopelo empapadas de vino. Por lo visto, la chica había derramado una copa del mejor Burdeos sobre él, aunque parecía que le había vertido el contenido de una botella entera. Al entrar en la biblioteca, se encontró con una escena que habría hecho huir a cualquier joven a la moda. Hugo, normalmente tan sereno y circunspecto, estaba hecho un basilisco. Hester, de pie en el centro de la sala, con el corpiño desgarrado y el pelo suelto, estaba en un estado histérico, provocado por las palabras de su hermano.

—Robert, ¿te importaría ocuparte de mi hermana? —le preguntó Hugo al verlo aparecer—. Enviaré a mi madre lo antes posible, pero Hester no puede salir de aquí en este estado, y yo tengo que impedir que Canford monte un escándalo.

A Robert no le quedó más remedio que aceptar, viendo el estado en que se encontraban los dos Perceval. Era crucial calmar a Canford antes de que alguien lo oyera, y no se podía dejar sola a la chica. Hugo salió corriendo y Dungarran y Hester se quedaron solos en la biblioteca.

—Señorita Perceval…

Hester se había calmado lo suficiente para poder hablar entre sollozos.

—¡Todo es culpa suya! —lo acusó—. Nunca me habría ido con ese monstruo si usted hubiera sido más amable.

—Señorita Perceval, permítame que le traiga algo para calmarse. Siento mucho…

—¡No quiero oír sus excusas! ¡Se ha reído de mí, al igual que todos sus amigos! ¡No es usted más que un traje almidonado sin corazón! Dios le ha dado cerebro, pero no sabe cómo usarlo… ¡No me hable! ¡No quiero escucharlo!

Robert hizo una reverencia.

—No me estaba excusando, pero no diré nada más si así lo desea.

—¡Mírese! —siguió ella airadamente—. ¡Todo elegancia, pero vacío por dentro! ¡No le importa romper corazones! Haciendo que me enamore de usted…

—¡Oh, no! —la interrumpió él. Aquello era demasiado, incluso para un hombre con la frialdad de Robert Dungarran—. Eso sí que no. Nunca le he dado la más mínima razón para…

—¡Claro que sí! ¿Por qué si no se ha pasado tanto tiempo enseñándome a bailar, sacándome a pasear, diciéndome lo bonita que soy cuando sé muy bien que no lo soy? Todos los hombres son iguales. Igual que lord Canford…

De nuevo empezaba a perder el control de sus nervios, y Robert hizo lo único que podía hacer. Le dio una bofetada. Hester se había quedado unos segundos de piedra, mirándolo con ojos como platos.

—¡Es… es usted un salvaje! —masculló—. ¡Pegarle a una dama…!

—¿A una dama? —repitió él en tono burlón—. ¿Usted? ¡Escúcheme, señorita Perceval! ¡Si usted es una dama, yo soy el emperador de la China! No es más que una cría testaruda, maleducada e ignorante. Compadezco al pobre Hugo por tener a una hermana tan tonta. Lamento si se ha molestado por lo que ha oído esta noche, pero no me retracto de nada. Haría bien en convencer a su madre para que la sacara de Londres y la llevara a cualquier parte donde pueda aprender buenos modales. Y ahora, si no le importa, me quedaré en la puerta hasta que llegue su madre.

El coche estaba pasando por delante de Hyde Park. Ya casi estaba en casa, gracias a Dios. No era agradable recordar lo que le había dicho a Hester Perceval. La chica había sido un incordio, pero él no debería haber sido tan duro con ella.

Bates, su mayordomo, lo estaba esperando en la puerta y se ocupó de organizar a los lacayos y pagarle al coche con su eficacia habitual.

Era hora de olvidar a Hester Perceval. Con un poco de suerte, no volvería a verla nunca más.

Capítulo Dos

Una semana después del viaje a Northampton el tiempo mejoró considerablemente y empezó a hacer calor. Hester Perceval fue como cada mañana a Abbot Quincey y volvió tranquilamente a casa bajo el temprano sol primaveral. Perceval Hall era un edificio precioso de ladrillo rosa, decorado con un porche y columnas de piedra gris. Una amplia y elegante escalinata de la misma piedra gris conducía a la entrada principal, de la que partían dos alas ligeramente curvilíneas de ladrillo rosado. La casa estaba rodeada por una amplia extensión de césped y árboles… castaños, robes, fresnos y acebos, aunque casi todos tenían las ramas desnudas. Pero la proximidad de la primavera se apreciaba en los narcisos que bailaban a lo largo del camino y en los verdes setos de espino que delimitaban los jardines.

Hester contempló la bonita imagen con expresión melancólica. A no ser que ocurriera un milagro, muy pronto tendría que dejar Perceval Hall para pasar dos o más meses en la capital. La señora Perceval era una madre comprensiva, pero se había negado a cambiar sus planes y estaba decidida a encontrar un marido para su hija. ¡Era absurdo! Ella no quería un marido… y ni siquiera esperaba encontrar uno. Pero, por mucho que había suplicado, razonado e incluso discutido, había sido en vano. Y el tiempo se le acababa. En cuestión de semanas, el señor y la señora Perceval saldrían para Londres acompañados de su hija, para participar en el carnaval anual. Hester apresuró el paso. Tenía que hacer un último esfuerzo para intentar que su madre entrara en razón.

Pero media hora después, el resultado seguía siendo el mismo. Su madre se mostraba inflexible en su decisión, y cada vez era mayor su disgusto por la obstinación de su hija.

—Eres una chica buena y lista, y tu padre te quiere mucho, Hester. No creerás que no queremos lo mejor para ti, ¿verdad? —le preguntó su madre con voz temblorosa.

—¡Claro que no, mamá! Nadie podría tener unos padres más buenos y generosos. Es sólo que… no quiero pasar otra temporada en Londres. La última fue suficiente para mí. Y creo que ya soy lo bastante mayor para saber lo que quiero…

—Por supuesto. Cumplirás veinticuatro años en noviembre, Hester. ¡Veinticuatro años y sin compromiso! Tenía la esperanza de que Wyndham se fijara en ti, aunque apenas ha estado recientemente en Bredington. Pero he oído que ha encontrado a otra persona. Y ahora India y Beatrice Roade también se han casado… las dos con buenos maridos…

—¡Pero yo no quiero un marido, mamá! Oh, ojalá me creyeras. Puedo quedarme felizmente soltera y vivir mi propia vida.

—Querida mía, ya he oído eso otras veces, y te lo vuelvo a asegurar… El único futuro de una mujer es el matrimonio. ¿O prefieres vivir a expensas de Hugo cuando tu padre y yo ya no estemos?

—¡Ni hablar! ¡Hugo y yo nos estaríamos tirando los trastos a la cabeza antes de un mes! Pero, en cualquier caso, es una posibilidad muy remota. Y seguro que podrías convencer a papá para que me dejara una pequeña cantidad de dinero en vez de llevarme a Londres… —sugirió, sentándose junto a su madre en el sofá. La tomó de la mano y la miró suplicante a los ojos—. Si me diera lo justo para vivir decentemente, podría ser muy feliz viviendo sola.

—¿Sola?

—Con una doncella o… o una dama de compañía, si insistes.

—Hester, jamás se me ocurriría sugerirle algo tan ridículo a tu padre. ¡Se echaría a reír! Nuestra obligación es verte casada con un buen marido, y el mejor lugar para encontrarlo es la temporada de Londres —miró con aprobación a su hija—. Podrías ser una chica muy interesante y atractiva, si tan sólo hicieras un pequeño esfuerzo. Ya sabes que tu dote no es gran cosa, pero sin duda habrá alguien en alguna parte que quiera casarse contigo.

Hester torció la boca en un gesto irónico.

—¡Vaya! Muchas gracias, mamá. ¿Un viudo, quizá, con seis hijos y una pata de palo? Seguro que estaría encantado de aceptarme.

—No quería decir eso, y lo sabes muy bien.

No te burles de mí. Aunque un hombre mayor tal vez fuera la solución…

—¡No, mamá! —exclamó Hester, poniéndose seria otra vez—. No quiero un marido de ninguna clase… viejo, joven, viudo, soltero, decrépito, rico… No quiero casarme con nadie.

La señora Perceval miró desolada a su hija.

—Pero, ¿por qué, Hester?

—Porque no creo que haya nadie en el mundo a quien pudiera respetar y quien pudiera tratarme como a un igual. En el mundo no hay hombres así. Al menos no los había hace seis años, y no creo que las cosas hayan cambiado mucho desde entonces. Los caballeros de Londres sólo quieren una cara bonita a la que regalar cumplidos vacíos, una pareja con la que bailar y a la que poder cortejar, un… un espejo para contemplar su propia vanidad. Y cuando finalmente acceden a casarse con una pobre chica, la tratan como… como a un mueble. Alguien que les dé un heredero y que se ocupe de la casa mientras ellos sigan divirtiéndose egoístamente, cazando, pescando y jugando a las cartas.

—¡Para, Hester! ¡Para! Ya está bien de tonterías. No te permitiré que hables así de todos los hombres. Sabes que tu padre es bueno y considerado. ¿Qué otro padre te concedería tanta libertad como la que disfrutas aquí, en Abbot Quincey? Cualquier otro te habría casado hace tiempo con un simple escudero. Siempre ha respetado tu voluntad de estudiar, y está muy orgulloso por cómo has ordenado los papeles de tu abuelo. Si nos lleva a Londres es porque cree, al igual que yo, que serás más feliz formando tu propia familia. Por eso queremos encontrarte un buen marido antes de que sea demasiado tarde.

—Papá es un hombre excepcional, mamá, y admito que ha tenido mucha paciencia conmigo…

—Bien, entonces ¿por qué no quieres complacerlo, y a mí también, superando tu renuencia para ir a la temporada de Londres?

—¡Eso no me garantizaría un marido! A los hombres no les gustan las mujeres como yo, mamá. No tengo que recordarte lo que pasó hace seis años… Tú estabas allí.

La señora Perceval se estremeció.

—Sí, estaba allí —corroboró.

—¡Aquellos supuestos caballeros se rieron de mí! Puede que fuera una inepta y… y estúpida. Pero fueron muy groseros conmigo. No hicieron el menor esfuerzo por entenderme.

No podían creer que una mujer quisiera hablar de otra cosa que no fuera el corte de un traje o el último cotilleo amoroso —frunció el ceño y se encogió de hombros con una sonrisa irónica—. Fui una ingenua al intentarlo. Lo último que querían era que los obligaran a pensar.

—Siempre he creído que yo tuve gran parte de la culpa, querida. Eras muy joven. Hugo me previno para que no te llevara a Londres nada más salir de la escuela de la señora Guarding, y tenía razón. No estabas preparada.

—La señora Guarding es una mujer extraordinaria. No…

—Conozco las ideas progresistas de la señora Guarding para educar a las jóvenes. Puede que sea una profesora excelente, pero sus enseñanzas no preparan a las damas para la sociedad. Te inculcó un montón de nociones sobre la justicia para salvar el mundo. Es digno de alabanza, sin duda, pero nada apropiado para los salones de la nobleza. Y luego el escándalo con lord Canford lo acabó de estropear todo…

Hester se estremeció.

—¡No me lo recuerdes, mamá! Si supieras lo que aquel incidente le hizo a mi autoestima…

—¡Ya lo sé! Después de aquello no tuviste ninguna oportunidad. Me quedé horrorizada al enterarme del comportamiento que había tenido Canford en el baile de los Sutherland. Gracias a Dios, Hugo estaba allí para rescatarte.

—Puede que me salvara de Canford, pero no hizo que me sintiera mejor… sobre todo cuando el noble señor empezó a despotricar ante cualquiera que lo escuchara. La verdad es que tenía motivos —añadió con una risita—. Si realmente creía que lo había alentado, tuvo que ser un golpe muy duro que le derramara la copa de vino encima. Su chaqueta se echó a perder. ¡Cómo debió de sentirse cuando Hugo entró y lo pilló persiguiéndome por la biblioteca!

—Me sorprende que Canford tuviera tantas energías. ¡Debía de tener más de sesenta años!

—Era muy rápido. Pero Hugo se tropezó con el bastón de Canford y los dos cayeron al suelo. Gracias a Dios nadie resultó seriamente herido. El escándalo habría sido mayúsculo si un destacado miembro de la aristocracia hubiera quedado cojo por culpa de mi hermano. Aunque Canford ya arrastraba una ligera cojera… empapado en vino y maldiciendo —hizo una pausa antes de seguir—. Mirándolo en perspectiva, fue un alivio que te vieras obligada a traerme de vuelta a Northamptonshire después de aquello. Ya había tenido bastante en Londres, y Hugo había tenido bastante conmigo.

—Estaba muy decepcionado por haber fracasado tan estrepitosamente contigo. Él también sufrió mucho, Hester.

—Mamá, Hugo estaba más preocupado por su dignidad que por mi reputación. Lo dejé en muy mal lugar delante de… delante de sus amigos.

—Seguro que había olvidado que Dungarran estaba allí cuando te desgarró el vestido. Jamás hubiera hecho algo así en presencia de alguien más.

—¿Eso crees?

—Estoy segura. Fue una desgracia. Desde entonces no te hablas con él, ¿verdad?

—No. Y como ahora casi nunca viene a Abbot Quincey, no hemos tenido ocasión de arreglar las cosas. En cambio, Lowell sí viene a menudo.

—Hugo es como cualquier otro joven de su edad —dijo su madre con firmeza—. Le gusta la vida social. Vendrá cuando esté preparado… ya lo verás. Cumplirá treinta años en julio, y siempre ha dicho que sentaría la cabeza al llegar a esa edad.

—¡Fue muy cruel conmigo! Pero lo echo de menos. De niños estábamos muy unidos… —se levantó y se acercó a la ventana para mirar al exterior—. ¿Tan sorprendente es que yo no quiera volver a Londres?

La señora Perceval suspiró.

—Las cosas serán diferentes —dijo en tono persuasivo—. Canford murió hace dos años. Y la gente olvida.

—Tal vez. Pero los hombres siguen buscando mujeres bonitas y delicadas como futuras esposas. No les interesa la discusión ni el debate, y yo no soy ni bonita ni delicada. Soy demasiado alta, y después de seis años he perdido mi exuberancia y frescura. Y lo peor de todo es que, aunque he perdido la pasión por cambiar el mundo, sigo usando la cabeza que Dios me dio —volvió junto a su madre y se arrodilló junto a ella—. Oh, mamá, nunca encontraré a un marido que me satisfaga. Estoy muy bien en Abbot Quincey. Por favor… ¿hablarás con papá?

Su madre negó con la cabeza.

—No quiero ni pensar en el asunto. No mientras haya tiempo para que te des cuenta de tu error. Escúchame, Hester —siguió en tono más suave, tomando las manos de su hija—. Tal vez te sorprenda, pero muchas mujeres cultas e inteligentes son lo bastante listas para hacer felices a sus maridos, y a ellas mismas, limitándose a ocultar su cultura. Con diecisiete años se te podía permitir, Hester. Pero ya no. ¡Mira

a tu alrededor! ¿Cómo puedes pensar que no hay felicidad en el matrimonio? Yo siempre he sido muy feliz con tu padre. Y fíjate en Beatrice Roade. Es una chica lista y sensata, pero desde que se casó en Navidad está radiante de alegría.

—No seré yo quien lo niegue. Pero tuvo mucha suerte. Ella y Harry Ravensden estaban hechos el uno para el otro. Y Harry está encantado con las excentricidades de su mujer. ¡Pero eso no me hará cambiar de opinión, mamá!

—Yo no cambiaré la mía, Hester. Vamos a ir a Londres para la temporada social —declaró con voz tajante. Miró en silencio el rostro abatido de su hija y añadió en tono más suave—: Si al volver de la ciudad no ha cambiado nada, veremos qué se puede hacer.

—Oh, gracias, mamá…

—Pero primero tienes que darte otra oportunidad —dijo su madre con firmeza—. ¿Trato hecho? ¿Me prometes que tendrás una actitud abierta, que intentarás arreglar las cosas con Hugo y que te olvidarás de las rencillas del pasado? ¿Lo harás?

—Lo intentaré, mamá —accedió Hester con un suspiro—, pero no será fácil.

—¡Ésta es mi chica! Y ahora supongo que querrás encerrarte en tu desván para el resto de la mañana, aunque no creo que sea bueno pasar tanto tiempo sola ahí arriba… ¡Espera, Hester! ¿Le llevaste los huevos a la señora Hardwick cuando fuiste a la aldea? ¿Se encuentra algo mejor?

—Aún no. Pero el doctor Pettifer irá a verla esta tarde. Y los huevos fueron muy bien recibidos. Casi se le habían acabado.

—Estupendo. Puedes irte, entonces. Quizá quieras pasar un rato reflexionando sobre lo que te he dicho. El matrimonio es la mejor oportunidad que tiene una mujer para ser feliz.

El camino al desván era largo y había que pasar por las habitaciones más bonitas de la casa. La familia ocupaba una pequeña sección del edificio, junto a los aposentos de su abuela en el ala oeste. La viuda señora Perceval estaba ausente en esos momentos y el resto de la casa permanecía en desuso, con los muebles cubiertos por sábanas y los cuadros y adornos empaquetados o vendidos. Perceval Hall se levantó en una época rica y próspera, pero Sanford Perceval, el bisabuelo de Hester, había sido un jugador y un derrochador, que por suerte murió bastante joven, antes de dilapidar la cuantiosa herencia de su padre.

Los Perceval ya no poseían las vastas extensiones de tierra de sus antepasados, pero habían conseguido conservar la mansión y su nombre aún era respetado entre la nobleza. Se contaban entre los propietarios más antiguos y respetables del condado, y un Perceval podía casarse con cualquiera. Era una lástima, pensó Hester mientras subía por la bonita escalera de mármol, que desde el desafortunado incidente de Londres no pudiera imaginarse compartiendo su vida con ningún hombre.

Finalmente llegó al desván, su lugar especial. Lo había descubierto años atrás, y lo había hecho suyo tan pronto encontró el viejo y confortable sillón de su abuelo y un escritorio lleno de libros y papeles. Cuando volvió de Londres, humillada y

resentida con el mundo, fue aquél su refugio particular. Sus padres se lo permitían de buena gana, creyendo que se dedicaba a poner orden en los escritos de su abuelo, quizá con la idea de publicarlos. Pero, aunque así había empezado, ahora era mucho más que eso.

Durante los últimos cinco años, Hester había llevado una doble vida, temiendo recibir más burlas por sus aficiones eruditas tan poco «femeninas». En público se comportaba como se esperaba de la hija de una familia noble. Aunque todos la miraban como si fuera una especie de ermitaña, salía a pasear y a montar a caballo, trabajaba en la despensa, ayudaba a su madre en sus obras de caridad y visitaba con frecuencia a India Rushford antes de que su amiga se casara con lord Isham.

A menudo se la veía en compañía de sus otras primas en la parroquia. Pero siempre que podía se escapaba al desván. La clasificación de los documentos familiares no se terminaba nunca, aunque eso no era todo lo que hacía allí arriba. Y le debía a Lowell su nueva ocupación.

Seis años antes, en un esfuerzo por sacar a Hester de su depresión, Lowell le había regalado una suscripción a la revista de la *Journal of the New Scientific and Philosophical Society*, una sociedad científica, como no, reservada exclusivamente a caballeros.

Ni siquiera su hermano había podido prever las consecuencias. Hester no sólo había empezado a leer con avidez, sino que, haciendo gala de una audacia encomiable, había redactado un breve artículo sobre el empleo de las matemáticas en las claves y códigos secretos. Lowell la había ayudado a mantener oculta su identidad y entregó él mismo el artículo en Londres. Sorprendentemente, el artículo fue publicado en la revista, y a partir de entonces, y siempre con la ayuda de Lowell, Hester había estado enviando artículos regularmente. Firmaba con el seudónimo de «Euclides», pues el señor Garimond insistía en que todos sus colaboradores usaran los nombres de los antiguos matemáticos.

Durante el último año, Euclides se había enzarzado en un duelo particular con Zeno, el colaborador más viejo de la revista. Zeno solía escribir artículos sobre la filosofía de las matemáticas, pero en respuesta al primer artículo de Hester le había propuesto a Euclides un problema cifrado, desafiándolo a que lo solucionara antes de un mes. Aquello se había convertido en una práctica habitual, en la que el señor Garimond actuaba como intermediario y arbitro. Hester acababa de descifrar el último, cuya solución llegaría muy pronto a las oficinas en Londres con Lowell.

Su hermano la estaba esperando en el desván.

—¿Ha habido suerte? ¿Has conseguido convencer a mamá? Os he oído discutir mientras subía para acá.

—No —respondió ella con resignación—. Voy a tener que salir a desfilar por los salones de Londres, emperejilada, encrespada y envejecida, pero aparentemente con la esperanza de encontrar un marido. ¿Por qué? Para que algún hombre pueda sacarme de mi casa y atribuirse el derecho de decirme cómo tengo que comportarme y pensar. Creo que el mundo se ha vuelto loco, condenando a la mitad de la raza humana a una existencia carente de identidad y significado. Supongo que las cosas

cambiarán algún día y que las mujeres exigirán el lugar que les corresponde, pero ya será tarde para salvarme.

—¡Espera un momento! No todos los hombres son así, y lo sabes muy bien —le dijo su hermano en tono de reproche.

Ella se acercó a él y lo abrazó.

—Oh, no me hagas caso, Lowell. La idea de volver a Londres me saca de mis casillas, pero no puedo pagarlo contigo. No sé lo que habría hecho sin ti. ¡Pero espera y verás! Sólo tienes veintidós años. Aún eres muy joven. Un par de años más mezclándote con la sociedad y serás como el resto.

—No, de eso nada —declaró Lowell—.

Pero la gente cambia en seis años, ¿sabes? Tal vez algunos de esos tipos te miren ahora de otra manera… Sé que desprecias a Dungarran, pero pareció muy simpático el otro día en Northampton. Seguramente haya olvidado lo que pasó hace seis años.

Hester permaneció callada y él siguió.

—Hester, no puede ser tan malo como crees. ¿Por qué le guardas tanto rencor? ¿O es que hubo algo más? Algo que no me hayas contado…

Hester se inclinó sobre el escritorio para rebuscar entre sus papeles.

—¿Y qué podría ser? Era amigo de Hugo y hacía todo lo que Hugo le pedía. Fue muy amable conmigo, hasta que todo se echó a perder —volvió a levantar la mirada, con el rostro acalorado—. ¿Querías algo, Lowell?

—Bueno, venía a saber cuál ha sido el veredicto de mamá. Y me preguntaba si tendrías algo para el *Journal*. Voy a estar fuera el resto del día, y mañana por la mañana saldré para Londres. Si has escrito algo para Garimond, podría entregárselo el viernes.

—¿Adónde vas ahora?

—A recoger a Henrietta de su clase de baile. Supongo que me pasaré el día en la parroquia.

Hester reprimió una sonrisa. Hasta unos meses antes Lowell había evitado a su prima pequeña como a la peste, pero ahora estaba fascinado con la transformación de la pequeña en una encantadora damita.

—Tengo algo, pero aún no está listo —dijo—. Lo dejaré en tu habitación cuando lo acabe.

—¿Qué es esta vez? ¿Otro artículo?

—No, es un nuevo código que me enviaron y que por fin he resuelto. Estoy muy satisfecha conmigo misma, porque era bastante difícil. ¿Ves esta línea… ?

—¡No intentes explicármelo, Hes! —se apresuró a decir Lowell—. Me quedo con tu palabra. Yo no sabría ni por dónde empezar.

Hester lo miró divertida.

—Lowell, ¿cómo conseguiste convencer a Garimond de que eras tú el autor de esta correspondencia? ¿Lo ves de vez en cuando?

—Nunca. Es un hombre muy misterioso. Pero yo no declaro ser el autor. Me limito a entregar el sobre a un anciano en la oficina de la sociedad en St. James's Square.

—¡Menos mal! Así nos ahorramos tener que dar explicaciones… sobre todo si no estás dispuesto a hacerte pasar por matemático.

—¡Por Dios, Hes, no sabría cómo! Pero daría lo que fuera por saber lo que dirían esos eruditos de St. James's Square si supieran que Euclides no es un hombre.

—¡Les daría un ataque a todos! Pero procura que no se enteren, Lowell. Me importan un bledo sus ataques, pero se acabaría toda la diversión para mí.

—No se enterarán —le aseguró su hermano—. A mí también me gusta un poco de misterio. ¿Cuándo tendrás listo el material?

—Sólo hacen falta unas pocas correcciones, antes de pasarlo a limpio con la letra de Euclides. Lo meteré en tu abrigo antes de que te vayas a la cama.

—De acuerdo —dijo Lowell, y se marchó del desván. Hester sacudió la cabeza y sonrió con ternura. Era un buen hermano.

Se sentó junto al escritorio, sacó los papeles y se puso las gafas de su abuelo, que había encontrado entre sus cosas y que le resultaban muy útiles para el trabajo. Pero al cabo de unos minutos se las quitó y se retrepó en el sillón. La culpa la tenía Lowell por haber mencionado a Dungarran. Eso y la certeza de que no podría evitar volver a verlo en Londres.

Lowell tenía razón. No se lo había contado todo. Había algo que no sabía. Ni él ni nadie más, salvo ella misma y Dungarran. No era raro que no quisiera volver a verlo. Dungarran se había mostrado tan amable e interesado por ella… hasta que descubrió cómo era en realidad. Un ídolo con pies de barro que casi le había roto el corazón. Y aun así se había negado a aceptarlo.

Desvió la mirada hacia el minúsculo ventanuco del desván, pero lo que vio no fue la verde campiña de Northamptonshire, sino las calles y salones de Londres en 1806…

Su debut en sociedad con tan sólo diecisiete años no fue muy habitual. Apenas sabía desenvolverse en los elegantes salones de la nobleza, pues la señora Guarding, una mujer con un punto de vista muy avanzado sobre la educación de las mujeres, se había enorgullecido más por las dotes que Hester demostraba en el estudio de las lenguas y las matemáticas. Había hecho creer a Hester que una mujer culta e inteligente podía conseguir que los ricos de Londres y el sur del país se preocuparan por la precaria situación de los pobres en el norte.

Ahora sabía que no era así. La señora Guarding era una mujer muy astuta, pero en el caso de Hester su entusiasmo había nublado su sentido común. Las mujeres habían conseguido provocar cambios sociales, pero habían sido mujeres maduras y sofisticadas, con una posición bien asentada y mucho camino recorrido, no una

adolescente ingenua sin más armas que su ambición y sin tener idea de cómo llevarla a la práctica.

Durante las primeras semanas que Hester pasó en Londres, en la primavera de 1806, todo fue bien. Su hermano Hugo estaba dispuesto a cuidar de ella y presentarla a su círculo de amistades. Era lo bastante femenina para poder deleitarse con los bonitos vestidos que su madre había adquirido para ella, y aceptaba encantada los halagos que le dedicaban los caballeros. Fascinada por la vida en la capital, al principio se dedicaba a observar mucho y hablar poco. Pronto llegó a la conclusión de que la señora Guarding estaba en lo cierto. Aunque la sociedad era amable con ella, las personas eran demasiado frívolas y despreocupadas. Por tanto decidió que, en cuanto tuviera los pies en el suelo, empezaría con su cruzada particular.

Mientras tanto, era muy agradable recibir las atenciones de los amigos de Hugo. Le llevó muy poco tiempo acostumbrarse a su apática languidez y su rechazo a tomarse nada en serio, pero para una chica que aún no había cumplido dieciocho años era muy halagador ser agasajada por los solteros más codiciados de la sociedad. Incluso Dungarran, famoso por su renuencia a aguantar a alguien «tan pesado», según sus propias palabras, se pasó mucho tiempo enseñándole los pasos de baile que ella había descuidado en la escuela de la señora Guarding. Apuesto y gallardo, con pelo negro y ojos grises, hablaba mucho menos que los otros y rara vez le dedicaba los cumplidos que Hester se había acostumbrado a recibir, pero esa aparente frialdad no deslució la opinión que tenía sobre él.

En sus ojos podía verse un destello ocasional de regocijo, que era rápidamente borrado por una cortés indiferencia. Dungarran evitaba todos los intentos de Hester por entablar una conversación seria, pero ella estaba segura de que tras su aparente desinterés se ocultaba una inteligencia superior digna de todo su respeto y admiración.

Consecuentemente… y desafortunadamente, pronto empezó a enamorarse de él. Se sorprendió a sí misma escuchando con atención sus vagos comentarios, escudriñando la multitud en busca de su alta e imponente figura, siempre impecablemente vestido y haciendo gala de una serenidad que rivalizaba con la de su hermano Hugo.

Pero aunque su presencia era muy bien recibida en todas partes y lo invitaban a todos los actos sociales, no siempre era fácil encontrarlo. Parecía ir y venir a su antojo, y a medida que pasaba el tiempo pareció volverse más difícil de encontrar. Sin él, la vida en Londres se volvió muy aburrida para Hester.

Al cabo de un mes, cansada de las mismas conversaciones y halagos de siempre, inició su particular campaña. Empezó a interrumpir conversaciones frívolas sobre la última moda en collares o sobre las ocurrencias de Beau Brummell para comentar la situación de los obreros en el norte o la necesidad de aprobar reformas urgentes en el Parlamento. Sus descaradas observaciones sólo recibían por respuesta un silencio inexpresivo.

Cuando la invitaban a dar un paseo, aprovechaba la oportunidad para sermonear a su acompañante sobre el importante papel que las mujeres podían desempeñar en la vida pública, o expresaba su deseo de visitar los barrios más

pobres de Londres para observar las condiciones de vida de los más desfavorecidos. Nadie accedió a su petición, naturalmente, pero tampoco dejó indiferente a nadie.

Su madre veía lo que estaba pasando, pero fue incapaz de detenerlo. Sus reprimendas y ruegos para que su hija desistiera de intentar cambiar la sociedad hasta que conociera mejor sus costumbres cayeron en saco roto. Hugo también la previno, y sus mejores amigos hicieron lo posible por desviar su atención, pero Hester permaneció obcecada en sus ideales, convencida de que una conversación seria e inteligente podría resolver los problemas del mundo.

El resultado fue inevitable. La sociedad empezó a darle la espalda. Los halagos y las invitaciones para salir a pasear cesaron por completo y la señorita Perceval fue declarada culpable del peor delito posible. Era aburrida. Y ni siquiera era bonita.

Capítulo Tres

Al principio, Hester se quedó más sorprendida que desconsolada. Los jóvenes caballeros que la rodeaban habían sido encantadoramente atentos, le habían dedicado elogios preciosos y se habían deleitado con su compañía. ¿Qué había pasado de repente? ¿Por qué ya nadie quería escucharla?

El descubrimiento de la verdad fue muy doloroso. Sola, como casi siempre estaba, medio escondida por las cortinas del balcón en casa de la duquesa de Sutherland, oyó las risas y voces que se elevaban desde abajo.

—¡No me lo creo! Seguro que te lo estás inventando, Brummell. ¿No querrás hacernos creer que Hester Perceval le echó una bronca a Addington por la Emancipación Católica? ¡A Addington!

—Mi querido amigo, todo lo que digo es cierto, lo juro.

Hester se asomó con cuidado por el balcón. Vio que siete u ocho caballeros se habían reunido abajo y se retiró rápidamente.

—¡Oh, Dios! —exclamó Hugo—. ¿Qué ha hecho ahora? ¿Qué dijo Addington?

George Brummell empezó a imitar magistralmente el tono engreído de Addington.

—Mi querida señorita Perceval, ¿se cree que voy a discutir la política de su majestad con una mocosa insolente? No logro entender cómo se le ha ocurrido sacar un tema semejante en el salón de la señora O'Connell.

Hubo risas y aplausos, seguidos por la voz lenta y pausada de Robert Dungarran.

—¡Pobre chica! Los comentarios de Addington pueden ser demoledores.

—¡Vamos, Robert! La señorita Curalotodo se lo tenía bien merecido. Es una cría impertinente. ¿Qué tiene que ver la política con las mujeres? ¡No tienen cerebro para comprenderla!

—¿Y tú, George?

Más risas.

—Nunca he intentado entender la política… ni aunque mi salud me lo permitiera. Demasiado agotador para mí. De todos modos, Hugo, ¿no va siendo hora de que hagas algo con esa cría?

—Tienes razón, Brummell —intervino Tom Beckenwaite—. Demonios, cuando estoy con una mujer no me apetece pensar… ¡No es para eso para lo que están hechas!

Su comentario fue seguido por más risas y obscenidades. Hester se quedó de piedra. Lord Beckenwaite siempre le había parecido un caballero de verdad. Un poco tonto, pero un caballero.

—Creo que estás perdiendo el tiempo, Hugo —siguió Beckenwaite—. Tu hermanita no tiene remedio. Nadie querrá casarse con ella. Y no me extraña… ¡Todo hombre tiene un límite! Estaría dispuesto a hacerle un favor a un amigo, pero tu hermana es un caso perdido. ¡Nunca para de hablar! Ya esté montando, paseando o bailando, siempre es lo mismo. ¡Hablar, hablar y hablar!

—Hugo… —dijo Dungarran, y Hester volvió a asomarse al balcón con una sonrisa. Sabía que él la defendería contra aquellos cretinos. Rara vez abría la boca, pero cuando lo hacía iba directo al grano—. Hugo, siento decírtelo, pero es hora de que tomes cartas en el asunto.

—¡Tú también no, Robert! —se quejó Hugo.

—Habla con la señora Perceval, amigo. La actitud de tu hermana no le está haciendo ningún bien a nadie. Es demasiado joven e ingenua para esta clase de vida. Convence a tu madre para que se la lleve de vuelta a Nottingham, o a Northampton, o de donde quiera que haya salido. Tal vez el aire campestre le borre algunas de sus ideas ridículas. Tráela cuando haya aprendido a comportarse. Pero, por favor, que no sea antes.

—No estaba preparada para esto, y lo lamento —dijo Hugo, muy rígido—. No sé en qué estaba pensando mi madre al traerla a Londres con la cabeza llena de tonterías.

—No son tonterías, pero viniendo de tu hermana son ridiculeces —replicó Dungarran—. Sus ideas son más propias de un viejo barrigudo que de una cría recién salida de la escuela. Y además mujer.

—No sé qué deciros. Es mi hermana y supongo que la quiero. Pero, creedme, cuando os pedí que le dispensarais una buena acogida en la temporada, nunca imaginé el esfuerzo tan grande que supondría. Habéis demostrado un aguante digno de troyanos.

—Bueno, de ahora en adelante tu hermana tendrá que buscarse a otro al que sermonear.

Este troyano se retira a su tienda, herido en el cumplimiento de su deber. ¿Os hace una partida de cartas?

Las voces se apagaron al alejarse y Hester se quedó sentada en el balcón, mirando al vacío. ¿Cómo podían hablar de ella así? ¿Cómo se atrevían? Estúpidos y superficiales… Era como si le hubieran apartado un velo de los ojos. Ahora podía ver lo ladinas que eran sus sonrisas, lo vacíos que eran sus cumplidos, lo falsas que eran sus atenciones… Soltó una temblorosa exhalación. ¡Todos eran unos indeseables! ¡Hasta el último de ellos! Petimetres desalmados con menos cerebro que una nutria…

—Pareces muy seria, querida. ¿Estás sola?

Hester levantó la mirada. Un caballero de edad avanzada la estaba mirando con expresión preocupada. Su rostro le resultaba vagamente familiar.

—Señor… —balbuceó—. Discúlpeme. Estoy un poco… un poco… —la voz se le quebró.

—Mi querida niña, estás muy alterada. Menos mal que te he encontrado en tu escondrijo. Vamos. Tienes que tomar algo para calmarte, y luego te llevaré con tu madre. O… —la miró con curiosidad—, quizá podrías contarme algo más de esas interesantes reformas para el norte.

Hester lo miró sorprendida.

—¿He hablado antes con usted? Me temo que…

—No, pero estaba allí cuando le hablaste de ellas a la señora Castle. Me parecieron fascinantes. ¿Podría saber más?

Aquellas palabras fueron un bálsamo para el orgullo herido de Hester. Aquel hombre maduro y considerado, lejos de reírse de ella, respetaba sus opiniones hasta el punto de querer oír más sobre ellas. Un hombre que realmente la apreciaba, no como los despreciables amigos de Hugo.

Nunca, desde que llegó a Londres, había encontrado Hester a un oyente más atento. Estuvieron hablando unos minutos, hasta que la música procedente del piso inferior hizo que el caballero pusiera una mueca.

—Creo que estaríamos más cómodos en la biblioteca —sugirió—. Pero si la idea no es de su agrado, podemos seguir aquí.

La tentación de permanecer en el balcón, donde podrían verla todas aquellas personas que no la apreciaban como deberían, era demasiado fuerte. Pero el caballero siguió hablando antes de que Hester pudiera responder.

—La duquesa tiene una espléndida colección de libros sobre el tema…

¡Libros! Hacía semanas que Hester no veía un libro. Sonrió y asintió con entusiasmo. Era demasiado tímida para preguntarle su nombre, pero era obvio que el caballero conocía a su familia. No había nada malo en aceptar la invitación de un anciano de aspecto elegante y distinguido.

El bastón que usaba para apoyarse era negro y con el puño de plata. Su chaqueta era de terciopelo azul, con diamantes en la pechera, y llevaba el pelo blanco atado con una cinta de terciopelo, a la vieja usanza. Era la augusta personificación del decoro y la respetabilidad. Henchida de orgullo por haber llamado la atención de un hombre tan distinguido, aceptó el brazo que le ofrecía y dejó que la llevara a la biblioteca. Allí la condujo a un sofá junto a la ventana. En una mesa había un escanciador con vino y algunas copas.

—Siéntate, señorita Perceval. ¿Te apetece un poco de vino?

—No sé… ¿Por qué ha cerrado la puerta?

—¿No te molesta el ruido de fuera? Claro que eres muy joven… Tu oído es mucho más fino que el mío. ¿Quieres que vuelva a abrirla?

—¡Oh, no!

—¡Bien! Permíteme que te sirva un poco de vino —dijo, dedicándole una tranquilizadora sonrisa paternal.

—Gra… gracias —respondió ella, devolviéndole la sonrisa con nerviosismo. Él le tendió la copa y ella la miró con aprensión.

—Y ahora, dime por qué crees que el norte necesita una atención especial —le pidió el caballero, sentándose junto a ella—. ¿Las cosas son muy distintas allí?

—¡Oh, desde luego!

Aliviada, Hester empezó a describirle las condiciones de vida en las ciudades industriales. Se sentía tan halagada por la atención que el caballero le dedicaba que al principio no se dio cuenta de lo cerca que estaba sentado de ella, con el brazo apoyado en el respaldo del sofá. De repente le pareció que hacía mucho calor en la biblioteca, y respiró aliviada cuando el caballero se levantó para dirigirse a una de las estanterías.

Pero el alivio le duró muy poco. Al volver junto a ella con un pesado volumen, se sentó tan cerca que la rozó con el muslo.

—Vamos a echar un vistazo juntos —dijo con una sonrisa, y abrió el libro para revelar la imagen de una mujer desnuda…

Seis años después, Hester aún podía sentir la conmoción de aquel momento. Durante unos segundos se había quedado paralizada, y Canford había aprovechado la oportunidad para girar la cabeza hacia ella… Sus labios la asaltaron con una fuerza brutal, y su lengua se abrió camino hacia el interior de su boca mientras con una mano le agarraba el corpiño.

Hester se echó atrás con un grito de horror, derramando su copa de vino sobre él, y corrió hacia la puerta. Canford la siguió, ciego de ira.

—¡Mi chaqueta! ¡Mira mi chaqueta, maldita zorra! —espetó, levantando amenazadoramente el bastón.

Hester consiguió abrir el cerrojo antes de que la alcanzara, pero él la agarró del pelo y tiró de ella hacia atrás.

Volvió a gritar. Entonces se abrió la puerta, apartándola de un golpe, y Hugo irrumpió en la biblioteca. Lo que sucedió a continuación fue muy confuso, pero acabó con Canford y su hermano tirados en el suelo. Por suerte, en ese momento apareció Robert Dungarran.

—¡Canford! ¡Hugo!

Canford pareció recuperar la cordura por la intervención de Dungarran y se levantó, le lanzó una mirada asesina a Hugo y salió de la biblioteca hecho una furia, jurando venganza.

Hugo se volvió hacia su hermana, y tras haberse asegurado de que no estaba herida, volcó toda su frustración en ella… como era de esperar. La acusación final fue que no sólo se había deshonrado a sí misma, sino a toda la familia. Luego, se había marchado tras Canford para ver si podía mitigar el daño que ella había provocado, y Hester se había quedado, avergonzada y humillada, a solas con Dungarran.

Hester prefería no pensar en lo que había ocurrido después… las recriminaciones, las acusaciones, su estúpida declaración de amor y el rechazo

despectivo de Dungarran. Si iba a volver a verlo en abril y quería mantener un mínimo de decencia, tenía que borrar aquella escena de su memoria.

Hester agarró la pluma, se puso las gafas y volvió al trabajo. Aquello era lo único importante para su futuro. Acabó de copiar la carta y la selló meticulosamente. Garimond insistía en tomar todas las precauciones posibles para mantener su trabajo en secreto, y ella siempre le había hecho caso, aunque no lo veía necesario. Los hombres eran muy infantiles con sus secretos y códigos. Los últimos mensajes que Zeno le había enviado versaban sobre los romanos marchando sobre la Galia y los Alpes. ¿Se veía a sí mismo como un César moderno? Había algo que no cuadraba, pero no se podía negar que era muy listo. Sus claves siempre eran diabólicamente ingeniosas, incluso las más simples que empleaba para sus cartas de presentación… cartas que nunca eran publicadas, naturalmente.

Soltó una pequeña carcajada. ¿Quién pensaría que Hester Perceval, solterona y solitaria, se atrevería a mantener una correspondencia en secreto con un caballero desconocido? Incluso unos padres tan indulgentes como los suyos se quedarían horrorizados si se enteraran. Pero Zeno no podía ser visto como un peligro, ni siquiera por los tutores más estrictos, porque, por desgracia, ella y Zeno jamás se conocerían en persona. Sentía una compenetración especial con él y compartían las mismas ideas y sentido del humor, pero nunca podría revelarle su verdadera identidad. El anciano caballero que se esforzaba por idear los problemas más difíciles, tranquilamente sentado en su club de St. James, sufriría un ataque al corazón si se enterara de que era una mujer quien los estaba resolviendo.

Paseó la mirada por el desván y la detuvo en un armario polvoriento en un rincón. ¿Debería abrirlo? Dentro estaba el manuscrito de *El malvado marqués*, una ridícula novela que había escrito en el arrebato de furia que la acompañó al volver de Londres en el verano de 1806. Su acerba pluma bien podría haber estado sumergida en vitriolo, tan corrosivas habían sido las caricaturas de sus víctimas. No, era mejor que permaneciera oculta donde nadie más pudiera leerla. De lo contrario podría ser acusada de infamia. Algún día la destruiría, aunque no podía negar que haber escrito *El malvado marqués* la había ayudado a recuperarse. Con diecisiete años no sólo había aprendido a reírse de la sociedad, sino también de ella misma… Una muchacha ingenua y arrogante que se creía capaz de cambiar el mundo.

Sonrió al pensar en el ridículo argumento, basado en las historias que contaban los criados del marqués de Sywell: las orgías en la capilla de la abadía, el desfloramiento de las doncellas del pueblo, la misteriosa desaparición de la marquesa… Hester las había adornado con personajes vanidosos de cabeza hueca y nombres grotescos, inspirados en los hombres que había conocido en Londres… Ni siquiera Hugo se había librado. El marqués de Rapeall, sir Hugely Perfect, el vizconde de Windyhead… éste apenas se merecía su crítica, pues apenas era mayor que ella, lord Baconwit, el dandi Beau Broombrain y lord Dunthinkin.

Volvió a pensar en Dungarran y levantó el mentón. Con diecisiete años había ido a Londres esperando que el mundo se postrara a sus pies. Ahora, con veinticuatro, lo único que esperaba era pasar la temporada con la mayor discreción

posible y volver cuanto antes a su relación con Zeno, el único hombre al que podía respetar.

La señora Perceval acogió encantada la disposición de su hija para acompañarlos a Londres sin más protestas. Rápidamente empezó a preparar el equipaje y a encargar vestidos. La casa se llenó de muestras y libros de confección. Por desgracia, no pudieron llegar a tiempo para el baile de presentación de Sophia Cleeve, pues éste se celebró en marzo y no fue hasta mediados de abril cuando sir James llevó a su mujer y a su hija a la casa que Hugo les había encontrado cerca de Berkeley Square.

—¡Preciosa! —exclamó la señora Perceval, mirando a su alrededor mientras la familia entraba en el espacioso salón de la planta baja—. Hugo, has sido muy listo al encontrarnos una casa tan bonita y tan bien situada. ¿No te parece, Hester?

Consciente de su promesa, Hester le sonrió a su hermano y le ofreció la mejilla para que se la besara.

—No esperaba menos de ti. Me alegro de verte, hermano. Tienes muy buen aspecto… Y muy elegante.

—Me alegré al saber que habías accedido a venir, Hester. Creo que esta vez podremos hacerlo mejor, ¿verdad?

Hester suspiró.

—Lo intentaré, Hugo. Lo intentaré. Al menos te puedo prometer que esta vez no seré un incordio.

—Ni mucho menos —le prometió él con una sonrisa.

A Hester se le ablandó el corazón. Cuando Hugo olvidaba su actitud estirada y engreída, no había nadie más amable ni cariñoso que él. El hermano mayor al que ella tanto quería seguía estando allí, bajo la fachada de petulancia y afectación.

Lowell bajó corriendo las escaleras y casi tropezó con las maletas.

—Lo siento, mamá, papá… —se disculpó con voz jadeante—. Quería estar aquí para recibiros, pero…

—Mamá, ojalá pudieras convencer a tu hijo menor para que fuera menos… ¡menos ruidoso! —dijo Hugo en tono impaciente, volviéndose hacia su madre—. Es como tener a un gran danés en el salón.

Sir James se echó a reír.

—¡Déjalo, Hugo! Ya aprenderá a comportarse. ¿Cómo estas, hijo?

—Bien, papá, muy bien. Me encanta Londres… especialmente desde que me fui a vivir con Gaines. Es mucho más divertido que sir Hugely Perfect.

Hester dio un respingo al oír ese nombre, pero afortunadamente nadie se dio cuenta.

—¿Qué has dicho? ¿Sir Hugely Perfect? No tiene gracia, Lowell. Ése no es el nombre de tu hermano.

—Oh, no soy el único que lo llama así. Todo el mundo lo conoce por ese nombre en Londres.

—¿Sir Hugely Perfect? —repitió la señora Perceval—. ¡Qué grosería! ¿Es verdad, Hugo?

Hugo se puso colorado, pero se encogió de hombros y se echó a reír.

—No todo el mundo me llama así. Sólo Lowell y sus amiguetes. El resto de mis conocidos no son tan infantiles.

Hester carraspeó.

—¿De dónde… de donde ha salido ese nombre, Lowell? Mamá tiene razón. Es una grosería.

—Salió de un libro —respondió Hugo cuando Lowell se quedó dudando—. Un montón de basura que se publicó hace un par de meses. Pero ninguna persona sensata podría tomárselo en serio.

—¿Un libro?

Lowell miró a su hermana a los ojos.

—Una novela titulada *El malvado marqués*. Y Hugo se equivoca. No sólo mis amigos lo conocen por ese nombre. Todo el mundo está hablando del libro.

La señora Perceval estaba horrorizada.

—¿Hugo? ¿Un malvado marqués? ¿De qué estás hablando, Lowell?

—Hugo no es el malvado marqués, mamá. Es sólo un personaje más del libro. Uno de tantos.

—Mamá, me gustaría ver mi habitación —dijo Hester con voz débil—. Estoy agotada y… y me duele la cabeza.

—¡Mi pobre niña! Me parecía que estabas muy pálida. Nos hemos levantado muy temprano, Hugo, y ni siquiera nos habíamos despertado del todo al salir de Perceval Hall. ¡Vamos, querida! ¿Vas a cenar con nosotros, Hugo?

—Por supuesto. No se me ocurriría desatenderos en vuestra primera noche en la ciudad. Tengo que poneros al día con las noticias. El baile de Sophia Cleeve fue un gran éxito, por cierto. No se escatimó en gastos. Y la pequeña Robina también se está desenvolviendo muy bien, a su modo.

—¡Excelente! —dijo sir James con una amplia sonrisa.

Su mujer estaba igualmente complacida y se olvidó de acompañar a Hester.

—¡Qué alivio debe de ser para su madre! —exclamó—. Elizabeth estaba muy preocupada, pero si Robina puede encontrar un buen marido, las posibilidades de sus hermanas aumentarán considerablemente. Es una chica muy guapa. ¿Sabes quién…?

Hester vio su oportunidad. Sacó a Lowell al vestíbulo y lo empujó a una habitación lateral. Cerró la puerta tras ellos y se volvió hacia él.

—¿Qué has hecho, Lowell? —le preguntó en voz baja.

—No sé de lo que estás ha…

Hester lo zarandeó con fuerza.

—¡Claro que lo sabes, maldito truhán! ¿Cómo pudiste encontrarlo? ¿Y qué hiciste con él?

—Oh, ¿te refieres a *El malvado marqués*? Lo vendí.

—¿¿Qué??

—Lo vendí. Se lo enseñé a un amigo mío de Cambridge, al cual le encantó. Sabía dónde podía imprimirlo y…

—¿Lo vendiste? ¿Para publicarlo? Me estás tomando el pelo, Lowell. Ningún editor que se precie publicaría algo así.

—Bueno… no. Ahí fue donde el viejo Marbury resultó tan útil.

—¡Lowell! —exclamó Hester, horrorizada, pero su hermano siguió hablando con entusiasmo.

—Había que darle un poco más de sabor para que pudiera ser publicado, naturalmente, de modo que lo hice. También lo actualicé convenientemente. Creo que no me quedó tan mal. El tipo al que se lo vendí se quedó muy impresionado al leerlo.

—Eres… eres un traidor, Lowell. ¿Cómo has podido?

Su hermano pareció dolido.

—Pensé que te alegraría saberlo. La novela se estaba cubriendo de polvo en aquel viejo armario, y ahora es todo un éxito. No le hagas caso a Hugo. Toda la ciudad está hablando del libro.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró ella, andando frenéticamente de un sitio para otro—. ¡Oh, Lowell! ¿Cómo has podido hacerlo? ¡Estamos perdidos!

—¡Tonterías! Para empezar, nadie sabe quién lo ha escrito…

—¡Pero lo descubrirán! Todos los personajes están inspirados en gente que yo conocía. Me sorprende que Hugo no lo haya descubierto ya.

—Tranquila, con los trozos que le añadí será muy difícil descubrir nada —le aseguró su hermano con orgullo.

—Tengo que verlo… inmediatamente. ¡Esta noche!

—No lo creo, Hes. Gaines y yo vamos a ir a Astley esta noche. Mañana mejor.

—Me vas a traer el libro esta noche, maldito tunante…

—¡Hester! —la llamó la señora Perceval, entrando en la habitación—. Creía que habías ido arriba. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Y Lowell!

—Yo… yo… tenía algunos mensajes para Lowell. De la parroquia.

—¿De Henrietta, quizá? —preguntó su madre con una sonrisa de complicidad—. No te preguntaré qué clase de mensajes son… Es evidente que quieres dárselos en privado. ¿Te veremos esta noche, Lowell?

—¡Sí! —respondió Hester.

—No, por desgracia no —respondió Lowell al mismo tiempo.

Sir James también había entrado en la habitación, y se quedó muy disgustado al oírlo.

—¿Cómo que no, Lowell? A tu madre y a mí nos gustaría que estuvieras aquí.

—Lo siento, papá. Gaines se marcha mañana de la ciudad. Tiene que ir a Devon para unas cuantas semanas. Hoy es la única noche que podemos salir, y llevábamos mucho tiempo con esta cita pendiente. Estaré aquí mañana… sobre el mediodía.

Sus padres no tuvieron más remedio que conformarse, aunque no quedaron complacidos en absoluto y se giraron para marcharse.

—Mamá —la llamó Hester—, Lowell me ha sugerido que saliéramos a dar un corto paseo. Piensa que podría aliviar mi dolor de cabeza, mejor que acostarme en una habitación caldeada. Y la verdad es que me gustaría ver dónde vive. No está lejos. Torciendo la esquina, ¿verdad, Lowell? —añadió, sonriéndole dulcemente a su hermano.

—Bueno…

—Él cuidará de mí, mamá. ¿Verdad que sí?

—¡Por supuesto! Si de verdad quieres salir a pasear…

—Quiero salir, ¿Puedo, mamá?

Momentos después, Hester estaba acompañando a Lowell a Half Moon Street.

—Aún no me has dicho cómo encontraste la novela.

Lowell había tenido tiempo para reflexionar sobre la reacción de Hester. En su momento le había parecido una broma muy divertida publicar la novela, pero ahora ya no estaba tan seguro. Hacía mucho tiempo que no veía a Hester tan furiosa.

—Un día te… te estaba esperando en el desván. Tardabas en aparecer, de modo que me puse a… explorar. La llave estaba en lo alto del armario, y… y…

—Lo abriste. Y robaste el manuscrito.

—¡No digas eso! Lo leí allí mismo. No era una novela muy larga. Si me hubieras sorprendido leyéndola, no habría hecho nada. Pero creo que estabas en la aldea, porque tuve mucho tiempo para acabarla. No podía dejar de reír. ¡Era genial!

—¡De reír! —repitió Hester, exacerbada.

—Bueno, supongo que no tenías ganas de reír cuando la escribiste. Pero tus caricaturas eran muy divertidas para cualquiera, Hester. Y algunas de ellas estaban muy bien conseguidas. Por eso la novela es un éxito. Todo Londres se muere de la risa. ¡No sé por qué te lo tomas tan mal, Hester!

—¡Lowell! Si alguna vez se descubre que yo soy la autora, estaré perdida para siempre. A Londres no le hará ninguna gracia… Me echarán de la ciudad a patadas.

—Nadie va a descubrirlo. Ya te lo he dicho. La he modificado convenientemente para ocultar las pruebas que pudieran delatarte. Y… y…

—Dilo, hermanito —lo acució Hester.

—Bueno, introduce algunas cosas que una chica respetable jamás podría saber. Habías mencionado algunas de las aventuras de Sywell… ¿Recuerdas aquella fiesta de la que nadie quería hablar, hasta que conseguí que el viejo Silas me la contara? ¿Y los asuntos relacionados con las hijas de Abel Bardon? No conocías los detalles… nadie te los contó, naturalmente. De modo que usaste la imaginación. Yo me limité a añadir algunos de los hechos reales. Nadie podría creerse que tú supieras algo de ellos.

Hester se detuvo y se llevó las manos al rostro.

—Lowell, esto es lo peor que me has hecho nunca. ¡No puedo soportarlo!

Lowell la tomó del brazo, consciente de las miradas que estaban atrayendo.

—No es tan grave como crees, Hester. ¡Mira! Ya casi hemos llegado a mi casa. Entra y te daré algo… ¿una copa de vino, quizá? Gaines tiene un borgoña de primera calidad.

Hester dejó que la metiera en la pequeña casa de Half Moon Street donde Lowell tenía sus aposentos.

—Con gusto te ahogaría en ese borgoña. Pero tomaré agua, o té. No me apetece vino.

—¡Tu reacción no es justa, Hester! Fue sólo una broma.

—Eso es lo que siempre dices, Lowell. Pero esto no es ninguna broma —lo acusó ella, pero la dolida expresión de inocencia de su hermano, similar a la de un cachorro atemorizado, estaba teniendo su efecto habitual. Hester nunca podía permanecer enfadada con Lowell mucho tiempo.

Pero cuando, minutos después, vio el libro que Lowell le puso en las manos volvió a explotar.

—¡Es repugnante!

—Sí… Se explayaron a gusto en la portada. El marqués está siendo realmente malvado —dijo Lowell con una sonrisa—. Aunque no me explico cómo consiguió colocarse en esa postura.

—¡Lowell! No deberías enseñarme esta… ¡esta obscenidad! ¡Ni siquiera deberías mencionarme estas cosas! ¡No quiero sufrir otro desastre! ¡Otra vez no!

Empezó a caminar por la habitación en un estado de frenética angustia.

—¡Oh, vamos, Hester! Puede que haya añadido un poco de picante a la novela, pero…

—¿Un poco? Si la imagen de la portada sugiere algo…

—De acuerdo, añadí bastante. Pero no puedes ser tan remilgada. Después de todo, la idea fue tuya. Yo sólo me encargué de adornarla.

—¡Oh, no!

—Y lo peor es la portada, sin duda. El contenido no es tan obsceno. Léelo y compruébalo por tu misma. Te prometo que te reirás mucho.

—¡No pienso reírme! —espetó ella, y dejó escapar un gemido de frustración—. Voy a tener que leerla. Esta noche, si es posible. Tengo que ver lo que has hecho. Lowell… esto nunca te lo perdonaré. ¡Nunca! Toma, llévate el libro y envuélvelo bien. No quiero que nadie lo vea antes de que pueda esconderlo en mi habitación.

Lowell estaba tan ansioso por complacerla que envolvió meticulosamente el libro y se lo entregó a Hester.

—Te acompañaré de vuelta a casa —dijo en tono arrepentido.

—¡No! No quiero que me acompañes. Estoy acostumbrada a caminar sola, y sólo está a un paso de aquí.

—Pero tengo que…

—Lowell —lo interrumpió ella con una tranquilidad amenazadora—. No discutas conmigo. Me pondré a gritar si dices otra palabra. Tengo que volver a Bruton Street… ¡sola! Quizá me vea capaz de hablar contigo mañana, pero no cuentes con ello.

Se giró y lo dejó en el escalón de la entrada.

Lowell esperó indeciso, pero finalmente se encogió de hombros y entró en casa.

Hester caminó rápidamente de vuelta a Berkeley Square, invadida por una mezcla explosiva de furia y aprensión. ¿Cómo se había atrevido Lowell a hacer algo tan escandaloso? ¿Qué sería de ella, y de su familia, si Londres la descubría? El paquete que llevaba en la mano parecía arder. Quería tirarlo, pero no podía hacerlo. Llegó al final de Half Moon Street y giró en dirección a Berkeley Square. Marchaba con la cabeza gacha, aferrando fuertemente el paquete, y chocó con un caballero alto que iba hacia ella. El paquete se le cayó al suelo. Ahogó un gemido de horror y se agachó para recogerlo, pero una mano apareció ante ella para impedírselo.

—Permítame —dijo una voz profunda.

Hester ahogó otro gemido. El destino siempre jugaba en su contra. Era inevitable que, entre todos los caballeros de Londres, tuviera que encontrarse precisamente con aquél.

Hizo acopio de coraje y levantó la mirada.

—¡Lord Dungarran! —exclamó—. ¡Cuánto… cuánto me alegro de volver a verlo!

Capítulo Cuatro

Sorpresa, resignación y reproche… Todas esas emociones se reflejaron en el rostro de Dungarran antes de que recuperara su serenidad habitual.

—Señorita Perceval… ¡Qué placer más inesperado!

Sus palabras eran frías y cordiales, y Hester bajó la mirada. No podía dejar que viera el miedo en sus ojos. Él no.

—Gracias por acudir una vez más en mi rescate, señor —dijo, muy tensa, y alargó la mano hacia el paquete.

Él sonrió brevemente, pero no se lo entregó.

—Al menos no se ha mojado —dijo, observando la calle—. Pero… ¿otra vez vuelve a necesitar una escolta, señorita Perceval?

—En absoluto. Voy a Berkeley Square. Está aquí mismo.

—No importa. La acompañaré de todas maneras —decidió él con firmeza, ofreciéndole el brazo.

—No es necesario, lord Dungarran. Si me devuelve el paquete, podré recorrer sana y salva los escasos metros que me quedan hasta Berkeley Square.

Dungarran frunció el ceño.

—Señorita Perceval, no tengo el menor deseo de imponerle mi compañía, créame. Pero puede estar segura de que si sus padres o Hugo se enteran de que ha estado paseando por las calles de Londres sin una doncella o un lacayo, se quedarían tan… sorprendidos como yo. Ya es bastante malo en Northampton, pero en Londres es impensable. ¡Vamos! —la animó, volviendo a ofrecerle el brazo.

Hester se sonrojó. Había muchas cosas que quería decirle, y ninguna de ellas era amable. De modo que permaneció en silencio, con la mirada fija en el paquete que Dungarran aún sostenía en la otra mano, y los dos echaron a andar por Curzon Street.

—¿De qué se trata esta vez, señorita Perceval? —preguntó él, levantando el paquete—. No puede ser muselina ni satén… es demasiado duro. Más bien parece un libro.

Hester tragó saliva e intentó sonreír.

—Es… es un libro. Lowell me ha prestado un libro de… de poesía. Ba… baladas.

—¿Le gusta la poesía.

—N… no. No me gusta.

Dungarran dejó escapar un débil suspiro y volvió a empezar, Intentando mantener una conversación trivial con alguien a quien sin duda prefería no ver.

—¿Lleva mucho tiempo en Londres, señorita Perceval?

—No. Acabamos de llegar.

—¡Ah!

Siguieron caminando en silencio y Dungarran se detuvo al entrar en Berkeley Square.

—Han tenido suerte de encontrar una casa en la plaza. Hay mucha demanda. ¿Cuál es?

Hester se soltó de su brazo.

—Está… está en Bruton Street, unos metros más lejos. Pero ya ha hecho bastante, lord Dungarran. Gracias. ¿Puede darme mi libro?

Dungarran sonrió y volvió a ofrecerle su brazo.

Atravesaron la plaza en silencio. Al divisar la entrada de su casa, Hester volvió a darle las gracias y extendió la mano para recuperar el libro.

—No, señorita Perceval. La acompañaré hasta la puerta —dijo él, inflexible.

Una vez en la puerta, hizo una reverencia y le tendió finalmente el libro.

—Adiós, señorita Perceval. Nos volveremos a ver, estoy seguro.

—Ya lo estoy deseando —respondió Hester.

Dungarran entornó la mirada por el tono ligeramente irónico.

—Mientras tanto, permítame recordarle que no es prudente salir sola en Londres —añadió con frialdad—. Hugo le diría lo mismo si estuviera aquí.

¡Aquello era demasiado! Hester levantó el mentón y lo miró con expresión altanera.

—Lord Dungarran, le agradezco la preocupación que muestra para no ser más que un simple conocido. Le aseguro que en el futuro haré lo posible por no causarle más problemas. Adiós.

Le hizo una reverencia y entró en la casa.

Robert Dungarran volvió sobre sus pasos hacia Curzon Street con el ceño ligeramente fruncido. Los años no habían mejorado el carácter de Hester Perceval. Seguía siendo una presencia incómoda, incapaz de mantener una conversación cortés y obstinada en sus opiniones. Ojalá Hugo no volviera a pedirle ayuda para cuidar de su hermana, porque no tendría más remedio que negársela.

Siguió caminando enérgicamente y de repente se detuvo. Para ser alguien con tan poca facilidad de palabra, el último comentario de la señorita Perceval había sido brillante. Con dos frases le había dado las gracias, lo había acusado de ser un entrometido y le había dejado claro que evitaría su compañía en lo sucesivo. Y ese «ya lo estoy deseando» tan encantadoramente irónico… ¿Había algo más en Hester Perceval de lo que parecía a simple vista? ¡No, imposible!, decidió mientras reanudaba la marcha.

Mientras tanto, Hester subía las escaleras aferrando fuertemente el paquete. Había conseguido evitar a los criados y llegó exhausta a su dormitorio. Era una

habitación pequeña y acogedora, decorada en amarillo y azul, con una ventana desde la que se divisaba una esquina de los jardines de Berkeley Square. Fuera estaba oscureciendo, pero Hester no prestó atención a las vistas y escondió rápidamente el libro, sin desenvolverlo siquiera, entre los papeles que había llevado consigo. Luego, llamó a su doncella y se cambió de ropa para cenar. Entró en el comedor justo cuando su madre estaba comentando su ausencia.

—¡Ah, aquí estás, Hester! Estaba a punto de subir a ver qué te había pasado. ¿Has disfrutado de tu paseo con Lowell?

—Sí, mamá. Su casa es muy agradable.

—¿Has conocido al famoso señor Gaines?

—No… Creo que casi nunca está en casa. En cualquier caso, mamá, yo de ti no me haría ilusiones. Me temo que el señor Gaines no puede ser un pretendiente. Mañana se irá a Devon y permanecerá allí casi toda la temporada. Dudo mucho que pueda llegar a verlo.

—Por Dios, Hester. No pensaba en esa posibilidad. ¿Te… te ha acompañado Lowell de vuelta?

—Eh… no, mamá. Lo dejé en su casa.

—No puedes haber vuelto sola, y no te acompañaba ningún criado. ¿Quién estaba contigo en la puerta?

Su madre se llevaría un buen disgusto si se enteraba que había salido de Half Moon Street sin ningún acompañante, de modo que decidió decirle la verdad.

—Lord Dungarran se ofreció amablemente a acompañarme.

—¿En serio? Es un buen amigo de Hugo. Y un soltero casadero… —añadió con una sonrisa benévola.

—No para mí, mamá.

La señora Perceval soltó un suspiro de exasperación.

—Hester, no tienes razón para temer a los amigos de Hugo. Seguro que todos han olvidado lo sucedido hace seis años, y tú también deberías olvidarlo. Compórtate como si ésta fuera tu primera visita a Londres y todo saldrá bien —hizo una pausa y siguió hablando—. Dungarran parecía ser el más atento…

Volvió a hacer una pausa y Hester intentó pensar en algo que decir, pero su madre no le dio tiempo.

—Es una lástima que te marcharas tan pronto. Si no hubiera tenido tanto interés en lo que Hugo estaba contándonos, te habría hecho cambiarte de vestido. Tu pelliza estaba muy arrugada. No quiero ni imaginarme lo que habrá pensado Dungarran.

—Mamá, a Dungarran no le interesaba mi vestido ni yo tampoco. No pienses lo contrario, por favor.

La señora Perceval la ignoró y siguió hablando.

—Ese vestido está muy bien, querida. Pero tendré que hablar seriamente con tu doncella. Tu peinado deja mucho que desear.

Hester no se sorprendió, pues sólo le había dado tres minutos a su doncella para que la peinara. Bajó la mirada, sin saber lo que llevaba puesto. Su vestido consistía en una combinación recta con una sobrefalda y mangas verdes. Su falta de curvas había dado mucho que hablar durante la confección del vestido, lo que había resultado en un abundante uso de encaje en la parte superior del corpiño. Suspiró débilmente. Era difícil mostrar entusiasmo por la ropa cuando se tenía un cuerpo tan alto y delgado como el suyo. Su prima Robina estaría guapa incluso con un delantal de cocinera… en el caso de que tía Elizabeth le permitiera llevar un atuendo semejante.

—¿Hester?

—Oh, lo siento, mamá. Estaba distraída. ¿Qué decías?

—Cuando llegue Hugo, decidiremos a qué eventos vamos a asistir. Ya tenemos varias opciones, y pronto llegarán otras. Además, tu padre y yo tenemos planeado celebrar un par de fiestas. Hugo nos ayudará a confeccionar la lista de invitados… Tenemos que asegurarnos de incluir a Dungarran.

Hester estuvo a punto de protestar, pero se contuvo. Lord Dungarran encontraría alguna excusa para declinar la invitación, sin duda.

¡Qué aburrido era todo! Y todo por nada. Su encuentro de aquella tarde le había recordado que no sabía adaptarse a la vida social. No le interesaba nada de cuanto la rodeaba. Peor aún, estaba muy inquieta y angustiada por el libro. En cuanto pudiera, se escaparía para leer la novela aquella misma noche.

Durante la semana siguiente no ocurrió nada que cambiara la opinión que Hester tenía de la sociedad. Asistió obedientemente a cenas, fiestas, veladas y bailes, donde intercambió las formalidades correspondientes, fingió un interés falso en la última moda y los cotilleos y también bailó. Incluso bailó un par de veces con lord Dungarran. Por mucho que lo despreciara, tenía que admitir que era una buena pareja de baile.

Hester deseaba ardientemente poder demostrarle cuánto había cambiado, pero no pudo hacerlo. La paciente indiferencia de Dungarran y el resentimiento de Hester se interponían entre ellos. Y por lo que ella podía observar, no había cambiado mucho en los últimos años. Seguía siendo un caballero de modales exquisitos y pobres ambiciones.

A Hester no se le ocurría ninguna cosa que pudiera interesarle, aparte de una conversación cortés y convencional. Por tanto, pasaban mucho tiempo en silencio. Dungarran siempre era amable con ella, pero su aburrimiento era evidente. Y no le servía de consuelo que tampoco mostrara interés en las otras damas que intentaban llamar su atención. Con ellas era mucho más encantador, pero seguía siendo tan difícil de encontrar como siempre.

El malvado marqués era otro motivo de desasosiego. Hester había leído la novela y se había aliviado un poco. Era una novela muy divertida, y aparte de un par de

capítulos bastante impúdicos, no era tan escandalosa como sugería la portada. Además, los cambios que había hecho Lowell hacían imposible adivinar la autoría. Pero todo el mundo en Londres había reconocido a lord Baconwit, Beau Broombrain y al resto de personajes, por lo que los comentarios eran muy frecuentes. Y aunque ninguna dama respetable admitiría haberla leído, todas cotilleaban y se reían a costa de las desdichadas víctimas de Hester.

Al poco tiempo, Hester dejó de estremecerse cada vez que alguien mencionaba *El malvado marqués* y fue capaz de sonreír con los demás, sintiendo un arrebato de orgullo por su éxito. Incluso aceptó las disculpas de Lowell.

Diez días después de su llegada a Londres, Hester entró en casa, cansada y aburrida tras una jornada de compras, y encontró a Lowell esperándola. Estaban los dos solos. La señora Perceval había subido a su habitación.

—¡Hester! ¡Mira esto!

Hester agarró la hoja que su hermano le tendía y se acercó a la ventana para tener más luz. Llevaba las gafas de su abuelo con ella, pero jamás se las ponía en público.

—El señor Garimond anuncia una conferencia de un eminente matemático de Cambridge —leyó—. ¿Quién podrá ser?… «bajo los auspicios de la *New Scientific and Philosophical Society*». ¡Mira, Lowell! ¡Es una conferencia sobre mi especialidad! «Un nuevo enfoque sobre el Algebra y los números». ¿Dónde, dónde tendrá lugar? ¿Y cuándo? «El próximo miércoles en la sede de la Sociedad en St. James's Street». ¡Tengo que ir!

—Bueno… —murmuró Lowell, visiblemente incómodo—. Hay un problema.

—¿Qué problema?

—No es una conferencia abierta, Hester.

—¿Abierta? ¿Qué quieres decir?

—Sólo es para caballeros. No se admiten mujeres.

—Pero… pero… ¡Yo tengo que ir!

Lowell movió la cabeza con pesar.

—Es imposible.

Hester sintió que su rostro palidecía, invadida por la rabia y la decepción.

—Es terriblemente injusto. Me hierve la sangre sólo de pensar que tú, que eres un paleto en matemáticas…

—¡Un momento, Hester! ¡Yo sé contar!

Su hermana ignoró la débil protesta y siguió.

—Tú, que te niegas a comprender las cifras y códigos, podrás codearte libremente con las mejores mentes de Inglaterra, mientras yo tengo que recluirme en los agobiantes salones de la nobleza… ¡Estoy a punto de estallar! —masculló, recorriendo la habitación a grandes zancadas—. ¡Es inadmisible! ¡Inadmisible!

Lowell contempló sobrecogido la indignación de Hester. Sabía lo que opinaba su hermana sobre la falta de oportunidades que tenían las mujeres, pero nunca la había visto tan irascible, con las mejillas enrojecidas y los ojos escupiendo llamaradas azules. Dungarran y los demás habían rechazado a Hester por ser demasiado discreta, aburrida e insignificante. Si pudieran verla ahora… Se había transformado en una tigresa.

—Hester… —la llamó con voz vacilante.

—¡No, Lowell! No quiero tener compañía ahora, y mamá puede aparecer en cualquier momento. Dile que he subido a leer, ¿quieres?

—No… no vas a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—¿Qué puedo hacer? Hacer trizas las sábanas o alfombras, pero nada serio, como sería salir sin acompañante o dejar de saludar a la señora Jersey. ¡Ojalá no me hubieras enseñado este anuncio! —exclamó, antes de marcharse.

Lowell también se arrepentía de haberlo hecho. Se lo había enseñado sin pensar en las consecuencias, convencido de que a Hester le gustaría saber algo sobre Garimond y la Sociedad. Su hermana lo estaba pasando muy mal en Londres, y Lowell estaba impresionado por el esfuerzo que hacía para complacer a sus padres.

Hester temía dar la misma imagen que seis años antes y sufrir la consiguiente humillación, y por tanto se esforzaba al máximo para entablar conversaciones triviales. Pero en cuanto se le acercaba algún posible pretendiente, se volvía reservada y aburrida. Nadie se imaginaba lo divertida, extravagante y risueña que podía ser…

Aquella noche, Lowell volvió a Half Moon Street sumido en sus pensamientos. Al día siguiente, se presentó de nuevo en Bruton Street e invitó a Hester a dar un paseo. Su hermana estaba muy pálida y con ojeras, y se negó rotundamente cuando la señora Perceval la acució a tomar el aire. Pero finalmente accedió y los dos hermanos se dirigieron hacia el parque.

—Me alegra que hayas venido. Quería hablar contigo a solas, Hes. He tenido una idea, pero no sé si te gustará.

—¿De qué se trata? —preguntó ella con desgana.

—Quieres ir a esa conferencia, ¿verdad?

—¡Oh, no me lo recuerdes! Anoche no pude dormir pensando en ello. No puedo ir, y punto.

—¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar con tal de poder asistir?

—¡No digas tonterías! No puedo sobornar a nadie para acudir a una reunión masculina. No me sentiría cómoda si lo hiciera. Por favor, Lowell, no vuelvas a mencionarlo. Es demasiado irritante.

—No estaba pensando en dinero ni sobornos. ¿Y si te disfrazaras?

—¿Disfrazarme? ¿De qué? ¿De hombre? ¡Esa idea es aún más ridícula! Me descubrirían en cuestión de segundos. Y no me quiero ni imaginar el escándalo…

—No, Hes. Piénsalo bien. Eres lo bastante alta y delgada para hacerte pasar por un muchacho. Y Gaines ha dejado mucha ropa en casa. Entre los dos podemos encontrar algo que te sirva. Nadie lo sabría jamás.

—No puedo creer lo que me estás diciendo, Lowell. ¡Estás como una cabra! ¡Es muy arriesgado! Jamás se me ocurriría hacer algo semejante.

Lowell se encogió de hombros.

—En ese caso, no hay nada más que decir.

Entraron en el parque y Hester fue la primera en romper el silencio.

—Además, ni siquiera sé dónde está la sede de la Sociedad.

—Iríamos juntos.

—¿Y qué le diría a mamá?

—Bueno, supongo que podrías decirle que vas a una reunión para hombres disfrazada de chico —sugirió Lowell con ironía—. O también podrías decirle que vas a salir conmigo. Mira, Hester, puedes estar poniendo trabas hasta que te canses. Pero sabes que podrías superarlas todas con un poco de valor.

—¿Con un poco de valor? Por Dios, Lowell, no tienes ni idea de lo que estás pidiendo.

—No estoy pidiendo nada para mí. Sólo estaba pensando en ti.

—No intentes convencerme de que no te divertirías. Es el tipo de locura que te encanta hacer.

—Sería una forma muy divertida para vengarme de Hugo —admitió Lowell con un tono de satisfacción—. Es tan… tan correcto en todo. Sir Hugely Perfect es el nombre apropiado para él. Estoy deseando hacer algo realmente escandaloso, por todos los sermones que me ha echado.

—¡Pero no serías tú, sino yo! Y si piensas que voy a arriesgar mi reputación sólo porque quieres vengarte de Hugo, estás muy equivocado, hermanito. ¿Por qué te ha reprendido ahora?

—Por salir a montar —respondió Lowell, enfurruñado.

—¿Quieres decir por echar una carrera a galope tendido por Pall Mall para ganar una apuesta? Ya me había enterado. Hugo tiene razón.

—¡Oh, no! ¡Tú también no, Hes!

Hester sonrió, pero enseguida se puso seria.

—¿De verdad… de verdad piensas que podríamos conseguirlo? Me encantaría asistir a esa conferencia.

—Estoy seguro —corroboró Lowell, con el rostro súbitamente iluminado—. ¡Vamos a trazar un plan!

Hester se echó a reír. Era el dicho favorito de Lowell cada vez que estaba a punto de embarcarse en una empresa arriesgada. Pero su entusiasmo era tan contagioso que no pudo evitar cierta curiosidad.

—Bueno, ¿cuáles son los riegos? Mi figura…

—Oculta bajo una chaqueta, un chaleco y una corbata. Además… no hay mucho que ocultar —añadió con sinceridad fraternal, pero Hester era demasiado realista para ofenderse.

—Mi voz.

—Es lo bastante profunda, pero no tendrás por qué usarla. Estarás allí para escuchar, no para hablar.

—¿Y qué pasa con mi pelo?

—Tu flequillo es corto, y ya se nos ocurrirá algo para el resto.

—Suponiendo que fuera… ¿cómo me llamaría?

—Nadie te preguntará por tu nombre. Pero la suscripción a la revista está a nombre de Gaines, así que daríamos el suyo en caso de que fuera necesario.

Hester lo pensó por un momento.

—Me parece demasiado fácil —dijo lentamente.

—Tan fácil como caerse de un árbol —aseveró Lowell—. ¡Confía en mí!

—La última vez que te caíste de un árbol te rompiste la clavícula. Pero… creo que voy a intentarlo.

Los paseantes de Hyde Park dieron un respingo por el grito alborozado de Lowell.

Durante los días siguientes, Hester no hacía más que preguntarse si se había vuelto loca.

Pero conseguía mantenerse firme en su decisión al recordarse que estaba a punto de disfrutar de un privilegio reservado a los hombres. Ella y Lowell ensayaron con el vestuario el día antes de la conferencia, y cuando consiguieron dejar de reír, Hester tuvo que admitir que parecía un muchacho… sobre todo cuando Lowell le hizo ponerse las gafas de su abuelo.

—¡Por Júpiter! Tienes mejor aspecto que casi todos mis amigos.

—No exageres. Pero es verdad que no estoy tan mal —dijo ella, admirándose frente al espejo.

Habían recogido sus cabellos en una rosca y la habían ocultado bajo el cuello excesivamente alto de la chaqueta. Unos pantalones amarillos cubrían sus largas piernas, y una camisa blanca, un chaleco exquisitamente bordado y una corbata almidonada hacían lo propio con el torso. El joven señor Gaines parecía estar en camino de convertirse en un dandi, con su impecable chaqueta azul de imponentes hombreras.

—Espero que todo salga bien, Lowell —dijo de repente—. No me atrevo a pensar en las consecuencias si nos descubren.

—No nos descubrirán. Recuerda lo que te he dicho… Alarga tu zancada, no hables a menos que tengas que hacerlo, y siempre con voz grave. Nos quedaremos al fondo de la sala, donde nadie nos vea. Todo saldrá bien, te lo prometo. A menos que aparezca Hugo…

—¡Oh, Dios mío! ¡No había pensado en esa posibilidad!

—Tranquila, no aparecerá —le aseguró Lowell—. Va a acompañar a Sophia Cleeve a la fiesta de la señora Sefton.

—Entonces, ¿por qué has sugerido que podría aparecer? ¡No tiene gracia, Lowell!

Al día siguiente todo salió bien. Nadie les puso el menor problema para entrar en la sede de la Sociedad, aunque Lowell tuvo que firmar en el registro. Luego, siguieron a los otros a una espaciosa sala al fondo del edificio. Había sido un salón de baile, cuando la casa perteneció a un particular, pero ahora se utilizaba como sala de conferencias, con filas de sillas, una tribuna en un extremo y un balcón en el otro. Hester tuvo que contenerse para no aferrar el brazo de Lowell mientras tomaban asiento al fondo de la sala, al abrigo del balcón.

—¡Genial! —susurró Lowell—. Ahora lo único que tienes que hacer es guardar silencio.

—No abriré la boca —prometió Hester—. Pero, Lowell, ¿qué has firmado en el registro de entrada? Me pareció ver que escribías dos nombres. ¿Gaines y…?

Lowell pareció incómodo por la pregunta.

—Me preguntaban si tenía un seudónimo. Así que… escribí tu nombre.

—¿Qué?

—Escribí «Euclides». Se quedaron impresionados, te lo aseguro. ¡No te preocupes! Estaban demasiado ocupados para fijarse en nosotros. Y ahora calla. La conferencia va a empezar. Recuerda… ¡ni una palabra!

La conferencia fue todo lo que Hester podría haber deseado. Le confirmó muchas cosas que ya sabía, le ofreció los resultados de otros estudios y le dio material para futuras investigaciones. Y todo eso en un ambiente tan culto y académico que la cabeza le daba vueltas. Aplaudió con entusiasmo cuando el señor Garimond le dio las gracias al ponente, y tuvo que refrenarse para no atosigarlo con preguntas cuando los asistentes fueron invitados a participar.

Fiel a su promesa, permaneció sentada en silencio. Pero entonces, un idiota del público se levantó y se atrevió a arrojar dudas sobre la utilidad de sustituir los números por letras, menospreciando el estudio del álgebra y «todas esas tonterías» sin aplicación práctica. Aquello fue demasiado. Olvidándose de toda precaución, Hester se puso en pie y echó por tierra los pretenciosos argumentos de aquel hombre, citando a los matemáticos más eminentes de la historia y destacando la importancia crucial que tenían los criptógrafos en tiempos de guerra. Una ronda de fervientes

aplausos saludó su intervención, y muchas cabezas se giraron para ver al joven que había demostrado tanto talento en sus refutaciones.

Hester se sentó y vio que Lowell la miraba profundamente consternado.

—¡De todas las tonterías que podías hacer…! —susurró—. Será mejor que nos vayamos enseguida si no queremos buscarnos problemas. Mira, el presidente va a hablar otra vez. Aprovecharemos para escabullimos cuando todas las miradas estén fijas en él.

Pero no fue tan sencillo. Apenas habían llegado al final de la fila cuando el señor Garimond se levantó en la tribuna.

—Creo que tenemos aquí a Euclides, uno de nuestros más brillantes colaboradores. Si es así, nuestro presidente, a quien casi todos ustedes conocen como Zeno, está impaciente por conocerlo.

Hester se detuvo y se dio la vuelta, ansiosa por ver finalmente a Zeno. Pero a quien vio fue a Dungarran, tan apuesto e impecable como siempre, de pie al lado de Garimond.

—¡No! —susurró—. ¡No! ¡No puede ser él!

Se dejó caer bruscamente en la silla vacía que había al final de la fila. Dungarran parecía tener la mirada fija en ella, por lo que Hester se agazapó tras la persona que tenía sentada delante.

—Nos gustaría que el joven Euclides subiera a la tribuna al acabar el acto —siguió hablando Garimond—. Y ahora…

Se puso a hablar de otras cuestiones, pero Hester se quedó tan aturdida que Lowell tuvo que agarrarla de la manga.

—¡Vamos, Hes! Tenemos que salir de aquí. Nadie nos está mirando ahora. Podemos salir por detrás de esa columna. ¡Vamos!

Hester dejó que tirara de ella. Sus rodillas no podían sostenerla y tuvo que apoyarse en Lowell mientras abandonaban el edificio. Su hermano vio un coche a unos metros y la hizo subirse rápidamente. Recorrieron en silencio la escasa distancia hasta Half Moon Street. Hester, que había demostrado una elocuencia impresionante unos minutos antes, era incapaz de articular una sola palabra.

Una vez en Half Moon Street, Lowell le pagó al cochero, quien miró con desconfianza a Hester.

—Parece que el muchacho no se encuentra bien —dijo con voz grave—. ¿Necesita ayuda para meterlo en casa?

Lowell rechazó la sugerencia y el coche se alejó. Por suerte, la ausencia de Gaines significaba que había menos criados que pudieran ver a Lowell llevando a su hermana a su cuarto. Pero no fue fácil. Hester seguía conmocionada y había que guiarla paso a paso. Una vez dentro de la habitación, Lowell sirvió un vaso de brandy y se lo puso en los labios. Ella se atragantó y se estremeció violentamente cuando el líquido bajó por su garganta, pero sirvió para reavivarla.

—¡Lowell! —exclamó, agarrándolo de la manga—. ¡Lowell, no puedo creerlo! Dime que no es cierto. ¿Estoy loca o era Dungarran el que estaba en la tribuna?

Lowell asintió lentamente.

—Me temo que era él, Hes —dijo, mirándola compasivamente—. Qué sorpresa tan inesperada, ¿verdad?

—¿Sorpresa? —repitió ella con una risa ahogada—. ¡Dungarran es Zeno! ¡Imposible! ¡No tiene cerebro.

—Parece ser que sí lo tiene.

Hester sintió que todo su mundo se tambaleaba. El orgullo por su trabajo, el placer que le reportaba su correspondencia con Zeno, la sensación de ser única en la mente de su rival… Todo había saltado por los aires. ¿Cómo podría asimilar lo que había descubierto aquella noche?

—Hes… —la voz de Lowell parecía sonar desde una gran distancia—. Hester, no quiero preocuparte más, pero es hora de que vuelvas a Bruton Street. Mamá volverá pronto.

—Sí… sí, claro —murmuró ella. Se levantó y fue hacia la puerta.

—¡Espera! No puedes irte así, Hester. Tienes que cambiarte.

—¿Qué? ¡Oh, la ropa! Por supuesto —dijo vagamente, mirando a su alrededor en busca de su vestido.

—¿Estás segura de que podrás arreglártelas tú sola? —le preguntó Lowell.

—Claro que sí. Espera fuera. Te avisaré cuando esté lista.

Veinte minutos después, Hester estaba de vuelta en Bruton Street. Sus padres aún no habían regresado, por lo que pudo despedirse de Lowell y subir las escaleras sin encontrarse con nadie de la familia. Su doncella se quedó horrorizada al ver su pelo, pero Hester estaba demasiado cansada para escuchar o dar explicaciones. Se acostó y fingió estar dormida cuando su madre entró a verla. La casa fue quedando en silencio, y Hester permaneció tumbada con los ojos abiertos, a solas con sus pensamientos.

No eran pensamientos agradables. Había aprendido a reírse de sí misma y de los jóvenes que se burlaban de ella seis años antes. Le había costado mucho tiempo y esfuerzo, pero lo había conseguido.

Poco a poco había olvidado el sufrimiento y la humillación, pero no así la determinación de permanecer soltera. Y no había encontrado ninguna razón para cambiar de opinión desde que volviera a Londres. Se había consolado con la perspectiva de volver a su desván cuando acabase la temporada y reanudar su trabajo y relación secreta con un hombre llamado Zeno. Un hombre viejo y distante al que veneraba y respetaba y con quien existía una admiración mutua.

Pero aquella noche, Dungarran, el hombre frívolo, despiadado y superficial por quien no podía sentir más que un desprecio cordial, había demostrado ser Zeno, su héroe y mentor. Su mundo de artículos y problemas algebraicos había quedado

hecho pedazos. La única manera posible de recomponerlo sería cambiar la opinión que tenía de Dungarran… La mera idea bastaba para aterrorizarla. No podría hacerlo bajo ningún concepto.

Su último y más inquietante pensamiento fue que Zeno conocía a Hester Perceval. La conocía y la había despreciado.

Capítulo Cinco

Pero a medida que la noche avanzaba, la esperanza volvió a brotar en su interior. No todo estaba perdido. Siempre que Robert Dungarran desconociera la identidad de Euclides, ella y Zeno podrían continuar con sus cartas. No sería fácil relacionar a Dungarran, su crítico más cruel e indolente, con la figura de Zeno, su buen amigo matemático. Pero si se lo proponía, podría extraer un poco de ironía de la situación… El respeto que Zeno y Euclides se tenían entre ellos contrastaba fuertemente con el desprecio que existía entre Robert Dungarran y Hester Perceval. ¡Sí! Podría funcionar. Sería una situación muy emocionante y divertida.

El viernes por la mañana, Hester volvía a ser ella misma. Al menos de cara al exterior. Al no encontrar sus gafas por ninguna parte, pensó que debían de haberse quedado en la habitación de su hermano y fue alegremente a Half Moon Street. En cualquier caso, tenía que hablar con él.

Lowell estaba en casa y se alegró de verla.

—Ayer fui a Bruton Street para ver si estabas. Pero no había nadie en casa.

—Fuimos a pasar el día con la tía Elizabeth. ¿Has visto mis gafas? Tuve que dejarlas aquí la otra noche.

Se pusieron a buscar entre los montones de libros y periódicos.

—¿Sabes? Creo que Londres le ha hecho mucho bien a Robina —comentó Hester—. Es una chica muy guapa, y por fin parece que está saliendo del cascarón.

—Me alegro por ella. La tía Elizabeth es demasiado rígida con las chicas.

—¡Ojalá no fuera tan perfeccionista La pobre Robina vive con el temor permanente a no cumplir las expectativas de su madre. ¡Ah, aquí están! —exclamó, agarrando las gafas y poniéndoselas sin pensar—. No quiero decir que la tía Elizabeth no sea buena y amable.

Todo lo contrario. ¿Sabías que está pensando en invitar a la pobre Deborah Staunton a vivir con ellos en Abbot Quincey?

—¿Deborah? ¿En la parroquia? ¡Por Dios, no se lo digas a Hugo! Si se entera, no vendrá a casa nunca más.

Los dos hermanos sonrieron. Deborah, la sobrina de la señora Elizabeth, tenía un don para meterse en apuros, y Hugo había estado implicado en algunos de ellos un par de años atrás. Aún no la había perdonado y había jurado que no volvería a acercarse a menos de un kilómetro de la chica.

—Lowell, he estado pensando…

Lowell se puso serio al instante.

—¿Sobre Dungarran?

—Sí. El miércoles por la noche estaba muy confusa, pero ahora he podido pensar con claridad. Si no le permitimos descubrir que yo soy Euclides, no hay ninguna razón para que no podamos seguir como antes, ¿no crees?

Lowell se quedó pensativo.

—¿Te refieres a seguir escribiendo para la revista? No, no creo que hubiera ningún problema —dijo lentamente—. Y tampoco creo que sea difícil mantener en secreto la identidad de Euclides. Dungarran no perderá el sueño por intentar encontrarlo; no es su estilo. Además, ¿cómo podría descubrirlo? La única pista que tiene es el nombre de Gaines en el registro, y Gaines estará en Devon todo el verano. Dungarran tendría que tomarse muchas molestias para averiguar su dirección, y no me imagino haciéndolo. No, Hes. Creo que estás a salvo.

En aquel momento llamaron a la puerta de la calle. Un minuto después, apareció el criado para preguntarle al señor Perceval si podía recibir a lord Dungarran.

Hester miró asustada a Lowell y negó con la cabeza en gesto suplicante. Pero era impensable rechazar a un visitante tan importante. Ni siquiera podía hacerlo esperar.

—Haz pasar a Dungarran, Withers —dijo, y se volvió rápidamente hacia Hester—. Sé todo lo femenina que puedas, Hes. Voz aguda, nerviosa. .. ¡Ya sabes! Y por amor de Dios, ¡quítate las gafas!

Hester se quitó las gafas justo cuando Dungarran entraba en la habitación.

—Buenas tardes, Perceval. Espero que no te importe que me haya presentado sin avisar.

—En absoluto —respondió Lowell—. Creo que ya conoce a mi hermana, señor.

—¡Señorita Perceval! Discúlpeme, no la había visto. ¿Cómo está usted?

Intercambiaron los saludos y preguntas corteses. Hester sabía que, siguiendo los buenos modales, debería despedirse de los caballeros. Pero estaba decidida a quedarse, así que se sentó junto a la ventana y sonrió dulcemente.

—No hace falta que me dedique su atención —dijo en tono ligero y despreocupado—. Volveré a Bruton Street dentro de unos minutos, pero mientras tanto me quedaré aquí sentada a recuperar fuerzas. Hace un calor agobiante, ¿no cree, lord Dungarran? Mi hermano iba a ofrecerme un poco de limonada, ¿verdad, Lowell?

—Eh… sí, claro que sí —balbuceó Lowell, y asomó la cabeza por la puerta para hablar con Withers.

Dungarran se acercó a la estantería a examinar los libros que allí había. Hester lo observó desde la ventana. Parecía tan tranquilo y arrogante como siempre, y sin embargo, ¡qué distinto lo veía ella! En alguna parte, oculto tras esa fachada de fría elegancia, estaba Zeno, su amigo y aliado, el hombre cuya mente no tenía secretos para Hester. La sensación de conocer más a Robert Dungarran de lo que él la conocía a ella era extrañamente embriagadora.

Dungarran se aclaró la garganta y se dio la vuelta.

—¿Estuvo con Hugo y la señora Sophia en la fiesta de la señora Sefton, señorita Perceval?

—¿El miércoles por la noche? No. Tenía otro compromiso.

El regocijo amenazaba con salir a la superficie. Era muy difícil contener la risa. ¿Qué diría Dungarran si le confesara dónde había estado realmente?

—¡Ah!

—¿Por qué lo pregunta? ¿Estuvo usted, lord Dungarran? —le preguntó osadamente.

—No, yo también tenía otro compromiso —dijo él, volviéndose otra vez hacia Lowell—. ¡Ah, Perceval!

—¿En qué puedo servirle, señor? —preguntó Lowell, tirando un montón de periódicos al suelo para despejar una silla—. Siéntese, por favor.

Dungarran se sentó y hubo un momento de silencio.

—Tengo que admitir que me ha sorprendido encontrarte aquí, Perceval. Esperaba encontrar a un tal señor Gaines… Woodford Gaines.

El criado entró con bebidas frías y volvió a marcharse.

—La casa pertenece a Gaines, sí, pero se marchó de Londres recientemente.

—Muy recientemente —recalcó Hester.

Lowell asintió.

—Muy recientemente —repitió. Me permitió que me quedara aquí, y de momento soy el único inquilino. ¿Conoce a Gaines?

—No… no exactamente. Me pareció verlo contigo la otra noche.

—¿Conmigo? ¿Dónde?

—En una conferencia sobre las matemáticas.

Se oyó un ruidito cuando las gafas de Hester cayeron al suelo. Dungarran se levantó y las recogió.

—Ha tenido suerte, señorita Perceval. No parece que se hayan roto.

—Oh… oh, gracias. ¡Pero no son mías, señor! —se apresuró a decir, nerviosa—. ¿Son tuyas, Lowell?

Lowell también se puso en pie.

—Seguramente sean de Gaines —dijo, volviéndose hacia su visitante—. Lo siento, pero no estuve con Gaines el miércoles por la noche. Estuve con mi hermana —se echó a reír—. ¡Una conferencia de matemáticas sería el último lugar donde mis amigos pensarían en buscarme!

Su hermana le clavó la mirada. Lowell también estaba disfrutando con el disimulo, pero corría el riesgo de entusiasmarse demasiado.

—Pero ¿por qué quiere saberlo? —preguntó Lowell.

Dungarran sonrió perezosamente.

—Lo siento. Te parecerá que soy un impertinente. Y, a riesgo de aburrirte, me gustaría ofrecerte una explicación. Las matemáticas me interesan bastante, y desde hace algún tiempo he estado manteniendo correspondencia con un prodigioso matemático. Alguien a quien sólo conozco por el seudónimo de Euclides.

Siguió relatándole lo que Lowell y Hester ya sabían sobre lo sucedido en la conferencia.

—Y ahora no sé qué hacer. El joven caballero no se presentó en la tribuna al final del acto, como yo esperaba. Creía que le había seguido el rastro hasta aquí. Dime, ¿cuánto tiempo estará el señor Gaines fuera de la ciudad?

—Hasta el otoño.

—Ah.

—¿Puedo preguntar por qué tiene tanto interés en conocer a ese… Eugene? —preguntó Hester.

—Euclides, señorita Perceval. Euclides. Fue un eminente matemático de la Antigüedad.

—¿El señor Gaines? —preguntó Hester con los ojos muy abiertos—. No lo entiendo.

—¿Por qué debería entenderlo? —dijo Dungarran con una sonrisa indulgente—. La revista para la que él y yo escribimos tiene la extraña costumbre de llamar a sus colaboradores con seudónimos de…

—¿Quiere decir que usted escribe, lord Dungarran? ¿Para una revista?

—No se preocupe, señorita Perceval. No permito que mi trabajo interfiera en mis compromisos sociales.

—Eso he notado. Pero ¿qué es lo que escribe? —preguntó ella ingenuamente—. ¿Poesía?

—No exactamente —respondió él, volviéndose hacia Lowell—. Me gustaría mucho conocer a su amigo. Puede que sea muy joven, pero tiene un talento asombroso. Hay algunos aspectos de su trabajo que me interesan enormemente. ¿De verdad no puedes ayudarme?

—Me temo que no —dijo Lowell, levantando las manos en un gesto de impotencia—. Gaines está recorriendo Devon con su padrino. No sé dónde estará exactamente en este momento; sólo sé que no volverá hasta el otoño.

—Ah. Es una lástima. Discúlpame por hacerte perder el tiempo. Acabaré la cerveza y me marcharé. ¿Puedo acompañarla a casa, señorita Perceval?

—Gracias, señor, pero mi lacayo está esperando fuera —dijo Hester, no sin cierta satisfacción.

Dungarran asintió y tomó otro trago de cerveza.

—¿Así que no eres matemático? —preguntó en tono despreocupado, mirando fugazmente a Lowell con sus ojos grises.

—¡Ni mucho menos! —exclamó Lowell—. Nunca me he llevado una alegría mayor en mi vida que cuando dejé el colegio para siempre.

Dungarran asintió.

—Una reacción muy sincera… y muy común. Por eso prefiero mantener en secreto mi fascinación por las matemáticas. A muy pocos les interesa oír las aplicaciones del álgebra o las nuevas investigaciones en el cálculo.

—¿Cálculo? —preguntó Hester. Lowell y Dungarran la miraron asombrados y ella soltó una risita—. Oh, perdóneme. Estaba divagando… ¿Estaba hablando de otro amigo suyo? ¿De alguien como Eugene? ¿Ese Cálculo también estaba en la conferencia?

—Eh… No. Sólo Euclides. La estamos aburriendo, señorita Perceval. Discúlpeme.

Hester ahogó con una carcajada aguda la protesta que amenazaba con brotar de sus labios.

—¡Sería muy grosera si confesara que me estoy aburriendo! Pero seguro que muchas damas emplearían mejor un salón de baile que para dar una conferencia.

Dungarran la miró pensativo, pero se limitó a sonreír y a levantarse.

—Estoy convencido. Si no me necesita para volver a Bruton Street, creo que me marcharé —le hizo una reverencia y se giró hacia Lowell—. Si oyes algo del misterioso señor Gaines, Perceval, me gustaría que te pusieras en contacto conmigo.

Salió de la habitación y Lowell soltó un profundo suspiro de alivio.

—No te confíes, Lowell —dijo Hester con el ceño fruncido.

—¿Cómo dices?

—Si yo fuera tú, me prepararía una buena razón para haber asistido a esa conferencia. Dungarran no tiene un pelo de tonto, y no lo han convencido tus evasivas.

—¡Qué tontería! ¿Por qué se pensaría que iba a asistir a una conferencia de matemáticas?

—Eso es lo que tienes que pensar tú. —No es necesario, mi querida hermana. Ya lo verás… No será necesario en absoluto.

Lowell no habría estado tan seguro de sí mismo si hubiera podido leer los pensamientos de su visitante cuando éste volvía a Curzon Street. Dungarran estaba convencido de que Lowell Perceval había estado en la conferencia. ¿De qué otra manera podría haber sabido Hester Perceval que se había celebrado en un salón de baile? Obviamente porque su hermano había mencionado el salón de baile de St. James's Street al hablarle de la conferencia.

También había tenido otro lapsus al revelar la fecha de la misma. Interesante. El joven Perceval había estado jugando con él. Los dos hermanos se habían estado divirtiendo a su costa, por una razón que escapaba a su entendimiento.

Sumido en sus pensamientos, entró en su casa, le tendió el sombrero y el bastón al criado que esperaba en la puerta e hizo llamar a su mayordomo.

—Ah, Wicklow. Ven a la biblioteca y cierra a la puerta, ¿quieres?

Sería difícil describir el papel exacto que tenía Wicklow en casa de Dungarran. Era el criado personal del amo y la personificación del perfecto mayordomo. Pulcro y delgado, con un rostro pálido y melancólico, siempre discreto en sus movimientos, se ocupaba del vestuario de Dungarran con meticulosa eficacia. Pero además desempañaba otras funciones relacionadas con las actividades menos conocidas de su amo.

—Wicklow, tardaste muy poco en averiguar la dirección del señor Woodford Gaines. ¿Descubriste algo más sobre él?

—No mucho, milord. Parece ser un joven muy normal. Un dandi, según dicen. Su señoría me pidió rapidez y discreción, de modo que no pasé más tiempo del necesario con sus conocidos.

—De acuerdo, de acuerdo. Hiciste bien. Pero ahora quiero que investigues un par de cosas… con la misma discreción. El señor Gaines se marchó hace poco de Londres, posiblemente a Devon. Quiero que averigües cuándo y adonde se fue exactamente… Y, Wicklow…

Wicklow, que estaba a punto de salir, se dio la vuelta y esperó.

—Preferiría que evitarás al señor Lowell Perceval en tus pesquisas. Y, obviamente, también a su hermana. Gracias, eso es todo.

Después de que Wicklow se marchara, Dungarran se sentó y reprodujo en su cabeza la conversación con los hermanos Perceval. Desde el principio había visto que estaban muy unidos, y sabía que Lowell se lo confiaría todo a su hermana. Y eran buenos, los dos. Sólo habían cometido un desliz cada uno. Sonrió al pensar en la manera que Lowell había tenido de negar su presencia en la conferencia, sin llegar a mentir. «Una conferencia de matemáticas sería el último lugar donde mis amigos pensarían en buscarme». Muy inteligente. Pero, ¿por qué evitar esa mentira cuando un segundo antes ya había mentido? «Estuve con mi hermana». ¿Y por qué lo había dicho riéndose? Si hubiera estado en esa conferencia era imposible que estuviera con su hermana. Hester Perceval corroboraría todo lo que su hermano dijera, naturalmente, pero ¿por qué Lowell había tenido que recurrir a esa coartada? Ciertamente, sería muy extraño que Lowell Perceval quisiera acudir a una conferencia de matemáticas, pero tampoco había nada malo en ello… A menos que hubiera algo sospechoso con el propio Gaines.

¿Dónde demonios estaba Euclides? ¿Por qué se había esfumado de la Sociedad el miércoles por la noche, y por qué había abandonado la ciudad inmediatamente después?

Se levantó y empezó a caminar inquieto por la habitación. Quizá estuviera perdiendo el tiempo. No era seguro que Gaines y Euclides fueran la misma persona. La firma en el registro no era ninguna prueba concluyente. ¿Había firmado Lowell Perceval con el nombre de Gaines? ¿Como una apuesta, quizá? Lowell Perceval era famoso por sus locuras.

Puso una mueca de impaciencia. Demasiadas preguntas. Tendría que esperar a que Wicklow consiguiera las respuestas.

Mientras tanto, tenía trabajo que hacer. Fue hacia el escritorio y sacó algunos documentos.

Pero al cabo de un momento se recostó en el sillón con un suspiro de exasperación. Era inútil. Aquellos papeles, conseguidos con mucha dificultad en el cuartel general de Napoleón en París y llevados a Inglaterra con gran riesgo, podían contener una información vital sobre los suministros de armas y comida en Francia y sobre las líneas de avituallamiento del ejército. Pero todo estaba cifrado. Para serles de utilidad a los aliados tendrían que ser transcritos enseguida. El Ministerio de Guerra no tardaría en impacientarse. Necesitaba ayuda, y Euclides, con su talento para las cifras y códigos secretos, era su hombre.

¡Pero el maldito genio había desaparecido! Sólo quedaba esperar que Wicklow lograra encontrarlo.

Por desgracia, las investigaciones de Wicklow sólo obtuvieron más interrogantes. El señor Gaines había salido de Londres en dirección a Totnes, en Devon, el 15 de abril… dos semanas antes de la conferencia. Desde entonces no se le había vuelto a ver en Half Moon Street, y supuestamente estaba paseando por el valle de Dart con su padrino, en quien tenía puestas grandes expectativas. No había más inquilinos en la casa de Half Moon Street, y los otros amigos del señor Perceval habían estado reunidos.

Entonces, ¿quién era el joven caballero que había estado en St. James Street con Lowell Perceval? ¿Y dónde estaba?

Durante los días siguientes, Dungarran no dejó de pensar en aquel misterio. Era muy importante que lo resolviera, y no sólo para saciar su curiosidad. Confiaba plenamente en Euclides. La correspondencia que habían mantenido le había proporcionado un gran placer. Era raro encontrar una mente que se compenetrara tan bien con la suya propia.

Lo supiera Euclides o no, había estado descifrando fragmentos de documentos extranjeros durante algún tiempo… ayudando al trabajo que Dungarran hacía para el gobierno. Ningún misterio que lo rodeara sería bien recibido.

Decidió acometer la investigación desde otro punto de inicio… la serie de artículos de Euclides, y se dirigió a la sede de la sociedad para interrogar en persona al personal. El portero era viejo y medio ciego, y apenas recordaba haber recogido los sobres sellados que habían ido llegando a lo largo de los meses. Le dio a Dungarran una descripción que podía corresponder a Lowell Perceval… y a otros cientos de caballeros. Sin embargo, la descripción del otro portero más joven del joven que había firmado el registro la noche de la conferencia dejaba muy pocas dudas.

—Sí, lo recuerdo, milord. Un joven muy apuesto. Alto, de pelo rubio y ojos azules. Y muy risueño.

Pero cuando Dungarran le preguntó por su acompañante, el portero se mostró mucho menos seguro.

—Había alguien más… Pero no sabría decir si estaba o no con el primer caballero. Parecía muy tímido… Oh, sí… recuerdo que llevaba gafas.

Dungarran le dio una moneda, que el joven se guardó en el bolsillo.

—Su señoría es muy amable. Lamento no poder ayudarlo más.

La situación parecía haber llegado a un punto muerto, y Dungarran decidió consultar a alguien con sentido común e inteligencia superior.

Su tía Martindale era una viuda, sin hijos, que vivía sola en una gran mansión de Grosvenor Street. Había sido la hermana favorita de la difunta señora Dungarran, y era la madrina de Robert. Se veían con mucha frecuencia. Todo el mundo sabía que la señora Martindale estaba muy unida a su sobrino, pero muy pocos se imaginaban lo mucho que Dungarran valoraba la inteligencia y discreción de su tía y cuánto confiaba en ella.

Era una de las pocas personas en Londres que conocía sus actividades en el ministerio de asuntos exteriores. Su marido había sido diplomático, y Dungarran había continuado su labor.

—Tengo un problema, madrina… —empezó.

—Rara vez vienes a verme sin un motivo, Robert. ¿De qué se trata esta vez? ¿Una mujer, quizá?

Dungarran sonrió.

—No se te escapa una, ¿eh? ¿Por qué dudas de mi habilidad para resolver mis propias aventuras amorosas?

—¿Aventuras amorosas? —repitió su tía con un bufido nada propio de una dama—. No sabes lo que significa el amor. Lo tuyo son simples coqueteos o aventuras pasajeras con mujeres de gran belleza y escasa virtud. ¡Eso no tiene nada que ver con el amor!

—Lo que tú digas, tía. No voy a discutir contigo —repuso él con indiferencia, pero su tía no se dejó convencer.

—Te han mimado mucho, pequeño. Las mujeres siempre te han encontrado fascinante…

Dungarran puso una mueca.

—¡Oh, vamos! Los dos sabemos que cualquier hombre rico y agradable le resultaría atractivo a las mujeres, ¿no?

—Puede ser. Pero es un hecho innegable que cuando te esfuerzas encuentras respuesta en casi todas la mujeres. Y eso no es bueno para ti.

A Dungarran no siempre le gustaba la franqueza de su tía.

—Haces que parezca un simple petimetre, tía —dijo fríamente—. Que yo sepa, nunca he alentado falsas esperanzas en ninguna mujer. Salvo quizá en una… —se interrumpió bruscamente—. No importa.

Su madrina aguardó esperanzada, pero era evidente que Dungarran no iba a darle más detalles.

—Cuando te enamores, Robert, y espero que yo viva lo suficiente para verlo, las cosas no te resultarán tan fáciles. Los asuntos del corazón no siempre salen como planeamos, y querrás tener un hombro en el que llorar.

—No adelantemos acontecimientos, tía Martindale —dijo él con impaciencia—. Es altamente improbable, por no decir imposible, que me deje dominar por el corazón hasta ese extremo. Me sorprendes. Te consideraba una persona sensata.

Su tía sacudió la cabeza.

—Hombres más fuertes que tú han caído, Robert.

—Pero no más juiciosos que yo. Y ahora, ¿puedo hablarte de un problema en concreto o vamos a seguir con los cuentos de hadas?

—¿De qué se trata? —preguntó ella con resignación.

No tuvo que contarle su correspondencia con Euclides ni su trabajo con los códigos, pues su tía ya lo sabía, de modo que le resumió lo sucedido en la conferencia y la información que había reunido desde entonces. Ella le pidió que le repitiera su encuentro con los Perceval en Half Moon Street y le hizo un par de preguntas.

—¿Por qué estás tan seguro de que Euclides es un hombre? —le preguntó finalmente.

El la miró sorprendido.

—¿Quién podría ser si no? No hay ninguna mujer involucrada.

—Oh, vamos, Robert. Normalmente no eres tan obtuso. ¡Hay una, por lo menos!

—¿Te refieres a Hester Perceval? —preguntó él con una sonrisa—. ¿La conoces?

—La he visto, pero no he hablado con ella.

—¡Bien! —dijo él en tono tajante, pero su tía siguió mirándolo en silencio—. Madrina, Euclides es un hombre con una mente brillante. Tiene un don para las matemáticas y un instinto para descifrar las claves más complejas.

—¿Y?

—No sólo es, sino que además tiene un sentido del humor muy peculiar. Tú has visto a Hester Perceval y sabes cómo es. ¿Cómo puedes pensar que Euclides podría ser ella?

—¿Por qué no?

—Porque es… es… muy aburrida. Sí, eso es. Sosa y aburrida.

Su tía siguió guardando silencio.

—Mira —continuó él, irritado—, Euclides tiene una mente ágil y flexible, propia de los mejores descifradores. Hester Perceval es tan rígida en sus ideas como cualquier mujer. ¿La conociste hace seis años?

—No. Aquel año tu tío y yo llegamos tarde a la temporada y ella ya se había marchado, después del incidente con Canford. Pero he oído hablar de ella, naturalmente.

—Entonces habrás oído que vino a Londres con una misión metida en la cabeza, que hizo caso omiso de todos los consejos y que insistió en difundir sus disparatadas teorías, aprendidas en la escuela. Parece ser que era una alumna modelo, pero te aseguro que no vi el menor atisbo de inteligencia en sus modales. Todos estábamos hartos de ella.

—Robert, esa muchacha no debía de tener más de… ¿diecisiete, dieciocho años? Siento lástima por ella.

—Y yo también. Pero lo lamenté aún más por su familia. Y creo que no ha cambiado mucho desde entonces. Puede que ahora se comporte con mayor discreción, pero sus ideas siguen siendo las mismas. ¿Hester Perceval como Euclides? Imposible —se levantó y empezó a andar por la habitación—. ¡Imposible!

—En ese caso, no creo que te pueda servir de ayuda. Hasta donde yo puedo ver, no hay ningún otro candidato a ser Euclides —afirmó su tía, mirándolo con el ceño fruncido—. Normalmente muestras una mentalidad abierta y sin prejuicios, Robert, pero parece que tienes algo contra la señorita Perceval. ¿De verdad es tan estúpida como dices? ¿Le has dedicado una atención especial desde que volvió a Londres?

—No me he atrevido —murmuró él.

—¡Aja! Entonces es ella… —exclamó su tía, sonriente—. Hace años creyó que se había enamorado de ti, ¿verdad? No seas tan engreído, Robert. Seis años es mucho tiempo para que una chica conserve una pasión no correspondida.

—Hester Perceval me desprecia, madrina. De eso no hay ninguna duda.

—Entonces, ¿dónde está el peligro? Puedes observarla desde una distancia segura. Tal vez te sorprenda.

—Lo dudo. Pero como aún no he acabado con su hermano, es posible que descubra algo nuevo. Quizá vayan esta noche a la recepción en Carlton House.

—¿Sigues estando libre para llevarme?

—¡Por supuesto! ¿Qué te hace pensar que no te llevaría?

—He oído cómo están en Horse Guards por esos documentos…

—Mi querida madrina, siempre están igual en Horse Guards. Tengo que resolver sus papeles, pero antes está el asunto de Euclides. Por esta noche nos olvidaremos de Horse Guards y nos dedicaremos a disfrutar… siempre que podamos mantener las distancias con Bathurst y sus subordinados.

—Esperemos que el vino de Carlton House sea mejor que la última vez que cenamos allí.

Después del concierto, Dungarran observó cómo la familia Perceval entraba en la Gran Galería y decidió aprovecharse de la ocasión.

—Tía, dijiste que no te habían presentado a la señorita Perceval…

—Conozco a sus padres y a Hugo, naturalmente. Pero no a los hermanos menores. ¿Te importaría presentarnos?

—Me encantaría. Como ya sabes, quiero tener unas palabras con Lowell Perceval, y ésta parece una buena oportunidad.

—Estoy muy decepcionada. Esperaba que quisieras presentarme a la joven dama.

Dungarran puso una mueca.

—Hester Perceval no es mi tipo de mujer.

—Alguna vez tendrás que decirme cuál es tu tipo, Robert —dijo su madrina con un suspiro, y lo siguió entre la multitud.

La señora Martindale tenía la esperanza de ver a su sobrino casado, pero a medida que pasaba el tiempo su optimismo iba menguando. No era por falta de oportunidades, desde luego. A lo largo de los años había visto a más de una belleza batir las pestañas en su dirección. Pero por encantador que pudiera ser Dungarran, nunca había sucumbido a ninguna. Incluso ahora, mientras saludaban a sus conocidos camino de la familia Perceval, eran muchas las miradas anhelantes que atraía su sobrino.

No sólo era por su rostro atractivo y su imponente figura. Dungarran se envolvía con un aura de indiferencia que casi todas las mujeres encontraban irresistible.

Sonrió con malicia. ¡Si ellas supieran la causa! Robert había tenido muchas amantes, pero le interesaban mucho más los misterios de las matemáticas que los enigmas del amor. Estaba demasiado bien educado como para mostrar una indiferencia total en público, pero aun así se aburría mucho en los eventos sociales. ¿Qué mujer conseguiría traspasar esa barrera? No una belleza convencional, eso seguro.

Finalmente consiguieron abrirse camino hasta llegar a los Perceval. La señora Martindale saludó a los padres con una sonrisa amistosa e intercambió algunas palabras con Hugo.

—Tía, me gustaría presentarte a la señorita Hester Perceval… y al señor Lowell Perceval.

Los dos jóvenes hicieron una reverencia, y la señora Martindale los observó con interés. A primera vista, parecía que toda la belleza se la habían llevado los hombres de la familia. Hester Perceval era casi tan alta como su hermano. Demasiado alta para una mujer, quizá. Además, era bastante delgada. Y aunque vestía a la moda, su vestido de muselina era bastante soso, a pesar del ribeteado de encaje. Su pelo era

rubio, como el de sus hermanos, pero sus rizos naturales habían sido alisados por delante y sujetos por detrás. Si la intención de aquella muchacha había sido ofrecer un aspecto lo más insípido y discreto posible, no podría haberlo hecho mejor.

Su hermano, en cambio, era tan apuesto como Hugo, pero con un atractivo mucho más encantador. Al contrario que Hugo, siempre tan calmado y circunspecto, el joven Lowell parecía un muchacho alegre e imprudente. Cuando se hiciera un hombre sería todo un seductor.

Era evidente que los dos hermanos menores se tenían mucho afecto, pero parecía ser ella la que tenía el carácter más fuerte.

Cuando Hugo y los señores Perceval se dispusieron a marcharse, la señora Martindale dio un paso atrás, pero Robert sacudió ligeramente la cabeza y lanzó una mirada fugaz a la señorita Perceval. La indirecta no podía ser más clara.

Capítulo Seis

—Tengo entendido que es usted de Northamptonshire —dijo la señora Martindale, volviéndose hacia Hester—. Dígame, ¿conoce a lord Yardley y a su encantadora familia? No la vi en el baile que los Yardley celebraron para el debut de su hija. Fue una fiesta espléndida…

Durante los siguientes minutos las dos mujeres estuvieron charlando, mientras Robert hacía lo propio con Lowell. Hester era cortés, aunque bastante sosa en sus modales. Pero era obvio que se sentía incómoda. No hacía más que mirar a los dos hombres, como si estuviera ansiosa por saber lo que decían, y su suspiro de alivio cuando se volvieron hacia ellas fue casi audible.

Lowell Perceval parecía sentirse culpable, como un niño pequeño al que hubieran pillado en una travesura.

—Hester, me temo que lord Dungarran me ha descubierto. He tenido que confesar que estuve en la conferencia la otra noche.

—Me sorprende que a lord Dungarran le interese tanto ese detalle —dijo ella fríamente.

—Odio los misterios, señorita Perceval —dijo Dungarran con una de sus encantadoras sonrisas. Su tía agudizó la atención. Robert era muy peligroso cuando sonreía de aquella manera.

—¿Qué tiene de misterioso que mi hermano asista a una conferencia?

La señora Martindale decidió intervenir.

—¿Misterios? ¿Una conferencia? Robert, ¿de qué va todo esto?

—Lo siento, tía. Estoy siendo muy descortés. El señor Perceval estuvo en una conferencia en la sede de la Sociedad el miércoles, y me ofendí un poco al pensar que lo estaba negando. Fue una de las mejores conferencias que he oído.

—Entiendo. Pero ¿dónde está el misterio?

—El señor Perceval afirma que no tiene ningún interés en las matemáticas. Por ello me resulta muy extraño que estuviera en esa conferencia.

Lowell pareció desconcertado. Su hermana se puso muy rígida, pero enseguida se echó a reír.

—Vas a tener que hablarles de tus apuestas, Lowell —dijo, se volvió hacia la señora Martindale con el primer signo de vivacidad—. ¿Sabe, señora Martindale? Mi hermano no puede resistirse a una apuesta. ¿Ha oído hablar de sus proezas en Piccadilly?

Empezó a contarle con gran detalle la galopada de su hermano por una de las principales vías públicas de Londres, describiendo minuciosamente los caballos a los que había espantado, la gente, los carruajes que casi había volcado… La señora Martindale escuchó con atención mientras observaba a su sobrino por el rabillo del ojo.

La señorita Perceval estaba haciendo un bravo esfuerzo por desviar el tema de la conferencia, pero Robert no dejaría que lo distrajera. A pesar de su aparente interés por la divertida anécdota, sólo estaba esperando el final del relato para repetir su pregunta inicial.

Cuando Hester se quedó finalmente sin aliento, aprovechó para hablar.

—¡Y todo eso sin causarle daño a nadie! Debes de ser un jinete consumado, Perceval. Pero ¿qué tipo de apuesta podría llevarte a la *New Scientific and Philosophical Society*?

Lowell volvió a dudar, y su hermana salió una vez más en su defensa.

—Seguramente fue por algo que yo dije, lord Dungarran. No… no creí que Lowell pudiera aguantar más de media hora en una conferencia tan soporífera. ¡Oh! Le ruego que me disculpe. No pretendía ofenderlo. Sólo quería dar a entender que me parece un tema muy aburrido para quienes no lo entienden —hizo una pausa—. Para los entendidos estoy segura de que es un tema fascinante.

Sus palabras y su tono de voz parecían muy inocentes, y daban a entender que ella no se contaba entre esas «entendidas». Pero la señora Martindale percibió algo más. ¿Ironía, tal vez? ¿Mofa? Lo que sí había era un inconfundible atisbo de regocijo.

Miró a su sobrino, pero éste no parecía haberse dado cuenta y miraba a Lowell Perceval con una sonrisa.

—¿Y fue tan horrible? El joven que te acompañaba parecía entusiasmado. Nunca había oído una defensa tan apasionada del tema. Pero no pudo ser el señor Gaines, ¿verdad?

El señor Perceval se puso inmediatamente en guardia.

—¿Por qué no? —preguntó con cautela.

—Tú mismo me dijiste que está en Devon con su padrino. Y alguien me dijo… ¿no fuiste tú, también?, que se marchó de Londres antes del miércoles.

Los dos Perceval intercambiaron una mirada. La señora Martindale estaba completamente de acuerdo con su sobrino. Aquellos dos ocultaban algo, y Robert estaba empeñado en desafiarlos. Se advertía una determinación de acero en su tono ligeramente divertido, y no apartaba la mirada de Lowell.

—¡Muy mal, Lowell! —lo reprendió Hester—. La apuesta era que tenías que asistir tú solo, sin ninguna distracción. Si te acompañó un amigo para entretenerte, se puede decir que has perdido.

—Lord Dungarran se equivoca, Hester. Lo juro. ¡No estuve con ningún amigo! Es cierto que alguien sentado a mi lado intervino al final de la conferencia. Parecía muy exaltado, pero a mí me pareció todo muy aburrido. Así que he ganado la apuesta.

Dos pares de ojos se volvieron hacia Dungarran, y la señora Martindale pudo apreciar claramente los ojos de Hester por primera vez. Eran tan azules como los de su hermano y tenían la misma expresión de inocencia.

—Así que no puedes ayudarme… —dijo Dungarran—. ¡Qué fastidio! Tendré que seguir pensando.

La señora Martindale se preguntó si los Perceval se dejarían convencer por la aparente rendición de Dungarran. Quizá se estuvieran felicitando a sí mismos por haber ganado el primer asalto en aquella batalla de ingenio, pero sabía que Dungarran volvería a la carga… y ella apostaría por él sin dudarlo.

La señora Martindale se había divertido mucho presenciando aquel duelo. No tenía ninguna duda de que su sobrino resultaría vencedor, pero sospechaba que al fin se había encontrado con un rival digno de su ingenió… y no en la persona de Lowell Perceval. Se pasó la semana siguiente observando de cerca a los dos hermanos y no encontró nada que la hiciera cambiar de opinión. Hester Perceval era un enigma. Pero cuando le manifestó su opinión a su sobrino, éste se rió de ella.

—¡Mi querida tía! ¿De qué manera te podría interesar Hester Perceval? ¿Qué tiene de enigmática?

—Muestras un gran desdén hacia la señorita Perceval, Robert. Pero creo que es una mujer única. Las jóvenes damas que disfrutan de la temporada en Londres sólo se preocupan por su aspecto. Sus habilidades, sus modistas, sus doncellas… Todo se emplea en causar buena impresión.

—El éxito varía mucho de unas a otras —dijo Robert con una sonrisa—. Y en el caso de la señorita Perceval, es bastante escaso.

—¡De eso se trata! Ella no busca el éxito, Robert. ¡Por eso es única! Nunca había conocido a una chica que se esforzara por no impresionar.

—¡Oh, vamos! No puede ser.

—¡Lo digo en serio! Parece empeñada en quedarse al margen. Sus modales son refinados, pero carecen de personalidad real. Y su ropa es tan sosa que cuesta recordar lo que llevaba puesto.

—Pero eso es porque es una chica muy aburrida.

—¿Eso crees? No estoy de acuerdo contigo. Recuerda que fue ella y no su hermano quien se inventó las excusas para justificar la presencia de Lowell en su famosa conferencia.

—Entonces, ¿tú tampoco te crees las razones de Lowell?

—No, pero ¿no te fijaste en que fue el rápido ingenio de Hester lo que sacó de apuros a su hermano?

—Y lo que me dejó frustrado —dijo él, pensativo—. Tengo que admitir que estaba más pendiente de su hermano y no advertí sus esfuerzos. ¿Estás segura de que fue como dices?

—Sí, Robert, lo estoy —aseveró su tía con firmeza—. Y si no te fijaste en ella sin que se diera cuenta, yo sí lo hice. Es una mujer distinta a todas las demás. Mucho más dinámica y mucho más atractiva.

Robert no se molestó en disimular su escepticismo.

—No la he observado tan atentamente como tú, pero sé por experiencia que Hester Perceval no puede ser descrita como una mujer dinámica ni ingeniosa. ¡Y mucho menos atractiva!

—Te equivocas, pequeño. Con los amigos de Lowell Perceval es encantadora… Siempre está riendo y bromeando con ellos. Sólo se anula cuando tiene que hacer vida social.

—¡Estás imaginando cosas!

—¡Te aseguro que no! Hester Perceval se libera en cuanto se siente cómoda con las personas. ¡La he visto!

—Para eso ha venido a Londres, ¿no?

—He oído que está aquí en contra de su voluntad. Por lo visto, sus padres se mostraron muy insistentes.

Dungarran guardó un momento de silencio.

—No me extrañaría que esa pobre chica no se atreviera a hacer vida social. Su primer intento acabó en desastre… Y si se divierte con Lowell Perceval y sus amigos me alegro por ella, aunque me sorprende mucho. Me parecen unos inmaduros, con sus locuras y apuestas. Pero vamos a hablar de otra cosa. Sigo pensando que la señorita Perceval es un tema muy aburrido de conversación.

La señora Martindale acabó desistiendo y cambió de tema. Pero su opinión sobre Hester Perceval no cambió en absoluto y decidió conocerla mejor. Para ello invitó a la familia Perceval a una de sus fiestas. Invitó también a su sobrino, y aunque Dungarran seguía preocupado por los documentos franceses, aceptó la invitación. Sin embargo, no quedó muy complacido cuando se enteró de que su pareja para esa noche sería Hester Perceval. Sus modales, no obstante, fueron impecables y se sentó junto a ella dando muestras de satisfacción.

Hubo un breve e incómodo silencio, mientras pensaba en qué demonios podía decirle.

—¿Está disfrutando de su estancia en Londres, señorita Perceval? —le preguntó finalmente.

Ella lo miró pensativa, como si pensara cuál podría ser la respuesta adecuada. Dungarran se irritó por la espera. Al fin y al cabo, era una pregunta puramente convencional que podía responderse con un simple «¡mucho!» o «naturalmente», o incluso con «a veces». Luego podrían seguir hablando de bailes y conciertos.

—Al principio no, lord Dungarran. Pero ahora sí me estoy divirtiendo mucho.

Dungarran se quedó tan sorprendido que le echó una mirada fugaz. Ella bajó rápidamente la mirada, pero no antes de que él captara un brillo de picardía en sus ojos azules.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—He… he descubierto que un viejo amigo mío está en la ciudad —dijo recatadamente—. Alguien a quien conozco desde hace años pero a quien nunca había visto en persona.

—Oh, ¿un idilio romántico, tal vez?

—¡Oh, no! Nada de eso. Nuestra amistad se basa en el intelecto. Pero conocerlo ha sido muy… interesante.

Dungarran asintió al tiempo que suspiraba para sus adentros, armándose de paciencia para escuchar una aburrida disertación sobre las virtudes de algún anciano caballero del norte, un misionero o un reformista.

—Supongo que no lo conoceré, ¿verdad?

—No es alguien que se dé a conocer a la sociedad —respondió ella evasivamente—. Sus talentos no son los mas apreciados por la nobleza.

Tal y como Dungarran se había imaginado. Seguramente se trataba de un predicador o de algún teórico radical, serio y aburrido.

—¿Y está contenta por haberlo conocido en persona? ¿Su aspecto y conversación respondieron a sus expectativas?

—¡No podrían haber sido más diferentes! De hecho, al principio no me gustó nada. Pero luego recordé la admiración que siempre había sentido por él y… —sacudió la cabeza—. Si le soy sincera, aún no sé qué pensar de él.

Miró a Dungarran y él volvió a sorprenderse por el destello de regocijo, casi burlón, que brillaba en sus ojos. ¿A qué demonios estaba jugando?

—¿Puedo preguntarle si ha encontrado a su escurridizo matemático? —le preguntó ella, volviendo a bajar la mirada.

Aquella vez no hubo la menor duda. La señorita Perceval podía ser muy cortés y su pregunta, inofensiva. Pero Robert Dungarran no era ningún tonto. Su instinto, que tan bien le había servido en el pasado, confirmó sus sospechas. La señorita Perceval se estaba riendo de él.

—Aún no —respondió con voz cortante—. Pero lo encontraré —sus ojos se posaron un momento en Lowell—. Y estoy seguro de que su hermano sabe más sobre Euclides de lo que dice saber, señorita Perceval —añadió, clavándole la mirada—. Aunque sospecho que cuenta con su confianza, ¿verdad?

Ella le sostuvo la mirada sin flaquear.

—¿Está insinuando que mi hermano es Euclides? Le aseguro que es un completo lerdo para las matemáticas.

—La creo. Su afirmación corrobora lo que ya he descubierto. Su hermano no destacó precisamente en ciencias cuando estudiaba en Cambridge. Sin embargo, estoy seguro de que conoce a Euclides y de que estuvo con él en la conferencia. Las firmas en el registro están hechas con su letra.

Hubo un breve silencio, antes de que Hester volviera a hablar con un ligero tono de regocijo en la voz.

—No entiendo su interés en averiguar la identidad de Euclides, lord Dungarran. Pero si cree que Lowell sabe más de Euclides de lo que ha admitido, debería hablar con él… en otro momento, quizá. No creo que la cena de la señora Martindale sea el lugar adecuado para un interrogatorio semejante. Discúlpeme —dijo, y se volvió hacia su otro compañero de mesa para iniciar una conversación con él.

Al menos había dejado de burlarse de él, pensó Dungarran. Su tía tenía razón. Hester Perceval era un enigma y había que estudiarla con detenimiento. Pero no aquella noche… Como ella misma había dicho, la cena de su tía no era el lugar ni el momento adecuados para sus pesquisas. A cualquiera que no supiese lo importante que era descifrar los documentos franceses la búsqueda de Euclides le parecería algo absurdo que atentaba contra las convenciones sociales. Ya se ocuparía de Lowell Perceval en su momento… Mientras tanto, se dedicaría a vigilar atentamente a la señorita Perceval.

Dungarran sabía observar sin ser visto. Durante la semana siguiente estuvo vigilando a Hester Perceval sin que su presencia fuera advertida. Descubrió con sorpresa lo animada que se mostraba con los amigos de Lowell. La vio bailar con deleite y elegancia, pero no con ningún posible pretendiente. Sus parejas eran miembros de su familia o amigos de sus padres y de su hermano menor. Si se lo pedía alguien que hubiera estado en Londres seis años antes, o alguien que pudiera ser considerado como un posible marido, se ponía muy rígida y permanecía en silencio. La transformación era asombrosa.

Unos días más tarde estaba con su madrina, paseando en coche por Piccadilly, cuando vieron a la señorita Perceval entrando en la librería Hatchard's.

—¡Robert, mira! Es nuestra oportunidad. ¡Biggs! ¡Para aquí! Tengo que bajar. Vamos, Robert. Averigüemos algo más sobre nuestra joven damita. ¿Querrá comprar el último libro de Walter Scott? ¿O quizá de Byron?

—No le gusta la poesía —respondió Dungarran, muy serio, mientras entraban en la tienda—. Pero observo que una vez más ha salido de casa sin la compañía de un lacayo o una doncella. ¡Y por Piccadilly, nada menos!

—Es tremendo. Pero no importa. Quiero ver lo que hace. ¡Vamos!

Vieron que la señorita Perceval ignoraba las novelas y poesía y que se detenía delante de los libros científicos. Dungarran le puso a su tía una mano en el brazo.

—¡No te acerques! —le susurró, y agarró un volumen de *Ackermann's Views of London*. Vamos a esperar echando un vistazo a esto.

Al cabo de un rato, Hester se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada, portando un pequeño paquete. Dungarran le salió al paso.

—¡Señorita Perceval! ¡Qué sorpresa encontrarla aquí!

—¡Lord Dungarran! ¡Señora Martindale! Qué… qué alegría verlos! —exclamó, aunque no parecía nada contenta. En realidad, se había puesto pálida—. ¡Qué tienda tan fantástica! Me podría pasar horas mirando libros.

—Parece que ha comprado algo.

Ella miró la bolsa que llevaba en la mano, como si la hubiera olvidado.

—¿Esto? Oh, sí… Son p… poemas.

—Creía que no le gustaba la poesía.

Hester pareció quedarse en blanco.

—¡Oh, sí! ¡No! Quiero decir… He pensado que, ya que estoy en Londres, debería profundizar un poco en la misma, lord Dungarran.

—Se dicen muchas tonterías sobre la poesía, señorita Perceval —dijo la señora Martindale con una sonrisa—. Hay poetas excelentes, naturalmente, pero también hay otros muy malos. Me parece que lord Byron está ridículamente sobrevalorado, ¿no cree?

—No… no he leído nada suyo. Aún no. ¿A qué poeta admira, señora Martindale?

Siguieron hablando durante unos minutos, hasta que finalmente intervino Dungarran.

—El coche de mi tía está fuera. ¿Podemos llevarla a Bruton Street, señorita Perceval? ¿O prefiere caminar?

—Gracias, pero prefiero caminar. El ejercicio me… me sienta bien.

Él la miró con sarcasmo.

—En ese caso avisaré a su lacayo. ¿O es su doncella quien la acompaña?

La señora Martindale se compadeció de ella.

—Tengo una idea mejor, Robert. Me gustaría llevarme a la señorita Perceval a Grosvenor Street. Quiero enseñarle un cuadro de su abuela que pintó una tía mía cuando las dos eran jóvenes. Una acuarela. Hugo dice que aún puede sacar el parecido, después de todos estos años. Me encantaría que la viera, señorita Perceval. ¿Le apetece?

Hester dudó. La tentación era muy fuerte, y la señora Martindale era una mujer muy afable.

—Vamos, anímese —la alentó la señora Martindale—. Robert puede volver caminando. Le echaremos un vistazo a la acuarela y nos quedaremos charlando hasta que llegue. Luego tomaremos el té los tres juntos. Pasaríamos una tarde muy agradable.

Robert Dungarran vio con regocijo cómo Hester era incapaz de negarse. Su tía tenía la habilidad de conseguir lo imposible.

Acompañó a las mujeres al coche y, tras verlas alejarse, volvió a la tienda y habló con el encargado, un viejo conocido.

—La joven dama compró varios libros hace un par de semanas, milord—. Pero hoy no he podido facilitarle lo que más deseaba. Quería adquirir, supongo que para su hermano, algo sobre las últimas investigaciones sobre el cálculo. Le sugerí que

podría encontrarlo en Cambridge. No es un tema muy solicitado por la clientela de Londres.

—¿La ayudaste con alguna otra cosa, Behring?

—¡Sí! Teníamos un ejemplar de las tesis del señor Lagrange sobre aritmética y ecuaciones algebraicas. En francés, naturalmente. Pero me aseguró que su hermano habla y entiende correctamente esa lengua.

—Un joven muy culto.

—Oh, sí. Mucho. Si no recuerdo mal, usted también tiene un ejemplar de ese libro, milord.

—Creo que sí. Gracias, Behring.

Dungarran volvió a pie a Grosvenor Street tan sumido en sus pensamientos que no oyó los saludos que le dedicaban algunos viandantes. Una descortesía semejante era tan poco habitual en él que sus conocidos se quedaron bastante preocupados. Y aún habrían estado más preocupados si hubieran visto su comportamiento unos minutos después. Al llegar a Berkeley Square se detuvo bruscamente y se dio la vuelta para dirigirse a su casa en Curzon Street. A los pocos minutos volvió a salir con un paquete en la mano y siguió caminando hacia casa de su tía.

Allí se encontró a su tía y a la señorita Perceval charlando animadamente. Sobre la mesa había una acuarela de una joven dama.

—¿Dónde has estado, Robert? No podíamos esperar más para el té y hemos empezado sin ti.

Dungarran se sirvió él mismo una taza de té y se acomodó en un sillón, frente a la señorita Perceval. Antes había dejado el paquete en una mesita, junto al sillón.

—¿Qué tienes ahí, querido? —le preguntó la señora Martindale—. Parece un libro. ¿Es de Hatchard's? ¿Has vuelto a la librería y por eso has tardado?

—¿Qué pregunta quieres que responda primero, madrina? Sí, es un libro. Sí, he vuelto a Hatchard's. No, el libro no es de allí. Es mío, y quiero prestárselo a la señorita Perceval. Creo que le interesaría tenerlo.

Hester se removió incómoda bajo la atenta mirada de Dungarran. Sus últimas palabras la habían impresionado y tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír de agradecimiento.

—Gracias, lord Dungarran, pero si es un libro de poesía no le prometo que vaya a leerlo como una experta… Más bien como una principiante.

—Me temo que no es un libro de poesía, señorita Perceval —repuso él, y se levantó para entregarle el paquete a Hester.

Ella dudó. Dungarran parecía elevarse como una torre sobre ella, y había algo en su actitud que no resultaba nada reconfortante.

Miró a la señora Martindale en busca de ayuda.

—¡Ábralo, señorita Perceval! Me muero de curiosidad por saber qué libro es.

Hester obedeció a regañadientes y desenvolvió el libro. Se quedó mirándolo en silencio unos momentos, sintiendo cómo el rubor le cubría las mejillas.

—Es… es un libro de cálculo —dijo con voz ahogada.

—Behring me dijo que había estado preguntando por este libro… Para su hermano, naturalmente —añadió en tono sarcástico.

La señora Martindale se sentó junto a Hester con expresión preocupada.

—Robert, no estoy segura de que apruebe…

—Por favor, tía Martindale. No tengo que recordarte lo urgente que es el asunto.

Hester no oyó el comentario de Dungarran. Tras la sorpresa inicial, estaba concentrada en recuperar sus fuerzas. Aquel hombre despreciable casi había descubierto a Euclides. Pero ella no estaba dispuesta a rendirse sin lucha.

Se levantó y lo encaró con frialdad.

—¿Debo entender, lord Dungarran, que le ha preguntado a un dependiente por mí? Permítame decirle que ni siquiera en Northamptonshire se considera ésa una actitud propia de un caballero.

—Tiene razón, y le pido disculpas… Pero era necesario.

—¿Necesario? ¿Para quién? ¿Para usted? ¿Para satisfacer su curiosidad? —lo acusó Hester con dureza.

La señora Martindale, que había estado preparada para intervenir en auxilio de Hester, se recostó en el sillón y decidió esperar. La vida en Londres solía ser bastante aburrida, pero aquella reunión para tomar el té prometía ser mucho más emocionante que los cotilleos habituales. Parecía que el descubrimiento de Euclides era inminente. Mientras tanto, se deleitaría con los esfuerzos de Hester por defenderse contra los magistrales ataques de su sobrino. Había que admitir que ella también lo estaba haciendo muy bien.

—Pero debería habérmelo imaginado —siguió hablando Hester con el mismo desprecio—. ¡La necesidad hace que se olvide de que es usted un caballero! Hurgar en mis asuntos no es peor que haberme abofeteado hace seis años. Por aquel entonces también alegó que era necesario, si mal no recuerdo.

—¡Robert! ¿Eso es verdad? —exclamó la señora Martindale, horrorizada.

Dungarran sonrió amargamente.

—Me temo que sí, madrina. Aunque en mi defensa debo aducir que la señorita Perceval estaba sufriendo un ataque de histeria. No podía hacer otra cosa para conseguir que se calmara.

Su tía no salía de su asombro.

—Nunca me habría imaginado algo así —dijo.

Dungarran ignoró la mirada de curiosidad de su tía y se giró hacia Hester con una sonrisa devastadora.

—Pero le puedo asegurar que me arrepiento de aquello y de lo que dije después. ¿Podrá perdonarme?

Hester no estaba dispuesta a dejarse aplacar.

—¡Palabras, palabras! Pero su arrepentimiento no parece haberlo cohibido hoy a la hora de espiarme. Su actitud deja mucho que desear.

La señora Martindale observó con gran deleite cómo su sobrino parecía desconcertado. Obviamente, no estaba acostumbrado a que ignorasen sus encantos.

—Si vamos a hablar de una actitud indecorosa, ¿me permite recordarle su comportamiento actual, señorita Perceval?

—¿Qué quiere decir? No lo entiendo. ¡Explíquese, señor!

—Hasta la mente más pobre comprendería el significado, y la suya no es precisamente pobre, señorita Perceval. Desde que vino a Londres, usted y su hermano han hecho lo posible para engañarme. Evasivas, medias verdades, mentiras…

—¡No hemos mentido!

—¿Ah, no? ¿De verdad tengo que creer que ahora tiene dos libros de poesía? El primero era de baladas, ¿no? Se lo prestó su hermano Lowell…

Hester se apartó bruscamente.

—El primero —dijo en voz baja—, el primero… no era de matemáticas. Se lo prometo.

—¿Y el resto? —preguntó él, pero Hester no respondió—. No habría tenido necesidad de interrogar a los criados y dependientes si me hubiera dicho la verdad.

Hester consiguió recuperar su voz.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pretende?

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Mientras tanto, ¿admite que fue usted la que acompañó a Lowell a la conferencia? No hay otra explicación posible.

Hester miró a la señora Martindale y suspiró.

—Sí. Sí, fui yo. ¿Qué le parece? Vestida de hombre y comportándome como tal. ¿Ya está contento? Ahora puede condenar mi comportamiento cuanto le plazca, lord Dungarran.

—Al contrario… Si era el único modo de poder asistir a una conferencia tan magnífica, la admiro por su valor y osadía. Supongo que su hermano también participó, pero eso es irrelevante…

—¿Irrelevante? ¿Se da cuenta de lo que pasaría si esto saliera a la luz? Tendría que volver a marcharme, humillada y desprestigiada sin remedio. Mis padres quedarían destrozados para siempre.

—No hay ningún motivo para que esto salga a la luz. Tengo cosas más importantes en mi cabeza que ir difundiendo rumores por ahí, y mi tía es tan discreta

como yo. Pero dígame, ¿significa esto que está preparada para admitir que es Euclides?

Hester se detuvo. La cabeza le daba vueltas, pero no podía seguir dando evasivas. Dungarran no se creería ahora que Hugo o Lowell pudieran desempeñar el trabajo que ella había estado realizando. No había nadie más.

—Sí —respondió simplemente.

La señora Martindale se levantó y la besó.

—¡Qué chica tan valiente y maravillosa!

Dungarran sacudió la cabeza.

—Es increíble… Mi tía fue la primera en sugerirlo, pero me negué a creerla.

La miró divertido y volvió a sacudir la cabeza, maravillado.

—Mi querida señorita Perceval, permítame decirle lo mucho que he disfrutado caneándome con Euclides.

—Lo… lo mismo puedo decir de mi correspondencia con Zeno —dijo ella tímidamente.

—Déme su mano —le pidió él.

Hester levantó lentamente la mano. Dungarran la tomó y agachó la cabeza para besarla. Hester nunca se había imaginado algo así. Aquel hombre que le acariciaba la piel con sus labios era Zeno; su amigo, su mentor, su inspiración… Una sensación de puro gozo, distinta a todo lo que había experimentado antes, se propagó por sus venas como una llamarada de fuego líquido.

Asustada, retiró la mano y se dio la vuelta, temblando.

—Echaré de menos trabajar juntos.

Capítulo Siete

—¿Echarlo de menos? ¿Qué quiere decir?

—Tengo que dejarlo. Comprenderá que así no puedo continuar, ahora que ambos sabemos la verdad.

—¿Por qué no? —preguntó Dungarran en tono cortante.

—¿No es evidente? Zeno era mi amigo. Pero… ¿usted? ¡Oh, no!

—¡Eso son tonterías! Ya sé que desprecia a Robert Dungarran. ¡Pero yo sigo siendo Zeno! —la tomó firmemente por los hombros y la hizo girarse—. ¡Y ahora la necesito más que nunca! ¡No puede abandonar! ¡No se lo permitiré!

Hester se sacudió para liberarse.

—¿Quién se cree que es, diciéndome lo que puedo o no puedo hacer? No puede obligarme a trabajar con usted. Seria imposible. Me sorprende que quiera seguir haciéndolo, lord Dungarran, sabiendo que Euclides es una chica testaruda, maleducada e ignorante.

—Maldita sea, ¿por qué tiene que escupirme a la cara las palabras que mascullé hace seis años? Ya le he dicho que me arrepiento… aunque fueron sinceras en su momento.

—¡Ja! ¿Acaso no me ha visto como a una chica estúpida y aburrida desde entonces?

—Sí, bueno, pero eso fue antes de…

La señora Martindale, que había permanecido al margen, decidió que era el momento de intervenir.

—Niños, niños —los llamó—. Esta discusión no lleva a ninguna parte. Siéntese, señorita Perceval. Robert tiene algo muy importante que explicarle. Siéntese, por favor.

Hester obedeció de mala gana. Dungarran le asintió agradecido a su tía, respiró hondo y empezó a explicar el problema de los documentos franceses.

Hablaba con mucha claridad, pero Hester apenas escuchaba. Seis años recuperando la seguridad en sí misma, aprendiendo a ser tolerante, a desarrollar un sentido del humor… se habían desvanecido como el humo en el aire. Volvía a invadirla una furia ciega contra los hombres que la habían humillado, entre los que destacaba aquel hombre que la consideraba una chica estúpida y aburrida.

En ningún momento había pensado que, desde su regreso a Londres, había hecho todo lo posible por convencer a la sociedad en general, y a Dungarran en particular, de que era ambas cosas. Olvidó lo mucho que había disfrutado engañándolo, convenciéndolo de que era la muchacha insípida que él pensaba. La lógica que sustentaba todo el trabajo de Euclides se había perdido, barrida por el orgullo femenino al sentirse ofendida. ¡No! Era imposible separar a Zeno de Robert Dungarran. Ni siquiera lo intentaría.

Cuando él acabó de hablar, Hester sacudió la cabeza y se levantó.

—Lo siento. He perdido toda la confianza que tenía en Zeno. Ahora sólo puedo ver a lord Dungarran, y no creo que pueda trabajar nunca con usted. Además, ¿qué diría la gente si supiera el tiempo que nos hemos dedicado? ¿Cómo explicarlo? No, lord Dungarran. Me siento halagada, pero tiene que haber otras…

—Maldita sea, no hay nadie más. ¿Por qué demonios se cree que he empleado tanto tiempo y esfuerzo en descubrirla? ¡Oh, Dios! ¿Por qué Euclides tuvo que ser una mujer?

Hester se volvió hacia la señora Martindale con expresión triunfal.

—¿Lo ve? Es lo que siempre he dicho. Los hombres son incapaces de hacerle justicia a la inteligencia de una mujer. Ahora que su sobrino sabe que Euclides es una mujer, mire cómo ha cambiado su actitud. Si fuera lo bastante idiota para trabajar con él, mis esfuerzos serían despreciados por estúpidos e irracionales y perdería toda su confianza en lo que hago. ¿Y él espera…? ¡No! ¿Él me exige que lo ayude? ¡Ja!

—Está siendo muy injusta con mi sobrino, señorita Perceval —dijo la señora Martindale en tono amable—. Pero creo que ninguno de los dos se encuentra ahora mismo en un estado idóneo para discutir un asunto tan importante. ¿Puedo sugerir que mi sobrino vaya a verla mañana por la mañana, cuando los dos hayan tenido tiempo para reflexionar? —se volvió hacia su sobrino—. Mientras tanto, Robert, quiero que acompañes a la señorita Perceval a Bruton Street… y procurad no hablar de Zeno ni de Euclides por el camino —añadió con una sonrisa—. Hablad del tiempo, de la moda… ¡o incluso de poesía! —tomó la mano de Hester—. La felicito, querida. Diga lo que diga Robert, su trabajo lo ha impresionado más que el de cualquier otro. Recuérdelo cuando vaya a tomar una decisión. Espero que nos veamos muy pronto.

El trayecto hasta Bruton Street fue realizado en silencio. La cabeza de Hester era un hervidero de confusión, y su acompañante parecía preocupado. Una vez en la puerta, él hizo una reverencia y le entregó los dos libros que habían provocado la escena en casa de su tía.

—¿A qué hora puedo verla mañana? —le preguntó tranquilamente.

—Siempre me rijo por el horario rural, como dirían ustedes. Normalmente estoy lista a partir de las diez en punto. Pero no servirá de nada…

—¡Por favor! Le prometimos a mi tía que no hablaríamos más del tema por hoy. Empiece por éste —dijo, señalando el libro de cálculo—. Estoy seguro de que lo encontrará fascinante.

Ella lo miró con escepticismo, pero Dungarran hablaba completamente en serio.

—Gracias.

Él tomó su mano y volvió a besársela. Fue un gesto puramente cortés… no como el beso que le había dado en el salón de la señora Martindale. Pero aun así, Hester volvió a sentir un débil hormigueo por la piel. ¡No podía ser! Se apartó bruscamente, hizo una breve reverencia y entró en casa.

—¡Hester! ¿Era lord Dungarran el que estaba contigo? —le preguntó su madre cuando Hester entró en el salón—. ¿Dónde has estado, niña? Llevo un rato esperándote.

—La señora Martindale me invitó a tomar el té, mamá, y lord Dungarran se ofreció para acompañarme a casa —respondió Hester, incapaz de reprimir una sonrisa irónica por la insulsa descripción de lo sucedido aquella tarde.

Su madre, naturalmente, extrajo sus propias conclusiones al verla sonreír.

—¡Qué amable! Siempre he admirado a Dungarran. Tiene un estilo exquisito… ¡Y es joven casadero!

—Mamá, créeme porque te lo digo muy en serio: no voy a cambiar mi opinión sobre los hombres ni el matrimonio, y mucho menos a favor de lord Dungarran. Estoy más convencida que nunca de que quiero seguir soltera. ¿No podríamos volver pronto a Northamptonshire? ¡Ya he cumplido con tus condiciones!

—¡Pero, Hester, es muy pronto para marcharse de Londres! Sólo estamos a la segunda semana de junio.

—Pero Robina ya se ha marchado, y los Cleeve también. ¿No podemos hacer lo mismo?

—Ten paciencia, Hester. Nos quedaremos un poco más. Tu padre y yo estamos disfrutando de la ciudad, y es maravilloso volver a ver a Hugo.

Hester se rindió. No había forma de evitar la visita de Dungarran. ¿Qué diría su madre cuando se presentara a la mañana siguiente?

La casa de Bruton Street tenía una pequeña habitación a la derecha de la entrada para recibir a las visitas ocasionales. A la mañana siguiente, Hester estaba esperando allí a Dungarran. No había cambiado de opinión durante la noche, pero no sabía por qué. La petición de ayuda de Dungarran era muy razonable, aunque le costaba creer que su experiencia con los números fuera tan importante para el país.

Pero, por alguna razón, sentía que aquel hombre era una amenaza para su tranquilidad mental, y por tanto no quería tener nada que ver con él. La extraña sensación que le había provocado con su tacto no era nada desagradable… al contrario, pero sí era muy peligrosa.

—Espero regresar a Northamptonshire muy pronto —le dijo al verlo—. Sería muy difícil mantener el contacto.

—Estoy de acuerdo en que la distancia complicaría el asunto, pero durante los últimos años nos las hemos arreglado bastante bien —le recordó él—. ¿Por qué le parece imposible de repente?

—Lowell era mi mensajero, y no tiene previsto venir a Abbot Quincey con la misma frecuencia en lo sucesivo.

—Puedo hacer que le envíen los paquetes…

—¡No! No puede ser.

—Por amor de Dios, vamos a dejarnos de tonterías, señorita Perceval. Me parece que no entiende lo importantes que son estos documentos…

—Me da igual lo importantes que sean para usted. ¡No pienso ayudarlo! ¿Es que no lo entiende?

—Oh, claro que lo entiendo. Lo entiendo muy bien. Va a permitir que su desprecio hacia mí supere todo lo demás… Su pasión por el trabajo, su sentido del deber, su patriotismo… Todo será barrido por el rencor que la señorita Perceval le ha guardado durante seis largos años al monstruo Dungarran. ¿Cómo puede sorprenderla que critique una mente tan mezquina? ¿O que mi opinión sobre Euclides se vea seriamente afectada al oír sus palabras?

La puerta se abrió de repente y Lowell irrumpió en la habitación. No vio a Dungarran, que estaba de pie detrás de la puerta.

—¿Te has enterado, Hester? No, no puedes saberlo. No saldrá en los periódicos hasta mañana. ¡Han matado a Sywell! Y ha sido tal y como describías el final de Rapeall en tu libro… ¡hasta el último detalle! La cuchilla, la sangre por la alcoba, Sywell en camisón… ¡Las semejanzas son extraordinarias! Por Júpiter, esto hará que las ventas de *El malvado marqués* suban como la espuma.

Hester intentó en vano contener a Lowell. Su hermano acabó por ver sus gestos y se dio la vuelta.

—¡Lord Dungarran!

—El mismo —dijo él, observándolos a ambos con expresión adusta—. Está usted llena de sorpresas, señorita Perceval, algunas mejores que otras. Por lo que acabo de oír, parece ser usted la autora de *El malvado marqués*, ¿no?

Lowell se dispuso a responder, pero Hester lo hizo callar con un gesto.

—Sí —dijo ella—. ¿Lo ha leído?

—Sí… al igual que sus otras víctimas. Tiene usted un talento para la sátira. Las caricaturas son bastante crueles, pero muy divertidas. Supongo que estarán inspiradas en sus experiencias en Londres hace seis años, ¿no? —Hester asintió y él siguió hablando—. Pero el resto… ese sensacionalismo barato y esos detalles de lujuria… ¿También son fruto de su experiencia?

Se detuvo y la miró fijamente con una expresión que rayaba en el descaro.

—¿Cómo se atreve, señor? —exclamó ella. Intentó mantenerle la mirada, pero no lo consiguió y agachó la cabeza, avergonzada.

Lowell dio un paso adelante.

—Señor, yo…

Dungarran se volvió hacia Lowell.

—¡Claro! —dijo en tono tranquilo pero amenazador—. Debería haberlo imaginado. ¡Fuiste tú! Cielos… ¡Su hermano! Ella nunca podría haber escrito esas cosas, pero tú sí…

Lowell asintió miserablemente y Dungarran explotó.

—Por Dios, Lowell, has cometido muchas imprudencias, pero nunca habías hecho algo tan detestable. ¡Y dices que quieres a tu hermana! ¿Qué demonios pretendías al exponerla a los comentarios que ese libro ha provocado y a la despiadada censura de la sociedad? Si llega a descubrirse su autoría, será condenada al ostracismo para el resto de su vida… incluso sus padres podrían desheredarla. ¡Eres un ser despreciable! —espetó.

Se movió hacia Hester, que estaba de espaldas a ellos, intentando contener las lágrimas.

—Señorita, Perceval, discúlpeme por las palabras que le dije hace un momento. Estaba tan horrorizado que no pensé en lo que decía. Le juro que no hablaba en serio.

Hester tragó saliva.

—Lo… lo entiendo. Cuando vi lo que Lowell había escrito supe que no debería habérselo permitido.

—¡Por supuesto que no debió permitírselo! ¿Es que perdió el juicio? ¿Cómo pudo dejar que su afecto por este sinvergüenza sin cerebro le impidiera ver los riesgos?

Hester volvió a tragar saliva.

—Yo… yo…

—Yo robé el libro —admitió Lowell, enfurruñado—. Lo saqué de su armario y añadí los pasajes más picantes. Ella nunca tuvo intención de publicarlo, y no supo nada hasta que vino a Londres. Para entonces, el libro ya llevaba varias semanas en el mercado.

—Pero la idea original fue mía —declaró Hester con vehemencia—. Si yo no hubiera escrito la novela, Lowell no habría caído en la tentación. Así que… ¿qué sugiere que hagamos, lord Dungarran?

—¿Y usted qué cree que debería hacer? Su hermano la ha puesto en un serio peligro. ¿No cree que merece algún castigo?

—Aceptaré cualquier castigo, señor, si evita la deshonra pública de mi hermana —dijo Lowell.

—Tendrías que haberlo pensado antes de embarcarte en esta locura —espetó Dungarran, y se detuvo un momento mientras los dos hermanos lo miraban en silencio—. Tus padres son los que tienen que ocuparse de esto, pero me niego a darle una noticia semejante a sir James. Perceval, me gustaría hablar con tu hermana a solas. ¿Puedes dejarnos unos minutos?

Lowell miró dubitativamente a Hester, pero ella asintió.

—No te preocupes, Lowell. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Su hermano salió de la habitación, inseguro y avergonzado, y cerró la puerta tras él.

—¿Siempre lo ha mimado tanto, señorita Perceval? ¿Siempre lo ha salvado de su justo castigo?

—En absoluto. Lowell ha sido una gran ayuda para mí en el pasado, sobre todo después de volver de Londres hace seis años. Fue él quien me presentó a la *New Scientific and Philosophical Society*, lo que me llevó al… trabajo con cifras y códigos. Creo que aquello impidió que me volviera loca. Lowell se esforzó mucho por reparar el daño… Sí, nunca podré pagarle todo lo que le debo.

—Aun así, esta locura no debería quedar sin castigo. ¿Se da cuenta del riesgo que supone para usted lo que ha hecho? Mi reacción no será nada comparada con la de los demás.

—Lo sé. Y estoy segura de que él también lo sabe.

—Tal vez debería hablar con Hugo…

—¡No! ¡Con Hugo no! —gritó Hester. Dungarran la miró sorprendido—. Por favor… usted no lo entiende. Estoy segura de que Hugo es un buen amigo. Y un buen hermano, también. Pero sus criterios son demasiado altos para alguien tan inconstante como Lowell. Implicar a Hugo no sería bueno para nadie… —se calló, desalentada. Suplicarle a aquel hombre iba contra sus principios, pero no le quedaba más remedio—. ¿No podría olvidar lo que ha oído esta mañana? Haría lo que fuera por salvar a Lowell de Hugo.

Dungarran la observó en silencio, y finalmente esbozó su arrebatadora sonrisa.

—No voy a permitir que su hermano se libre tan fácilmente, aunque… Podría hacerlo con una condición, señorita Perceval.

—¿Qué condición?

—Que usted permanezca en Londres, naturalmente, y que me ayude a descifrar los códigos franceses.

—¡Lo sabía! —espetó Hester—. Me está chantajeando.

—Pues claro que la estoy chantajeando.

—¿Es que no tiene ningún escrúpulo en hacerlo?

Él negó con la cabeza y volvió a sonreír.

—Claro que no los tiene —añadió ella con rencor—. Sólo se trata de necesidad.

—Eso es. Puede pensar de mí lo que quiera, pero haré lo que sea para descifrar esos documentos con la mayor rapidez posible. Quizá convendría recordarle que le estoy haciendo, a usted y a su familia, un gran favor por guardar silencio sobre ese libro.

Hester lo miró asqueada, pero se encogió de hombros.

—¿Dónde vamos a trabajar? No será fácil hacerlo sin provocar rumores indeseados. ¿O eso tampoco le importa?

—Había pensado que mi tía podría ayudarnos. Sorprendentemente, usted le ha gustado mucho —dijo con una media sonrisa—. Sobre todo desde que admitió ser Euclides… Creo que van a llevarse muy bien. Se parece a ella en muchos aspectos. Al igual que usted, tiene unas ideas muy firmes sobre el tratamiento que reciben las mujeres.

Hester lo miró sorprendida.

—¡Nunca la he oído exponer esas ideas!

Dungarran arqueó una ceja.

—Tal vez sea… más sensata que una chica inexperta de diecisiete años a la hora de hacer vida social. La sorprendería saber cuánta influencia tiene en algunos círculos. Pero volviendo al tema que nos ocupa, mi tía ha puesto a nuestra disposición una habitación en su casa. Podríamos encontrarnos allí por las mañanas, antes de que medio Londres se haya despertado. Eso significa que tendrá que visitar a la señora Martindale con bastante frecuencia. ¿Sus padres pondrán alguna objeción?

—Oh, no, y menos siendo usted el sobrino de la señora Martindale —dijo ella con una sonrisa irónica—. Sin duda sabrá que la mayoría de las madres, incluida la mía, lo ven como un buen pretendiente.

—Yo no…

—No tiene nada que temer, lord Dungarran —siguió Hester—. No tengo intención de casarme con nadie… y mucho menos con usted.

—Es usted muy clara, aunque no muy amable. Sin embargo, me alegra saberlo.

—Mi interés por las matemáticas es mucho mayor que mi interés en una posible pareja.

—¡Qué curioso! Eso es exactamente lo que dice mi tía de mí. Vamos a hacer una pareja ideal… quiero decir, unos colegas ideales. ¿Cuándo puede ir a casa de mi tía? Puedo tener los papeles allí mañana.

—Entonces estaré allí mañana. ¿A las diez?

—Perfecto —dijo él. Se acercó a ella y le tomó la mano, pero no intentó besarla—. Señorita Perceval, haré lo posible por no irritarla.

Y a pesar de nuestras diferencias, puedo decirle que me alivia muchísimo trabajar con Euclides.

Ella lo miró fríamente, sin ceder un ápice.

—Espero ser digna de su confianza. A cambio, intentaré que mi disgusto no interfiera en el trabajo con Zeno.

—Ya me ha dado su palabra de que trabajará conmigo —dijo él suavemente—. No puede echarse atrás. Las consecuencias podrían ser nefastas… si no para usted, sí para Lowell.

El incómodo silencio que siguió a sus palabras fue roto por la irrupción de la señora Perceval.

—¡Hester! ¿Por qué no me has dicho que lord Dungarran estaba aquí? Por favor, señor, disculpe los malos modales de mi hija y permita que le sirva un refrigerio. Mi marido está arriba, y estará encantado de hablar con usted.

Y estamos esperando la llegada de Hugo. Lord Dungarran permitió que lo subieran al salón, y Hester lo siguió recatadamente. Era obvio que sus palabras habían caído en saco roto… Su madre no había abandonado las esperanzas de encontrarle un buen pretendiente. Pero estaba perdiendo el tiempo.

Sin embargo, mientras subía las escaleras, tenía que admitir que confiaba en él y en que no revelaría sus secretos. Por mucho que lo despreciara, estaba segura de su integridad.

Sir James estaba sentado con Lowell en el salón, y parecía horrorizado.

—¡Es terrible!

—¿De qué hablas, querido? —le preguntó la señora Perceval—. ¿Qué te está contando Lowell?

—¡Dice que Sywell ha sido asesinado!

—¡Oh, Dios mío!

—Lowell lo ha sabido por una fuente de confianza. ¿Usted lo conocía, Dungarran?

—No, sir James. Sus aventuras fueron anteriores a mi época, pero si su reputación indica algo… Es de la misma región que usted, ¿no? ¿No era el dueño de la abadía Steepwood?

—Sí, pero nunca le perteneció legalmente. Sywell se la ganó a las cartas a su legítimo propietario hace dieciocho o diecinueve años. Fue un día aciago para todos nosotros.

—¿Qué ocurrió?

—Sucedió en 1793. Edmund Cleeve era el conde, por aquel entonces. Cuando se enteró de que su único hijo había muerto pareció volverse loco. Vino a Londres, se encontró con su viejo amigo Sywell y empezaron a jugar. A Edmund Cleeve lo había abandonado la suerte por completo y en una sola noche lo perdió todo… Su dinero, las tierras, la abadía… Todo fue a parar a manos de Sywell.

—Cleeve se pegó un tiró, ¿no?

—Sí, eso hizo. Y Sywell vivió en la abadía desde entonces… para desgracia de los vecinos. La tierra no sufrió demasiado, pues le vendió una gran parte a Thomas Cleeve, pero no se trata de eso. Sywell era un pervertido que corrompió a muchas jóvenes de la región… Pero no hablemos de eso delante de las damas —dijo, mirando a su mujer.

—He oído esas historias —dijo lord Dungarran con voz grave. Hester le lanzó una mirada fugaz, pero él la ignoró—. No creo que sean muchos los que lamenten su pérdida.

—Y Thomas Cleeve menos que nadie. Después de haber heredado el título quiso comprar la abadía, pero Sywell se negó a venderla. Durante muchos años Thomas ha tenido que ver cómo el hogar ancestral de los condes de Yardley se caía a

pedazos sin poder hacer nada por evitarlo. Me pregunto si sabrá algo de este crimen…

—Lo dudo —dijo Lowell—. La noticia aún no ha salido a la luz.

—Y los Cleeve se han marchado de Londres —añadió la señora Perceval—. Querido, no es agradable hablar de estos temas. ¡No he invitado a subir a lord Dungarran para esto!

Sir James no pareció oírla y frunció el ceño.

—Va a haber algunos cambios en la región.

—Y cambios positivos, creo —dijo lord Dungarran—. A propósito de mi visita… He venido con una petición de la señora Martin-dale. Mi tía está muy interesada en el trabajo que ha estado desempeñando la señorita Perceval y le gustaría hablar con ella. ¿Sería posible?

La señora Perceval se llevó una gran alegría. Aparte de ser familiar de lord Dungarran, la señora Martindale era una de las damas más influyentes de la sociedad.

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¿Qué trabajo es ése, Hester?

—Eh… Es algo que estaba haciendo en el desván, mamá. ¿Recuerdas que estaba examinando los documentos del abuelo? —le sonrió afectuosamente a su madre—. Así que ya ves… ¡No todo el mundo cree que los libros sean una pérdida de tiempo para una mujer! Podría trabajar con la señora Martindale por las mañanas, y aún me quedaría tiempo libre para… para las visitas y los eventos sociales.

—Bueno, si la señora Martindale así lo desea…

—¡Gracias! —dijo Dungarran, muy animado—. Vendré a buscarla mañana por la mañana, señorita Perceval. Y ahora me temo que debo marcharme. Mi tía estará muy complacida con su consentimiento, señora Perceval. Sir James, espero que la noticia de la muerte de Sywell no afecte a su estancia en Londres. Parece que el mundo se ha librado de un canalla. ¿Vienes conmigo, Lowell? Voy a pasarme por Tattersall's.

Lowell pareció acobardarse un poco, pero accedió y los dos hombres se marcharon juntos.

—¡Mi querida niña, qué gran oportunidad! —exclamó la señora Perceval—. La señora Martindale se mueve en las altas esferas. James, ¿no te parece fantástico?

—Desde luego —murmuró sir James con aire distraído. La muerte de Sywell lo había sumido en hondas cavilaciones.

Hester se sentó en silencio. Los sucesos de aquella mañana la habían dejado muy confusa. La idea de trabajar con Dungarran la llenaba de aprensión, pero no podía echarse atrás. Si se atrevía a romper su palabra, no sólo se expondría a la venganza de Dungarran, sino que perdería todo el interés por las matemáticas y dejaría de escribir para la revista científica.

Pero había más argumentos a favor de trabajar con Dungarran. La señora Martindale le había causado una grata impresión, y sería interesante pasar más tiempo con ella y conocerla mejor. Y además, ahora que estaba obligada a colaborar, tenía que admitir que el trabajo que Dungarran le había descrito le parecía muy interesante.

Fiel a su palabra, Dungarran se presentó a la mañana siguiente unos minutos antes de las diez en punto. Hester estaba esperando y los dos salieron rápidamente. Aparte de unos cuantos comerciantes y recaderos no vieron a nadie por el camino. Londres seguía durmiendo. Con cualquier otra compañía, Hester habría disfrutado del ejercicio matinal. Pasear era uno de sus pasatiempos favoritos en Abbot Quincey, pero los tranquilos paseos por el parque de Londres le resultaban muy aburridos.

—Lord Dungarran, ha sido muy amable al venir a recogerme esta mañana, pero en el futuro preferiría ir yo sola a Grosvenor Street.

—Me temo que no será posible, señorita Perceval. No estamos en Northamptonshire. Las calles de Londres no son seguras para una mujer sola.

—Podría ir acompañada por un lacayo…

—¿Y cuánto tiempo pasaría hasta que prescindiera de sus servicios? No, iré a recogerla yo mismo. Será más sencillo y más seguro.

—Oh, ¿por qué tiene que ser siempre tan… tan… despótico? ¡Es peor que Hugo!

Él se volvió hacia ella y le sonrió, no con su encantadora sonrisa, sino con una expresión de puro regocijo.

—Usted me halaga. Tengo a su hermano mayor en muy alta estima. Pero no olvide, señorita Perceval, que la conozco mucho mejor que hace un mes. Usted no es aburrida ni simple, pero tampoco precisamente dócil. ¿Qué le dijo la sartén al cazo?

Hester no pudo reprimir una carcajada, y la señora Martindale se complació al recibirlos y ver que estaban de mejor humor que la última vez.

Pasaron a una habitación luminosa y ventilada con dos ventanas. Debajo de cada una había una mesa con papeles, tinteros, plumas y una pizarra con tizas. Dos sillas estaban colocadas de tal modo que sus ocupantes tuvieran que darse la espalda el uno al otro.

—Pensé que sería más seguro —dijo la señora Martindale con una sonrisa—. Aunque parece que habéis solucionado algunas de vuestras diferencias. Me alegro mucho de que Robert te haya convencido para trabajar con él, querida.

—Sus argumentos fueron muy… convincentes, señora Martindale. No me pude negar.

Dungarran miró a Hester. Sus ojos azules parecían inocentes de toda culpa, y su voz era amable y cortés. Su tía no alcanzaba a advertir ningún doble significado. La ironía de sus palabras iba exclusivamente dirigida a Dungarran.

¿Cómo se le podía haber pasado por alto el ingenio y la sutileza de esa chica? ¿Cuántas veces se habría reído de él sin que se diera cuenta, bajo esa fachada de

recato y timidez? Bueno, aquellos días habían terminado. Ahora sería un duelo en igualdad de condiciones.

—No cuentes con una paz duradera, madrina. Sigo siendo un monstruo para la señorita Perceval. Pero no perdamos más tiempo. ¿Dónde están los documentos?

—Los he guardado en el escritorio —respondió su tía. Se acercó a un sólido y bonito escritorio en el rincón y abrió un cajón del que sacó un montón de papeles. Se los tendió a su sobrino y él los esparció en una de las mesas.

—Los que ya he descifrado están en lo alto —le dijo a Hester—. Pensé que serían útiles para comparar los demás. ¿Recuerda el conjunto de St. Cloud?

—¿St. Cloud? Creo que nunca he visto…

—Sí, sí que lo vio, pero no le dijimos lo que era. ¿Recuerda aquel lío sobre César, las Galias y los Alpes?

—¡Ah, aquello! Sí, me pareció un cúmulo de disparates, pero su solución fue todo un reto.

—Hay más del estilo —dijo él seriamente—. Está siendo muy complicado descifrarlos…

Hester apenas lo oyó, pues ya estaba examinando con atención uno de los documentos. Al cabo de unos segundos, agarró una pluma y empezó a anotar una serie de números. La señora Martindale sonrió y se sentó a leer en un sillón junto al escritorio. Lord Dungarran miró a Hester, sacudió la cabeza y se sentó en la otra mesa con otro documento. El silencio fue total, salvo por el rasgueo ocasional de una pluma.

Capítulo Ocho

Cuando Hester se levantó para marcharse al final de aquella primera mañana, vio que la señora Martindale y su sobrino la miraban con regocijo. Se quedó muy rígida y preguntó si había algún problema con su aspecto.

—¡Estás preciosa, querida! —dijo la señora Martindale—. Pero a menos que quieras provocar rumores en tu primer día, será mejor que te limpies la mancha de tinta que tienes en la nariz.

—¿Tengo una mancha? ¡Oh! Siempre me mancho en casa, pero he intentando que no me pasara aquí —sacó su pañuelo y se frotó la nariz.

—Por ese lado no… Permítame —dijo Dungarran con una amplia sonrisa. Le quitó el pañuelo, le ordenó que lo lamiera y le limpió cuidadosamente la mancha—. ¡Ya está! Pero me temo que su vestido también se ha manchado.

Hester soltó un grito de horror y bajó la mirada. Tenía una mancha de tinta en su sencillo vestido de muselina.

—No lo entiendo… Me esfuerzo mucho por impedirlo, pero siempre se me escapa algo.

—Creo que se olvida de esos detalles cuando está trabajando, señorita Perceval. Rara vez he visto una concentración como la suya, y mucho menos en una mu…

—¡Cuidado, señor! —le advirtió ella.

—En cualquiera —corrigió él—. ¿Qué va a hacer con el vestido?

—Mi doncella lo lavará si consigo llegar a mi habitación sin que mi madre me vea. En casa uso un delantal para cubrirme, pero no lo he traído a Londres —miró severamente a Dungarran—. ¡No imaginé que fuera a necesitarlo!

—Creo que puedo ayudarte con eso, señorita Perceval —se apresuró a decir la señora Martindale—. Encontraré algo para ti. ¡No me gustaría que todo se echara a perder por un simple delantal!

A la mañana siguiente le ofreció a Hester la prenda ideal. Se parecía al delantal que usaba en casa, basto, con un babero frontal y un lazo a la espalda. Pero aquél era de color azul celeste, no el gris apagado al que Hester estaba acostumbrada. Lo miró dubitativa.

—Póntelo, señorita Perceval. No es nada elegante, pero te servirá para proteger tu vestido. Y el color te siente muy bien.

A Hester le parecía un color demasiado vivo, pero se encogió de hombros y se puso el delantal. Le dio las gracias a su anfitriona y se sentó a trabajar, perdiéndose una vez más en los números. La señora Martindale intercambió una sonrisa con su sobrino y se sentó en su sillón junto al escritorio.

Desde entonces, Dungarran y Hester trabajaron juntos en la habitación de Grosvenor Street. La señora Martindale se quedaba leyendo o cosiendo en su rincón, levantando la mirada cada vez que uno de los dos suspiraba o llevaba un papel a la

otra mesa. No había nada romántico en sus conversaciones, pero la señora Martindale empezaba a pensar que Hester Perceval podía ser la esposa ideal para su sobrino. Aunque ninguno de los dos era consciente, existía una compenetración muy fuerte entre ellos.

A pesar del antagonismo inicial de Hester, cada uno comprendía instintivamente la mente del otro, y la suma de sus esfuerzos era mucho mayor de lo que cualquiera hubiese conseguido por separado. Aún no había signos de atracción física, pero todo acabaría llegando con el tiempo y la cercanía, pensó la señora Martindale con una sonrisa.

Hester no tardó en descubrir que la mente del cifrador francés era muy parecida a la suya propia. No le costó mucho descifrar un pasaje que había traído de cabeza a los mejores especialistas del Ministerio de la guerra, y la sincera admiración de Dungarran fue un modo de compensar la humillación del pasado. Empezó a buscar ansiosamente su aprobación, y a cambio siempre estaba dispuesta a aprender de su intelecto para resolver los problemas que a ella se le resistían. Sin ser consciente de ello, su desprecio hacia él iba desapareciendo lentamente, y Zeno, su amigo y guía, iba cobrando lentamente la forma de Robert Dungarran.

Por su parte, a Dungarran le costaba cada vez más tener que ausentarse para ir al Ministerio de Guerra. Ansiaba volver cuanto antes a la habitación de Grosvenor Square y seguir trabajando con Hester para descifrar los códigos franceses, y experimentaba una gran alegría al verla ataviada con el delantal azul, inclinada sobre los documentos con un gesto de profunda concentración. Incluso las gafas se habían convertido en un elemento natural… al igual que la mancha de tinta en la nariz. Después de todos esos años, Euclides no podría haber cobrado una forma más sorprendente.

El trabajo avanzaba a buen ritmo, y el montón de papeles por descifrar se hacía más y más pequeño, cuando los planes recibieron una inesperada amenaza.

La noticia sobre la muerte del marqués de Sywell había aparecido en todos los periódicos. Con gran horror y consternación, anunciaba el *Morning Post* el día después de las revelaciones de Lowell, este periódico ha tenido noticia de la horrible muerte por apuñalamiento del honorable marqués de Sywell en la abadía Steepwood, en el condado de Northamptonshire… El artículo describía espeluznantemente la sangrienta escena con que se encontró el «devoto criado» del marqués, Solomon Burneck, al entrar en la habitación de su amo aquella fatídica mañana.

—¡«Devoto criado»! —mascculló sir James, arrugando el periódico con impaciencia—. ¡Participante en el crimen, más bien! Es el tipo más desagradable que he conocido en mi vida.

—¿Vio Burneck al agresor? ¿O él mismo es sospechoso? —preguntó la señora Perceval.

—El artículo no dice nada. Como de costumbre, la prensa apenas ofrece hechos veraces y en cambio abunda en detalles superfluos e imaginarios —respondió su marido.

Pero Londres no tenía la misma opinión que sir James sobre la noticia. Al poco tiempo, los escasos detalles sobre el asesinato real estaban siendo comparados con la ficción de El malvado marqués. Las coincidencias eran tan remarcables que los dos crímenes se confundieron en uno solo, y la imaginación popular empezó a representar la muerte del marqués como un dantesco baño de sangre y atrocidades indescriptibles.

Siendo una mujer de buena educación, Hester no se enteró de los rumores más horripilantes. Pero en cualquier caso estaba tan ocupada con los documentos franceses que apenas le quedaban fuerzas para los cotilleos y especulaciones que recorrían la ciudad.

Días después, los periódicos, sin ninguna prueba fehaciente de los hechos, empezaron a debatir las consecuencias del crimen. Aquello enfureció aún más a sir James.

—¡Escucha esto! —le dijo a su mujer, agarrando el periódico—. «Los asuntos privados de lord Sywell son muy turbios, y según nuestro corresponsal, los habitantes de las aldeas circundantes, especialmente los comerciantes, está muy preocupados por las facturas impagadas y las cuentas sin resolver. El futuro de la hacienda puede estar endeudado. Desde la misteriosa desaparición de la marquesa el año pasado, el marqués vivía solo y parece ser que no tenía herederos. Además, los terratenientes de los alrededores están muy inquietos por los posibles disturbios que puedan producirse…».

Se levantó y empezó a andar por el salón, mientras su mujer lo observaba con nerviosismo.

—¡Maldita sea! ¡Como si ese tipo no hubiera causado bastantes problemas estando vivo! Querida, ¡tengo que regresar a Northamptonshire lo antes posible! Las cosas van a ponerse difíciles, y muchas personas estarán esperando que las ayude.

—Pe… pero, James, ¡no puedes marcharte de Londres! —exclamó la señora Perceval—. ¡Justo ahora que Hester empezaba a tener éxito! La señora Martindale se ha interesado mucho por ella esta última semana, y lord Dungarran está siendo muy atento. ¡No podemos llevárnosla ahora!

—¿Qué te hace pensar que Robert está siendo atento, mamá? —le preguntó Hugo, que había ido a hacerles una visita a sus padres—. A mí no me lo parece, y Hester lo sigue evitando en público. ¿No estarás confundiendo a la tía con el sobrino? La señora Martindale parece haberle tomado cariño a mi hermana, lo cual no me extraña, pues las dos son iguales. Pero no sería sensato que Hester volviera a interesarse por Robert. ¡Recuerda lo que pasó la última vez!

—Me temo que estoy de acuerdo con Hugo, querida. No deberías hacerte ilusiones. Yo tampoco he visto ningún cambio en la actitud de Dungarran.

—Pero con el tiempo quizá…

—¡Tú siempre tan optimista! ¿Por qué no escuchas a Hugo? Él sabe lo que dice.

La señora Perceval apretó los labios y permaneció en silencio. Su marido suspiró y siguió hablando.

—Bueno, ya descubriremos quién de nosotros tiene razón…

—Pero no podremos descubrir nada si nos llevamos a Hester en estos momentos, James.

—No. En eso no te equivocas —admitió él, y se quedó pensativo por un minuto—. ¿Y si yo fuera a Abbot Quincey y tú y Hester os quedarais aquí?

—¡Oh, no, de ninguna manera! ¡Estaría perdida sin ti!

El le dio una palmadita en la mano.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, mi amor?

—¿No podría ir yo en tu lugar, padre? —sugirió Hugo.

Sir James miró pensativo a su hijo.

—Ya va siendo hora de que te intereses por la hacienda… Pero no. No podrías encargarte de esto tú solo. Apenas has pisado Abbot Quincey en los últimos años. Nuestra gente no te conoce.

—Prometí que volvería a Northamptonshire este año, padre —replicó Hugo, muy serio—. Antes de cumplir treinta años.

—¡Oh, no te estoy culpando, hijo mío! Me alegra que disfrutes de la ciudad antes de echar raíces. Pero no podrías hacerte cargo de esta situación. No. Debo ir yo en persona.

—Entonces yo también iré. Como bien dices, es hora de que asuma algunas responsabilidades.

Sir James esbozó una amplia sonrisa.

—¡Excelente! Me vendrá bien contar con tu apoyo. No será fácil.

—Pero ¿y Hester? —insistió la señora Perceval—. Si Hugo se quedara en Londres, ella podría quedarse con él.

—No digas tonterías, querida. Hester no podría quedarse con Hugo y su vida de soltero. Lo lamento mucho, pero tú y Hester tendréis que venir con nosotros. Además —añadió en tono persuasivo, tomándola de la mano—, ella estará encantada de volver a Northamptonshire con nosotros. ¡Recuerda que no quería venir a Londres! Bueno, ¿cuándo podremos estar listos par marcharnos? ¿En dos días? ¿En uno?

Los ruegos de la señora Perceval fueron en vano. Sir James permaneció inflexible e informaron a la familia de que muy pronto volverían a Northamptonshire. Pero sir James se equivocaba con la reacción de Hester. Hasta muy poco tiempo antes, Hester habría dado lo que fuera con tal de marcharse de Londres. Pero ahora, al recibir la noticia de su marcha, quedó sumida en una profunda desolación.

Cuando Dungarran se enteró de los planes de sir James, su primera reacción fue maldecirlo en voz baja. Pero enseguida se calmó y empezó a buscar una solución al dilema. Tras darle muchas vueltas al asunto, fue a pedirle consejo a su tía.

La señora Martindale se llevó una gran desilusión ante la perspectiva de perder la compañía de Hester Perceval, pero la solución que propuso su sobrino le pareció muy poco convencional.

—¿Invitar a la señorita Perceval a mi casa hasta el final de la temporada? ¡Eso es imposible, Robert! —protestó—. Hester Perceval me gusta mucho y estoy segura de que disfrutaría con su compañía, pero sus padres no entenderían que una mujer a la que apenas conocen invitara de repente a su única hija a pasar varias semanas con ella mientras el resto de la familia vuelve al campo. ¡Y te podrás imaginar qué conclusiones sacaría la gente!

—¿Que estoy interesado en la señorita Perceval, quizá? Lo estoy, aunque no de la manera que podrían pensar.

—Todo eso está muy bien, pero ¿y la señorita Perceval?

—Oh, no tienes que preocuparte por ella, madrina. Hester Perceval ya ha dejado muy claro que no tiene el menor interés en casarse, y mucho menos conmigo.

—Da igual. No le gustaría que la gente empezara a hablar a sus espaldas.

Su sobrino guardó silencio por unos minutos.

—Bueno, quizá deberíamos alentar esos rumores. La posibilidad de que hubiera algún interés personal entre la señorita Perceval y yo sería la coartada perfecta para el tiempo que ya hemos pasado juntos.

—De verdad, Robert, a veces me sacas de mis casillas. ¿Qué pasaría cuando acabara la temporada? ¿La señorita Perceval tendría que regresar otra vez a Northamptonshire con el corazón destrozado?

—Eso es una tontería y lo sabes. Con diecisiete años era normal que se quedara muy afectada, pero no tardó en madurar y recuperarse. Ahora tiene la misma opinión que yo sobre el amor.

—Pero la gente nunca se lo creerá. Y dirán que la señorita Perceval se ha quedado en Londres con la esperanza de atrapar al soltero más codiciado. Ya sabes lo crueles que pueden ser las personas cuando se ponen a hablar.

—No lo dirán si piensan que soy yo el que va detrás de ella. Una persecución en vano.

—Todo esto es demasiado complicado para mí.

Robert tomó la mano de su tía.

—Mi querida tía, todo será muy sencillo. Estoy convencido de que la señorita Perceval está tan ansiosa como yo por acabar este trabajo. Sólo necesitamos un par de semanas más, pero en ese tiempo tendrá que permanecer en Londres. Le dedicaré mi atención exclusiva en público y ella me corresponderá con su indiferencia de siempre, rayando en el desprecio. Creo que podré convencerla para que actúe un poco… sobre todo si tú estás dispuesta a ayudarnos. Su reputación no correrá ningún peligro, te lo aseguro.

La señora Martindale sonrió.

—Si se la ve rechazando las atenciones del escurridizo lord Dungarran, su reputación sólo puede crecer. Durante los últimos diez años has sido objetivo de todas las madres casamenteras.

—Deja de decir tonterías y dime si estás de acuerdo.

—Tendrás que consultarlo antes con Hester —le advirtió ella.

—Lo haré.

—Y luego, si los Perceval dan su consentimiento, te ayudaré. ¡Pero sigo pensando que es una locura!

Después de que Hester hubiera aceptado de mala gana el plan de Dungarran, la señora Martindale les transmitió su invitación a los Perceval. A pesar de ser muy persuasiva, el plan estuvo a punto de irse a pique por las rígidas ideas de sir James. Pero afortunadamente, tenía una aliada en la señora Perceval. A solas con su marido, la madre de Hester le expuso todas la ventajas que aquella solución tendría para su hija,

—Me sorprende que pienses siquiera en rechazar una invitación semejante, James. Jamás se me ocurriría discutir tu decisión de volver a Northamptonshire, pues estoy segura de que obedece a razones muy sólidas. Pero sí espero influir un poco en un asunto que afecta a nuestra hija. No sólo te arriesgas a ofender a una de las damas más importantes de la sociedad, sino que también arriesgas el futuro de Hester. Confío en que recapacites.

Hugo también intervino.

—La señora Martindale es el tipo de mujer en quien tú querrías que se convirtiera Hester, padre. Es tan inteligente y decidida como Hester, incluso más. Creo que tiene bastante influencia en el gobierno. Pero tiene tanta clase y carisma que muy poca gente lo sabe. Hester podría aprender mucho de ella.

Sir James acabó cediendo y Hester pudo aceptar la generosa invitación de la señora Martindale. El día que los Perceval salieron para Northamptonshire, Hester se instaló en un bonito dormitorio de Grosvenor Street. La señora Martindale le dio una calurosa bienvenida, pero habló muy seriamente con ella antes de bajar las escaleras.

—Señorita Perceval, espero que el plan de Robert no traiga consecuencias desafortunadas. Me gustaría que me prometieras que si tienes alguna duda, en cualquier momento, me las confiarás. Por muy encantada que esté de tenerte aquí, no estoy segura de que estemos haciendo lo correcto.

—Espero que no piense muy mal de mí por haber aceptado.

—En absoluto. Creo que eres una mujer muy valiente.

—¿Valiente? ¿En qué sentido?

—Robert puede ser muy encantador cuando quiere…

—No conmigo, señora Martindale. Le ruego que no se preocupe por eso. No corro ningún peligro con su sobrino. Supongo que… sabrá el ridículo que hice hace seis años.

—Sí, algo sé. Pero eso fue hace mucho tiempo. No eras más que una niña.

—Tal vez. Pero aquella experiencia bastó para convencerme de que el matrimonio no es lo mío.

—Espero que Robert no fuera la única causa de esa conclusión, señorita Perceval.

—No. Ni siquiera puedo culparlo de mi desilusión. Era una cría y malinterpreté sus intenciones. Creía… creía que estaba enamorado de mí. Pero sólo estaba haciéndole un favor a mi hermano.

—¡Oh, querida!

—Fue un golpe muy duro para mí, y me costó seis años superarlo —sonrió tristemente—. Le puedo asegurar que no volveré a cometer el mismo error.

La señora Martindale la observó detenidamente y pareció quedar satisfecha.

—Entonces podemos divertirnos con la conciencia tranquila, Hester. ¿Me permites que te llame Hester?

—Me encantaría. Pero ¿qué quiere decir con «divertirnos»? Estoy aquí para trabajar.

—Mi querida Hester, piénsalo por un momento. Robert y tú seguiréis trabajando como antes. Pero por las noches nos dedicaremos a hacer vida social. Estoy convencida de que vas a triunfar. En cuanto a Robert… Nunca ha interpretado el papel de un pretendiente rechazado. Me preguntó cómo se lo tomará…

Hester sonrió al imaginárselo.

—¿Sabe, señora Martindale? Creo que voy a disfrutar de Londres por primera vez en mi vida.

Su anfitriona se echó a reír.

—¡Eres una chica muy mala, Hester!

Durante un par de días hubo una pausa en los eventos y fiestas de Londres, y Hester tuvo la oportunidad de adaptarse a su nueva situación, incluyendo la presencia constante de Robert Dungarran. Trabajaban más duramente que nunca en los códigos, pero los últimos documentos parecían ser más difíciles que todos los demás juntos, y los progresos se detuvieron de repente.

Una mañana Hester dejó caer la pluma, sin importarle que se le manchara el delantal de tinta.

—¡Me rindo! Lo he probado todo. Creía conocer la mente de este francés, pero está siendo demasiado listo para mí. ¿Qué demonios puede haber usado como base?

Apoyó los codos en la mesa y la cabeza sobre las manos, y bajó la mirada a sus esfuerzos garabateados. Dungarran se echó hacia atrás en la silla y estiró las piernas mientras dejaba escapar un suspiro.

—Yo tampoco consigo nada. Maldito sea ese francés… He perdido la mitad de la mañana en una sola página.

La señora Martindale miró a las dos espaldas abatidas.

—Mis queridos niños, los dos estáis agotados. Lleváis demasiado tiempo encerrados en esta habitación, sin más entretenimiento que los números y códigos. Daos un pequeño descanso y ya veréis como trabajáis mejor con la cabeza despejada. Lleva a Hester a dar un paseo, Robert. Es hora de que os vean en público.

—Como siempre, tienes razón, madrina. ¡Vamos, Euclides! Daremos un paseo por el parque para despejarnos.

Hester se levantó, pero sin apartar la mirada de los papeles.

—Hester, querida —dijo la señora Martindale pacientemente—. Quítate el delantal y esas horribles gafas y lávate la cara antes de salir. De lo contrario, nadie se creerá el mito.

—¿El mito? —preguntó Hester vagamente.

—El mito de que estoy enamorado de ti dijo Robert, quitándole las gafas con delicadeza—. Pero no estoy del todo de acuerdo contigo, madrina. Hay algo muy sugerente en esta mancha de tinta —le tocó la nariz a Hester con la punta del dedo—. Atrae la atención a la pureza de las líneas…

—Y también dirás que el delantal realza mi belleza, ¿verdad? —dijo ella, todavía distraída, como si se estuviera dirigiendo a Lowell.

—Te favorece mucho.

Hester levantó la mirada, sobresaltada. Vio la sonrisa burlona de Dungarran y se recompuso rápidamente.

—Gracias —respondió con ironía—. Al menos ya sé cuál es mi función en la vida. ¡Doncella de cocina! No, no diré nada más… Me lavaré y me pondré el sombrero y los guantes. Aunque no creo que suponga la menor diferencia en la opinión de la sociedad londinense sobre nuestra relación.

—¿Lo decías en serio? —le preguntó la señora Martindale a su sobrino cuando Hester se marchó.

—¿El qué?

—Lo del delantal favorecedor.

—Bueno, estaba bromeando un poco. Pero sí, la verdad es que le favorece mucho.

—Es el color. Siempre viste ropa insípida. Como ya comenté en una ocasión, sus vestidos son demasiado discretos, ideales para pasar desapercibida. Pero si vamos a convencer a la sociedad de que te sientes atraído por ella… —guardó silencio por un momento—. Robert, voy a intentar convencer a Hester de que necesita un vestido nuevo para el baile en Harmond House. Y tienes que ayudarme.

—¿Cómo demonios te podría ayudar yo? No creo que la señorita Perceval aceptara ninguna sugerencia por mi parte.

—Pues tendrás que hacerlo. Y deja de… ¡Cuidado, ahí viene!… ¡Hester! Así estás mucho mejor. Querida, estábamos hablando del baile que celebra la duquesa de

Harmond. Será fabuloso, y Robert ha aceptado acompañarnos. Es una oportunidad perfecta para que demuestre estar interesado en ti. ¿Qué te parecería lucir un vestido nuevo para la ocasión?

—Mi madre insistió en que necesitaba uno, pero ya tengo demasiados…

—Este baile merece adquirir otro —dijo la señora Martindale con firmeza—. Y conozco a la modista que necesitas… Le haremos una visita esta tarde. La última vez que estuve en su local vi un rollo de seda realmente exquisito… un tejido azul *peau-de-soie*, un poco más oscuro que el color del delantal. Será perfecto para ti.

—¡Oh, no! Gracias pero no. Siempre he llevado colores pálidos. Un azul como ése sería demasiado llamativo.

—Podríamos rebajarlo un poco con alguna prenda blanca, quizá. No me decepciones, querida. El azul te sienta muy bien.

—Eso me ha dicho, pero creo que no —el tono de Hester, aun siendo firme, demostraba que no quería ofender a la señora Martindale.

—Robert, ¿no tienes nada que decir?

—Lo haría… si lo creyera necesario —repuso él—. La señorita Perceval tiene razón. Su cutis es bastante insíp… er… delicado, y unos colores tan vivos combinan mejor con una personalidad más… radiante —observó con entusiasmo cómo Hester se ruborizaba y siguió—. Es muy sensata al elegir colores más propios de su naturaleza reservada. Además, a diferencia de casi todas las mujeres, ella está más interesada en cultivar la mente que el cuerpo. La belleza corporal y la ropa favorecedora no tienen importancia para ella. Por suerte.

—¡Robert!

—Por suerte para los que necesitamos sus habilidades mentales, quiero decir —añadió con una sonrisa encantadora. Hester se sonrojó aún más y apretó los puños dentro de los guantes blancos—. Pero ¿qué hacemos perdiendo el tiempo en un tema tan irrelevante para la señorita Perceval, madrina? Apuesto a que para ella el propósito de la ropa es ocultar nuestros defectos, no realzar nuestros atributos.

—¿Se refiere a las hombreras y chaquetas rígidas, señor? —espetó Hester, recorriendo con ojo crítico la impecable figura de Dungarran, su chaqueta verde oscuro, sus anchos hombros y estrechas caderas—. Pueden hacer maravillas.

Dungarran se echó a reír.

—¡Vamos, señorita Perceval! Dejémonos de tonterías y salgamos a tomar el aire. No debemos malgastar nuestro preciado tiempo hablando de ropa… y menos si mi tía va a llevarla esta tarde a la modista.

Sin nada más que decir, Hester guardó silencio durante todo el paseo. A su regreso, la señora Martindale se llevó a su sobrino aparte y le echó una severa reprimenda.

—¡No me explico qué te ha pasado, Robert! Has sido muy grosero e injusto con Hester. ¡Su cutis no es insípido en absoluto! Y ahora insistirá en elegir otro de sus

grises y todos se preguntarán qué demonios has podido ver en ella. ¿Cómo se te ocurre?

—¿Qué te apuestas a que no escoge el gris, madrina?

Su tía rechazó la apuesta. Afortunadamente, pues la hubiera perdido. Al ver la seda azul, Hester dijo que había cambiado de opinión y que aquella tela era lo que estaba buscando. Madame Felice les había dispensado una atenta bienvenida, ya que la señora Martindale había sido una de sus primeras clientas, pero al cabo de unos minutos comentando detalles de moda, se disculpó y las dejó en las competentes manos de su ayudante. A Hester no le importó lo más mínimo, pero la señora Martindale se quedó muy sorprendida.

—Supongo que tendrá muchos encargos para el baile de Harmond —dijo Hester—. Y yo no soy precisamente una clienta habitual. Pero a mí no me importa, se lo aseguro. Comparada con la costurera de Abbot Quincey cualquier modista de Londres me parece genial.

Y la ayudante de madame Felice demostró ser realmente genial. La noche del baile, la señora Martindale se vistió muy pronto y envió a Régine, su doncella a que ayudara a Hester con los toques finales. La doncella de Hester era joven e inexperta, y le tenía mucho respeto a Régine, que había venido desde Francia antes de la Revolución. Observó maravillada cómo Régine peinaba a Hester, cepillando con vigor los mechones y haciendo las trenzas con sus habilidosos dedos. Finalmente le colocó un bonito collar de perlas y cuentas hábilmente ensartadas.

—Pero… pero esto no es mío. ¿De dónde ha salido? —preguntó Hester.

—La señora las ha enviado, *mademoiselle*. Y también los pendientes. Deje la cabeza quieta mientras se los pongo, por favor… *Voilá*!

El tono de Régine era tan autoritario que Hester no se atrevió a discutir. Y cuando contempló el resultado, decidió que no valía la pena. Su peinado era obra de una experta, y por una vez era evidente que, al igual que sus hermanos, ella también había heredado el pelo dorado de los Perceval. Unos rizos enmarcaban y suavizaban los rasgos clásicos de la familia, y las ondas brillantes realzaban la elegante línea de la cabeza y el cuello. Perlas y cuentas de cristal colgaban de sus delicados lóbulos.

Régine se permitió una sonrisa de satisfacción antes de adoptar su expresión profesional

—Y ahora el vestido.

Hester permaneció inmóvil como una muñeca mientras las dos doncellas disponían los pesados pliegues de tela azul. No estaba acostumbrada a llevar un escote tan bajo y tiró inconscientemente del corpiño hacia arriba. Régine frunció los labios y volvió a colocarlo en su sitio.

—El escote es perfectamente modesto y decente, mademoiselle. Echará a perder la línea si intenta subírselo.

—Claro —dijo Hester obedientemente—. Es sólo que me pareció tener más… más curvas de lo normal.

—Así es el arte de la confección. Nunca había visto un conjunto tan bonito. Ni siquiera en Francia. ¿Quiere verse, *mademoiselle*?

Hester contempló la figura en el espejo. Su pelo de oro bruñido relucía con las piedras, al igual que sus ojos azules abiertos como platos en una expresión de mudo asombro y las cuentas de cristal que pendían de sus orejas. La esbelta línea de su cuello se continuaba en unas curvas inconfundibles, apenas veladas por una capa de satén y encaje blanco… Todo realzado por los brillantes pliegues de seda azul.

La señora Martindale entró y batió las palmas.

—¡Mi querida Hester! —exclamó—. ¡Tu pelo! Nunca lo hubiera imaginado… Te felicito, Régine. ¡Este peinado es divino! —examinó a Hester por cada lado y alabó el vestido—. Te sienta de maravilla—. ¿Cómo es que nunca habíamos visto esta figura tan bonita, cariño?

Hester no supo qué responder.

—Pero tenemos que bajar al salón —la acució la señora Martindale con una sonrisa—. Robert llegará de un momento a otro y me muero de impaciencia por ver su cara. Vamos, querida.

Mientras esperaban en el salón, la señora Martindale le preguntó a Hester si había tenido alguna vez un vestido con cola.

—Puede ser difícil de manejar, pero la cola de tu vestido es muy pequeña. ¿Lo ves? Tiene un pequeño lazo para sostenerla mientras estés bailando. ¡Eso es! Es un vestido realmente bonito, Hester. Ha sido un gran acierto. ¿Te gusta?

—No… no estoy segura. Nunca había llevado nada igual.

—Vas a ser la más bella del baile. Tendrás que bailar una vez con Robert… Es nuestro acompañante. Pero después podrás rechazarlo cuanto te plazca —soltó una risita—. Todo Londres se compadecerá de él.

—¡Estoy deseando verlo! —dijo Hester alegremente.

Las dos seguían riendo cuando Dungarran entró en el salón. Si Hester albergaba la secreta esperanza de ver cómo se quedaba sin habla se llevó una gran decepción. Dungarran se detuvo, pero sólo para levantar su monóculo y examinarla con su calma habitual.

—¿Y bien, Robert? Admite que estabas equivocado. ¡El azul es perfecto para Hester!

—Ya lo sabía —dijo él mientras besaba a su tía.

—¿Cómo dices?

—Digo que ya lo sabía —repitió él, girándose hacia Hester con una sonrisa para besarle la mano—. Y también sabía que la señorita Perceval escogería el color azul si creía que yo pensaba lo contrario, ¿verdad?

—¡Usted… usted….! —espetó Hester, pero consiguió controlarse—. Tiene razón, por supuesto. Muy perspicaz por su parte. ¡Y muy taimado!

—Pero por una buena causa. ¿Me permite decirle que está usted preciosa, señorita Perceval? Si estuviera buscando esposa…

—Lo cual no es el caso.

—Me resultaría imposible no hacer realidad nuestra argucia esta noche.

—Mi querido señor —dijo Hester, lanzándole una mirada provocativa—. Si yo estuviera buscando marido…

—¿Sí?

—Tal vez pensara en ser más receptiva. Pero como no es así… —le sonrió maliciosamente—, prepárese para interpretar a un pretendiente rechazado, lord Dungarran.

Capítulo Nueve

Aunque muchas familias se habían marchado ya de Londres, aún quedaban las suficientes para añadir glamour al baile de la duquesa de Harmond.

Cuando Dungarran entró en el salón de recepciones, acompañado por las dos damas, un murmullo se extendió entre los presentes. Hester se puso tensa y aferró con fuerza el brazo de Dungarran.

—Valor, amiga mía —dijo él—. Considéralo una función teatral en la que vas a representar tu papel. Y sé que puedes hacerlo muy bien. Es mucho más fácil que hacerse pasar por un hombre…

Aquellas palabras ayudaron a Hester durante los siguientes minutos.

Muchas damas y caballeros de la nobleza, gente que en las últimas semanas la había ignorado por completo, encontraron de repente una o otra excusa para hablar con la señora Martindale y su protegida. Todos le preguntaron cortésmente por sus padres, pero sin dejar de observarla con discreción mientras se preguntaban qué le había pasado a la sosa señorita Perceval.

En algunos casos la curiosidad rozó la impertinencia, y Hester no pudo impedir que se le subieran los colores. Pero recordó las palabras de Dungarran e interpretó bien su papel. Al cabo de unos minutos consiguió relajarse en presencia de todas aquellas personas. La sensación de fracaso había sido reemplazada por la certeza de ser admirada y valorada por el trabajo que había estado haciendo. El hombre que estaba a su lado, uno de los miembros más influyentes de la sociedad, estaba dispuesto a que su intachable reputación con las mujeres sufriera un serio revés en vez de perderla. Hester levantó la cabeza con orgullo y siguió asombrando a la nobleza con su encanto y seguridad.

Aun así, sintió un inmenso alivio cuando Dungarran le ofreció el brazo para invitarla a bailar. Y cuando le sugirió que dieran un rodeo a través del invernadero, a Hester casi se le olvidó ocultar su aprobación.

Recorrieron los frondosos senderos hacia el inmenso salón de baile situado al fondo de la casa.

—Enhorabuena. Lo está haciendo muy bien —dijo él, mirándola con una sonrisa.

—Me está resultando menos difícil de lo que pensaba. Y bailar ya no es la pesadilla que una vez fue.

—Baila muy bien, señorita Perceval.

Hester se sonrojó.

—Los dos sabemos que se lo debo a usted, señor.

—Si supiera cuánto he lamentado la actitud tan cruel que tuve hacia usted hace años… —dijo él inesperadamente.

Ella quiso decirle cómo había cambiado su propia actitud hacía su desastroso debut… y hacia él también.

—Ahora puedo ver que me merecía muchas de las cosas que me dijo. Tal vez no todas, pero ya no le guardo ningún rencor. Durante los últimos años Zeno ha hecho más que nadie por sanar esas heridas. Y me he dado cuenta de que entre él y usted lo han compensando todo. Así que… ¿no deberíamos olvidar el pasado? El presente es mucho más emocionante, ¿no le parece?

—En este momento accedería a cualquier cosa, señorita Perceval. Pero esto no forma parte del plan… Se supone que debe tratarme con frialdad, no ofrecer un armisticio.

—Bueno, en ese caso lo haré. ¡Vamos, señor! Ya hemos hablado bastante. ¡Estoy deseando bailar!

A Hester no le faltaron parejas de baile, aunque ni Lowell ni ninguno de sus amigos estaban allí para apoyarla. Dungarran le pidió bailar otra vez y fue rechazado, pero volvió a intentarlo de nuevo al cabo de un rato. Y Hester, aburrida de los predecibles comentarios de sus parejas, aceptó encantada, aunque no sin fingir cierta resistencia.

Ocuparon su lugar en la pista para una serie de danzas populares, pero a mitad del baile Hester se detuvo bruscamente.

—¡Un pentagrama! —exclamó.

La pareja que tenían detrás chocó contra ella y hubo unos momentos de confusión. Hester se disculpó cortésmente. Dungarran sacudió la cabeza y mantuvo una sonrisa desdeñosa hasta que volvieron a estar en movimiento.

—¿Qué ha pasado? —le susurró cuando estuvieron lo bastante cerca.

—Se me ha ocurrido de repente. ¡La base! No es una figura rectangular… ¡Es una estrella de cinco puntas! Lo explicaría todo.

—¿Está hablando del código?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Por supuesto!

—Lo comprobaremos mañana. Y esa mirada ha sido muy convincente, por cierto. Me ha hundido por completo —se burló él, antes de que los pasos los obligaran a separarse.

En cuanto acabó el baile, Hester se fue en busca de la señora Martindale sin esperar a ver si su pareja la seguía.

—Creo que ya le hemos dedicado bastante tiempo a la sociedad por una noche —dijo él al alcanzarla—. Mi autoestima está por los suelos.

—Mi querido lord Dungarran, ¡apenas he empezado!

—Desearía que usted y mi tía no se divirtieran tanto con mi humillación pública, señorita Perceval —dijo con una sonrisa, pero de repente se puso serio—. ¡Ah!

Hester siguió la dirección de su mirada. Un caballero exquisitamente vestido acababa de llegar y estaba observando la escena desde la puerta. No era muy alto, pero sí arrebatadoramente atractivo, con el pelo y los ojos negros y una boca hermosamente cincelada.

—Nuestro amigo el conde de Landres está aquí, Robert —dijo la señora Martindale.

—Gracias, ya lo he visto —respondió él, volviéndose hacia Hester—. Tenga cuidado con el caballero de la puerta. Se hace pasar por un emigrante francés, y aunque es bien recibido en todas partes, sirve en secreto al régimen actual de Francia. Daría lo que fuera por descubrir los documentos franceses, y aún más por saber cuántos han conseguido descifrar en el Ministerio de Guerra.

—Viene hacia aquí, Robert.

—Compórtate como si estuvieras muerta de aburrimiento, Hester, pero escúchame con atención. La farsa que hemos representado sirve muy bien a nuestros propósitos. Sé que él sospecha de mí, pero no podemos darle el menor motivo para que te relacione a ti con todo esto, ¿me has entendido?

Mientras Landres se aproximaba, Hester se apartó con una expresión malhumorada.

—¡Por supuesto, lord Dungarran! Vamos a hablar de cualquier otra cosa, por favor —dijo, observando al recién llegado con interés mientras el francés se inclinaba sobre la mano de la señora Martindale.

—¡*Mais* señora Martindale! Cada vez que la veo la encuentro más hermosa. Debe de poseer el secreto de la eterna juventud…

La señora Martindale interrumpió sus halagos con una sonrisa.

—Veo que su ausencia de Londres no ha afectado a su pico de oro, monsieur. Hester, querida, te presento a monsieur de Landres. La señorita Perceval se aloja actualmente en mi casa, monsieur, mientras sus padres están en el norte.

—*Enchanté*, *mademoiselle* Perceval —la saludó el caballero, admirándola con sus ojos negros—. *Maís vraiment enchanté*! ¿Se quedará mucho tiempo en Londres? Por favor, diga que sí.

Hester se ruborizó.

—Es usted muy galante, señor. Pero… aún no estoy segura…

—Entonces debe permitirme que intente persuadirla. O… —desvió la mirada hacia Dungarran—. ¿Me estoy entrometiendo, quizá?

—¡Oh, no! —exclamó Hester con énfasis.

Dungarran sonrió fríamente.

—La señorita Perceval no muestra mucho interés por lo que digo, de Landres. Tal vez tú tengas más suerte.

—¿Qué? ¿El gran lord Dungarran ha fracasado? Eso es inaudito… Pero naturalmente que lo intentaré. ¿Me concedería este baile, *mademoiselle*?

—Con mucho gusto, señor. Gracias.

—Robert, acompáñame al comedor —dijo la señora Martindale—. Hester, nos veremos allí después del baile. Estoy segura de que monsieur de Landres cuidará bien de ti.

El baile no ofreció muchas oportunidades para entablar una conversación, pero cada vez que se acercaban el conde le hacía algunas preguntas. Todas ellas demostraban un interés muy halagador por Hester y su familia, y si Hester no hubiera estado en guardia, quizá no se habría percatado de cuántas preguntas estaban relacionadas con su relación actual con la señora Martindale y su sobrino. Hester se enorgulleció por sus respuestas, mostrando una despreocupada frialdad hacia Dungarran sin ofrecer información real.

Al acabar el baile se dirigieron hacia el comedor. El conde la devolvió con una fioritura a la señora Martindale y se alejó en busca de un refrigerio. Había mucha gente alrededor de la mesa, por lo que tardaría tiempo en volver.

—Parece que se ha divertido bailando con ese charlatán —comentó Dungarran.

—Oh, desde luego —replicó Hester con una radiante sonrisa.

Dungarran frunció el ceño.

—¿Será capaz de recordar que no es lo que aparenta ser?

—No lo he olvidado en ningún momento.

—¿De qué han hablado?

—Por favor, lord Dungarran, es usted tan malo como él. Me hizo un montón de preguntas y se las respondí todas.

—¿Como cuáles?

—Bueno, algunas de ellas eran muy halagadoras y personales. Pero supongo que querrá saber las otras. Su interés se centraba en lo que estaba haciendo usted. Me preguntó si pasaba mucho tiempo en el Ministerio de Guerra.

—Debió de pensar que era usted muy ingenua, para hacerle una pregunta tan descarada.

—No, no me lo preguntó directamente. Es tan astuto como usted. También comentó que pasaba usted mucho tiempo en casa de su tía.

—¿Qué le respondiste a eso, Hester? —preguntó la señora Martindale.

—Me ruboricé e insinué que las frecuentes visitas de lord Dungarran a Grosvenor Street eran por mí, pero que sus atenciones no eran muy bien recibidas.

—¡Estupendo!

—Pero también me preguntó si su sobrino pasaba algún tiempo trabajando con documentos mientras estaba allí.

Dungarran volvió a fruncir el ceño.

—Maldita sea… Me pregunto cómo se habrá enterado. ¿Qué le respondió?

—Le dije que era usted un noble y que seguramente no sabía lo que significaba trabajar.

Por un momento Dungarran pareció ofendido, pero luego sonrió.

—¡Eres una verdadera picara, Hester! Esa descripción corresponde a lord Dunthinkin.

—¿Lord Dunthinkin? —repitió Hester rápidamente, adoptando una expresión inocente—. He oído a varias personas mencionar ese nombre. ¿Quién es?

—¡Robert! —espetó la señora Martindale, mirando severamente a su sobrino.

—Oh, lo siento, señorita Perceval. No debería haberlo mencionado —dijo Dungarran con gravedad, y sólo Hester pudo detectar el brillo de burla en sus ojos—. Es un personaje de un libro bastante escandaloso. No puedo decir más… Mi tía se divirtió mucho leyéndolo, pero no lo considera apropiado para una chica inocente.

—Como casi todo el mundo, Hester, yo también he leído el libro. Pero, a diferencia de las otras damas, yo admito haberlo hecho. Sin embargo, no creo que tus padres aprobaran una lectura semejante. Es cierto que algunos pasajes son muy divertidos, pero el resto es repugnante.

El regreso del conde salvó a Hester de una situación muy embarazosa.

Al final de la velada los tres conspiradores acordaron que la campaña había tenido muy buen comienzo. La señora Martindale y Hester volvieron muy animadas a Grosvenor Street, repitiendo los comentarios de las madres cuyas hijas habían sido ignoradas por Dungarran en el pasado.

—¿Oíste a la señora Pembrook, Robert? —le preguntó su tía—. ¡Sentía lástima por ti! Me comentó el cambio tan espectacular de Hester y añadió que parecías prendado de mi joven invitada —soltó una carcajada—. Y luego, casi babeando de entusiasmo, me dijo: «Pero la señorita Perceval no le ha hecho ningún caso. *Au contraire!* Es remarcadamente fría. Él siempre ha tenido tanto éxito con las mujeres que… esta situación no debe de resultarle muy agradable». ¿Qué te parece, querido sobrino?

Dungarran la miró con irritación.

—Que tu sabes tan bien como yo que esa mujer me detesta desde hace años… Desde que fracasó en sus intentos por endosarme a su hija. ¡Y creo que yo ni siquiera le gustaba a la pobre chica!

—¿Y qué me dices de la señora Gartside?

Dungarran soltó un suspiro de resignación.

—Supuse que estabas escuchando, madrina. ¡Tienes que haberte divertido mucho!

—¿Qué dijo? —preguntó Hester.

—Se prodigó en halagos hacia ti. Dijo que estaba impresionada por el cambio en tus modales… especialmente hacia los jóvenes solteros en el salón.

—¡Oh! —exclamó Hester—. ¡Qué grosera!

—Es famosa por sus comentarios maliciosos. No tienes que preocuparte por ella —le aseguró Robert.

—Pero, ¿qué pasa con el resto, Robert? A Hester le gustaría oírlo. ¡Sigue!

Dungarran miró a su madrina y se volvió hacia Hester.

—En primer lugar debería decirte que la señora Gartside tiene una hija preciosa. Sabe Dios de dónde habrá sacado su aspecto, pero no se puede negar que Phoebe Gartside es toda una belleza. Durante un tiempo creí estar enamorado de ella, y sus padres dejaron muy claro que me consideraban un yerno apropiado.

—¿Y qué pasó?

—Que la chica tenía menos cerebro que un mosquito. Por suerte, me di cuenta antes de que fuera demasiado tarde y me aparté. Phoebe no tardó en encontrar a otro… un vizconde tan zoquete como ella.

—¿Y qué ha dicho la señora Gartside esta noche?

—¡Se compadeció de mí! Dijo que era muy triste ver a un vanidoso reformado aprendiendo lo duro que es el rechazo.

Hester se puso pálida.

—No me equivocaba, señora Martindale. Soy más feliz con mis cifras y símbolos. Puede que sean difíciles, pero no son tan malvados.

Dungarran la tomó de las manos.

—Hester… ¿puedo llamarte así en privado? —le preguntó, y ella asintió—. Hester, no debes permitir que un par de cotillas envidiosas estropeen esta velada. ¡Estuviste magnífica! Tu actitud hacia mí estaba perfectamente justificada. Es una suerte que yo supiera que era parte del juego, porque de lo contrario me habría llevado un buen disgusto…

Hester intentó sonreír, pero los labios le temblaban. Apartó las manos de Dungarran. Por alguna razón inexplicable, se sentía repentinamente desanimada.

La señora Martindale la miró con simpatía.

—Hester está muy cansada, Robert. Mañana estaréis trabajando antes de las diez. Es hora de que te marches.

Dungarran asintió y se marchó tras desearles buenas noches. La señora Martindale tomó la mano de Hester y la llevó a su habitación.

—Que duermas bien, querida. Robert tiene razón. Has estado magnífica.

—¿Era tan preciosa como decía? —preguntó Hester tristemente.

—¿Quién?

—La… la chica a la que creía amar.

—¿Phoebe Gartside? Sí, era muy hermosa… Y muy estúpida, también.

—Pero él estaba enamorado de ella. Se enamoró una vez.

—Sólo era un muchacho. Y apenas le duró un mes. No era amor verdadero; tan sólo estaba fascinado con su belleza. En cuanto empezó a hablar con ella, el sueño se hizo añicos. Lamento decir, Hester, que Robert nunca ha amado de verdad a nadie. Ha tenido muchas amantes, naturalmente, pero ningún compromiso formal. Y dudo que alguna vez lo tenga —miró fugazmente a Hester—. Sois muy parecidos, ¿sabes? Ninguno de los dos dejáis que vuestro corazón os domine. ¿No es cierto?

—Sí —admitió Hester—. Y es mejor así.

A la mañana siguiente Hester se había recuperado por completo de su desánimo y estaba impaciente por comprobar su nueva teoría sobre los códigos franceses. Ya estaba en el estudio cuando Dungarran apareció.

—Eres muy madrugadora —dijo él—. Pensé que sería el primero en llegar. ¿Mi tía sigue en su habitación?

—Sí, anoche nos acostamos muy tarde. Estuvimos hablando un rato después de que usted se fuera —dijo Hester sin prestarle mucha atención, absorta en la figura que estaba dibujando en un pedazo de papel. Dungarran se acercó para examinarla.

—Dime, ¿cómo se te ocurrió que podía ser un pentagrama?

—Bueno, los dos habíamos notado una curiosa simetría en el código… pero no era un círculo, ni un rectángulo, ni ninguna otra de las formas geométricas habituales. Probamos con todas las figuras que se nos ocurrieron, pero ninguna encajaba. Sin embargo, la estrella de cinco puntas no es un símbolo matemático corriente.

—Pertenece a la magia. Una elección muy extraña para nuestro francés de mente racional…

—Sí, pero piensa en los nombres griegos que recibe esta figura.

—Pentagrama, pentáculo…

—Y pentalfa, también. ¡Penta alpha, Robert! Cinco veces la letra A.

—Porque se forma a partir de cinco A. ¡Pues claro! Cada A contiene un conjunto distinto de letras. Pero eso supondría una operación muy compleja. Horas de trabajo…

—¡Exacto! Pero ya hemos probado con las más simples. ¡Vamos a intentarlo! Pronto veremos si funciona.

Al cabo de media hora de trabajo exhaustivo una frase empezó a aparecer a partir de las cifras. Los dos se miraron maravillados.

—¡Funciona! ¡Funciona, Hester! ¡Eres increíble! —exclamó Dungarran, inusualmente alborozado.

Se puso en pie de un salto y tiró de Hester para bailar frenéticamente por la habitación. Finalmente se detuvieron otra vez junto a la mesa. Hester se dispuso a sentarse, pero Dungarran le puso las manos en los hombros y la apretó contra él.

—¡No! —protestó ella, luchando por liberarse—. ¡No!

—¿No quieres que te bese?

—No. No me gustan los besos…

Él le sonrió, pero no la soltó.

—¿Te ha besado alguien antes, Hester? ¿Aparte de tu familia?

—¡Tú sabes quién lo hizo! Lord… lord Canford me… me besó. ¡Fue horrible!

—¡Mi pobre chica! Eso no fue un beso. Fue una afrenta.

—Da igual…

—Déjame enseñarte lo que es un beso de verdad, Hester.

Su voz era muy persuasiva, pero aunque sus manos seguían en los hombros de Hester no hizo ningún esfuerzo por acercarla.

—No puedes ir por la vida creyendo que los besos son horribles.

—Los… los besos son todos iguales. ¿Qué te hace pensar que me gustarían los tuyos?

—Si crees que todos los besos son iguales, es hora de que te demuestre lo contrario —dijo él con voz grave, pero con un brillo en los ojos—. Te prometo que mi beso te gustará mucho. Soy más amable que lord Canford. Y creo que te gusto más que él.

—¿Y eso qué tiene que ver? Me gusta trabajar contigo y hablar contigo, pero no… no… Nunca he pensado en…

—¿En esto? —la interrumpió él, inclinándose hacia delante para besarla suavemente en los labios—. ¿Ha sido tan terrible? Sé sincera, Hester.

—No… no lo sé —balbuceó ella—. No, creo que ha sido bastante… agradable.

—¿Me permites volver a intentarlo? —preguntó él, rodeándola con los brazos y tirando de ella de un modo casi imperceptible.

Esa vez la besó con más intensidad, aunque manteniendo el control en todo momento. Al cabo de unos segundos iniciales de pánico, Hester empezó a sentirse invadida por una extraña ola de calor y se relajó en los brazos de Dungarran.

—No se parece en nada al beso de lord Canford —murmuró.

Él se echó a reír y la miró a los ojos. Ella le sonrió con expresión soñadora. Los ojos de Robert se oscurecieron y Hester sintió cómo la apretaba con fuerza. El beso siguiente fue mucho más apasionado y parecía exigir fervientemente una respuesta. Hester se vio sacudida por un glorioso arrebato y sus brazos parecieron actuar por voluntad propia.

Se abrazó a su cuello y le devolvió el beso hasta que su propio cuerpo estuvo en llamas. Los brazos de Robert la apretaban hasta dejarla casi sin respiración, pero la sensación de estar unida a él era deliciosa, como si una corriente efervescente recorriera sus venas.

Pero la cordura no tardó en reclamar sus dominios. Se soltó con un empujón y se aferró a la silla para intentar calmar sus temblores. No podía mirarlo, pero oyó cómo se apartaba rápidamente. Parecía que estaba furioso y Hester creyó oírle

maldecir en voz baja. Entonces él se volvió y dio un paso hacia ella, pero Hester sacudió la cabeza frenéticamente.

—¡No! Por favor, no…

—Hester, por amor de Dios, ¡perdóname! ¡Lo siento! No sé lo que me ha pasado. He perdido la cabeza. No puedo creerlo, pero es cierto. He perdido la cabeza… No sé cuándo me sucedió por última vez.

Se dio otra la vuelta, y cuando volvió a hablar lo hizo en tono desconcertado y avergonzado.

—Supongo que ahora tendrás de mí la misma opinión que de Canford.

Hester levantó la cabeza bruscamente.

—¡Oh, no! ¡Eso jamás! Has sido muy… amable. Todo ha sido culpa mía. No… no sé cómo comportarme ahora.

Él se volvió hacia ella, perplejo.

—No sabes lo que ha pasado realmente, ¿verdad? —dijo con dureza—. Has vivido como una monja, recluida en tu desván. ¡He estado a punto de perder el control! Se suponía que intentaba borrar de tu memoria el recuerdo de Canford. No sé lo que me ha pasado. ¿Podrás perdonarme, Hester? A mí ya me cuesta bastante perdonarme —se acercó a ella—. No puedes culparte por lo sucedido. De ninguna manera.

Hester negó con la cabeza.

—No lo digas más, por favor. Prefiero… prefiero olvidar lo que ha pasado —tragó saliva y se preguntó si su corazón se calmaría alguna vez—. ¿No podemos seguir como antes, como si no hubiera pasado nada?

La expresión de Robert se suavizó y se acercó un poco más. Ella se puso rígida inconscientemente y él levantó las manos con una sonrisa.

—No te asustes. Te prometo que Robert Dungarran vuelve a ser el mismo. No corres ningún peligro conmigo. Te juro que no volverá a pasar.

La observó fijamente hasta que ella asintió y le ofreció una sonrisa por respuesta. Una sonrisa temblorosa, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Este último beso te ha dejado conmocionada, Hester. Y a mí también. No era mi intención, y estoy de acuerdo contigo en que deberíamos olvidarlo. No es propio de nosotros dejar que las emociones nublen la razón, ¿verdad?

—No, desde luego que no —corroboró Hester.

—¿Amigos, entonces?

Ella asintió y él le ofreció la mano. Hester dudó un momento antes de aceptarla.

—De todos modos —siguió él, sosteniéndosela con firmeza—, deberías aprender un poco más sobre la vida. Te has pasado seis años encerrada en tu desván, absorta en tus números y alejada del mundo exterior. Creo que yo tengo parte de la culpa. Anoche dijiste que Zeno te había ayudado a recuperar la confianza en ti

misma. ¿No podrías dejar que mi otro yo, Robert Dungarran, te enseñara a disfrutar de la vida? Confiésalo. Anoche te divertiste mucho con tu triunfo, ¿verdad?

—S… sí.

—Es hora de que aprendas lo agradable que puede ser un poco de coqueteo inofensivo, unos besos entre amigos…

—No creo que quiera probar más besos.

Robert pareció decepcionado.

—¿Nada de besos, entonces? ¿Nunca? ¿De ninguna clase? Ni siquiera entre amigos?

—Bueno, mientras no sean como… como el último —dijo ella, nerviosa—. Los dos primeros fueron muy agradables. Pero debemos seguir con las transcripciones.

Se sentó y agarró una hoja con determinación. Él la miró con una sonrisa.

—Tienes razón. Para eso estamos aquí.

Volvió a su mesa y agarró la pluma. Estuvieron trabajando en silencio unos minutos.

—Estos papeles del pentagrama resultan muy diferentes del resto —dijo él—. ¿No te parece, Hester?

—No he avanzado mucho, pero sí, parecen ser un informe sobre un intercambio de cartas…

Cuando la señora Martindale apareció, los dos estaban ocupados con un montón de documentos. El único sonido que se oía en la habitación volvía a ser el rasgueo de las plumas.

Por la noche fueron a una fiesta informal que celebraba una amiga de la señora Martindale. Lowell y sus amigos también habían sido invitados, y Hester estaba deseando disfrutar de su compañía. Dungarran pidió que le concediera el primer baile, como era la costumbre, y ella aceptó fingiendo un mínimo de resistencia, como siempre. Aunque esa vez no fue del todo fingida… Habían trabajado muy duro durante todo el día, sin pensar en otra cosa. Pero una vez que se alejaron de los documentos y estuvieron en contacto físico, Hester recordó la sensación de aquel cuerpo alto e imponente dominando el suyo y su propia respuesta desatada.

—Mírame, señorita Perceval —le dijo Dungarran mientras ocupaban sus posiciones en la pista—. No soy un ogro.

—No, claro que no. Es sólo que… que…

—Estás recordando lo de esta mañana, sin duda. Pensaba que ya lo habías olvidado y que volvíamos a ser amigos.

—No es tan fácil —respondió ella—. No estoy tan acostumbrada como usted a estas cosas.

En un momento dado estuvieron relativamente aislados en una esquina de la pista.

—Si te refieres a las dos primeras «cosas», estoy de acuerdo contigo —dijo él—. La edad y la experiencia son un grado. Pero el tercer beso… —sacudió la cabeza, ligeramente desconcertado—. ¿Me creerías si te dijera que me siento tan ofendido como tú? Es del todo improbable que vuelva a suceder.

—Me parece muy bien, señor —dijo ella mientras seguían bailando.

Al término del baile, Hester se excusó ante la señora Martindale y se unió a Lowell en el otro extremo del salón. Con su hermano podía ser ella misma, sin tener que actuar ni fingir nada. Tal vez en su compañía pudiera olvidar el extraño malestar que crecía rápidamente en su interior. Se sacudió mentalmente y se concentro en divertirse, y a los pocos minutos estaba riéndose con los amigos de su hermano.

—Preciosa, ¿verdad?

Dungarran se dio la vuelta. El conde de Landres estaba de pie junto a él, con la mirada fija en una figura de blanco y rojo en el otro extremo del salón. Hester llevaba uno de sus vestidos de muselina, pero el corpiño de terciopelo rojo y sus cabellos dorados destacaban entre el grupo de jóvenes que la rodeaban.

Dungarran los observaba a todos con recelo. Hester había bailado con su hermano, y luego habían pasado un rato hablando animadamente. Después había bailado gustosa con un amigo de Lowell y habían seguido charlando. En aquel punto Dungarran había dejado de vigilarlos y había invitado a bailar a una de las damas más hermosas y solicitadas de la temporada. La chica estuvo hablando por los codos durante todo el baile, y Dungarran la devolvió a su dama de compañía con un suspiro de alivio. Pero cuando volvió a buscar a Hester la encontró bailando con otro crío imberbe. ¿Qué demonios podía ver en ellos? Lowell era su hermano; era natural que quisiera intercambiar unas palabras con él. Pero ¿por qué pasaba tanto tiempo con sus amigos?

Le costaba creer que Hester Perceval, la mujer más inteligente que había conocido, quisiera perder el tiempo con unos jóvenes ligeros de cascos. Estuvo a punto de ir hacia ella e invitarla otra vez a bailar, pero se lo pensó mejor. Sería muy doloroso. Que lo rechazara delante de aquellos mequetrefes. Y sin duda lo rechazaría… por culpa de la maldita actuación.

De Landres lo miró con regocijo.

—Parece muy contenta con esos jóvenes.

—Uno de ellos es su hermano, de Landres.

—¡Ah! Eso lo explica todo. Y supongo que encuentra su compañía muy relajante, comparada con el ambiente enrarecido de Grosvenor Street. ¿Cómo va tu trabajo con los códigos?

Dungarran se volvió y lo miró fríamente.

—¿Códigos?

—He oído que eres un experto descifrando códigos, milord. Todo el mundo en Horse Guards alaba las dotes de Zeno.

—Vamos, no me regales el oído. Me intereso por las matemáticas bajo el seudónimo de Zeno, eso es verdad. Pero ¿códigos?

—Oí algo sobre la conferencia en la New… ¿Cómo era? *La New Scientific and Philosophical Society*. ¿Conseguiste encontrar a tu Euclides?

—Er… no. A ese joven parece habérselo tragado la tierra.

—Qué lástima. Parecía que le entusiasmaba el tema. Podría haber sido una gran ayuda para ti. Los progresos son muy lentos cuando se trabaja solo.

Dungarran observó al francés con expresión ceñuda.

—¿Trabajo? No sé a lo que te refieres. Creo que me estás confundiendo con otra persona.

—¡Vamos, milord! ¿Por qué te molestas en engañarme? —preguntó de Landres amablemente—. Todo el mundo sabe en el Ministerio de Guerra que Zeno, alias Dungarran, está descifrando unos documentos robados a los franceses. ¿Me equivoco? Estoy tan impaciente como cualquier otro porque ese tirano de Napoleón sea derrotado. ¿Qué son esos documentos? ¿Informes sobre suministros?

Dungarran lo miró muy serio. Era obvio que algún idiota del ministerio estaba hablando más de la cuenta con alguien a quien consideraba un aliado. La verdadera lealtad del conde de Landres a Napoleón era conocida por muy pocos.

—Tus amigos del ministerio pueden estar dispuestos a revelar sus secretos. Yo no.

—¡Qué discreción! Pero me pregunto por qué trabajas en casa de la señora Martindale y no en la tuya. ¿Puede ser que estés buscando la distracción de su… joven visitante? ¿Por eso son tan lentos tus progresos? ¿O quizá porque los códigos sean demasiado difíciles?

—¿Son éstos los modales franceses, de Landres? Un caballero inglés consideraría una impertinencia intolerable esta curiosidad. Te agradecería que dejaras al margen a la señorita Perceval.

—Como quieras, Dungarran. Pero te lo advierto, seguiré indagando y haciéndole preguntas a mi amigo del ministerio.

—¿Y quién es ese amigo tuyo?

—¿Qué? ¿Y arriesgarme a que le ordenes cerrar la boca? ¡Oh, no! ¡Eso tendrás que descubrirlo por ti mismo, milord!

Le hizo una reverencia y se marchó, haciendo gala de una seguridad que a Dungarran le resultó insufrible.

Capítulo Diez

Dungarran no lo sabía, pero la compañía de Lowell no le estaba resultando a Hester tan interesante como había esperado. Su hermano había empezado por presentarle al señor Woodford Gaines.

—Es un placer conocerlo, señor —dijo ella—. Creía que estaba en Devon, con su padrino.

—Y lo estoy, señorita Perceval. Quiero decir, no estoy con él en este momento, pero lo estaba hasta ayer y tendré que volver muy pronto. He venido a Londres para intentar convencer al viejo Lowers de que se venga conmigo, ¿sabe? Es muy aburrido estar en Devon con la única compañía de mi padrino. ¡Lo único que le gusta es jugar al ajedrez!

—¿Lowers? Oh, se refiere a mi hermano —se volvió hacia Lowell con expresión fraternal—. ¿Te ha convencido el señor Gaines, Lowell?

Lowell pareció incomodarse.

—Iba a decírtelo, Hes. Me voy con Gaines pasado mañana. Estarás bien, ¿verdad? Sé que estarás sola, ahora que Hugo se ha ido con papá y mamá. Pero se quedaron muy tranquilos al dejarte con la señora Martindale. Y Dungarran también está aquí. Él te echará un ojo.

—Ya sabes lo que pienso de lord Dungarran, Lowell —dijo Hester con voz serena.

—Creía que tu opinión sobre él había cambiado. Ahora parece estar colado por ti.

—¡Pero eso no significa que yo esté «colada» por él! —replicó ella con voz cortante, pero enseguida se relajó—. Por supuesto que estaré bien. La señora Martindale es muy buena conmigo, y estoy segura de que disfrutarás paseando y jugando al ajedrez en Totnes —añadió con expresión irónica.

Los dos jóvenes se echaron a reír.

—El viejo duerme la siesta por las tardes y se va a la cama a las diez, señorita Perceval —dijo el señor Gaines—. Y la sidra es fuerte y abundante en Devon.

—Y también las camareras, ¿eh, Gaines?

Los dos hombres volvieron a reírse, pero Hester no estaba tan contenta. Apenas había visto a Lowell desde que se instaló en casa de la señora Martindale, pero su cercana presencia era tranquilizadora. Ahora sería la única Perceval que quedara en Londres.

Lowell vio su inquietud e intentó arreglarlo.

—Vamos a bailar, hermanita —le propuso, y ella aceptó que la sacara a la pista de baile—. Si tanto te disgusta, no me marcharé. Es sólo que Gaines quería contar con mi compañía y… y tú parecías estar muy bien con la señora Martindale y… Dungarran —la miró de reojo—. Apenas te he visto en los últimos días.

Mientras bailaban, Hester tuvo que luchar contra la tentación de decirle la verdad. Pero ¿estaba segura de que cuál era la verdad? Dungarran la había chantajeado para trabajar con él en contra de su voluntad, eso era cierto. Y también lo era que la admiración actual que demostraba hacia ella era falsa, una farsa para convencer a la sociedad. Ni siquiera Lowell sospechaba que sólo era una tapadera para evitar rumores. Pero… ¿cómo afectarían los sucesos de aquella mañana a la relación profesional? Aquellos besos no formaban parte del plan.

Lowell se preocupó al verla tan callada.

—¿Quieres que me quede en Londres, Hester?

—¡No, no! —se apresuró a responder ella. No podía revelar el secreto de su trabajo. La tentación de confiar en Lowell era muy fuerte, pero debía contenerse y seguir fingiendo—. No. Tienes que irte con el señor Gaines —le dijo con firmeza—. Admito que tengo mis dudas sobre la sidra, pero si las camareras son igual de fuertes os mantendrán a raya. No, Lowell, no debes renunciar a tu viaje por mí. Estoy muy bien con la señora Martindale. Es una anfitriona encantadora. Pero espero que estés aquí para acompañarme de vuelta a Abbot Quincey cuando llegue el momento, ¿verdad?

—¡Oh, por supuesto que estaré! ¡Volveré mucho antes! Bueno, es decir… ¿Cuándo tienes pensado marcharte, Hester?

Hester no quería fijar una fecha. El desciframiento de los documentos no debería llevarles más de dos semanas. Pero no le gustaba pensar en tener que marcharse tan pronto de Grosvenor Street y despedirse de la señora Martindale y su sobrino…

—No… no estoy segura. Pero los dos deberíamos volver a casa a mediados del mes que viene.

—Para la fiesta de julio…

—Y el cumpleaños de Hugo.

—Falta mucho tiempo para eso.

—A mí no me parece tanto tiempo —dijo Hester tristemente, porque era cierto.

Siguieron bailando en silencio, hasta que Lowell volvió a hablar.

—Tal vez Dungarran vaya a Abbot Quincey para la fiesta.

—¿Robert Dungarran? ¿El perfecto caballero londinense en una fiesta rural llena de granjeros, pastores y danzas folclóricas? ¡No digas tonterías, Lowell?

—¿Y para el cumpleaños de Hugo, quizá? Sólo es un par de días más tarde.

—¿Por qué iba a ir al cumpleaños de Hugo? ¡Yo no espero ni deseo su presencia!

—Porque es amigo de Hugo —le recordó Lowell—. No tiene nada que ver contigo, hermanita.

Hester le lanzó una torva mirada a su hermano.

—¡Claro que no tiene nada que ver conmigo! No empieces a imaginar cosas, Lowell.

Su hermano no dijo más sobre el tema, pero como tenía buen corazón se esforzó al máximo por distraerla. Cuando acabó el baile y volvieron con sus amigos, se aseguró de que a Hester no le faltara pareja para bailar.

Hester agradeció sus esfuerzos cuando vio a Dungarran bailando con una hermosa mujer morena vestida de rosa. Tenía la cabeza inclinada hacia ella y lucía una sonrisa indulgente. Hester sintió que la traspasaba una punzada tan dolorosa que le costó respirar.

—¡Hes! ¿Qué te ocurre? —la voz de Lowell sonó muy lejana. Hester hizo un esfuerzo por recuperarse y se obligó a sonreír.

—No… no lo sé. De repente me he sentido muy agobiada, pero ya estoy bien.

—Te has puesto más blanca que tu vestido. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, sí… Por favor, no le des más importancia, Lowell. No ha sido nada. Creo que debería volver con la señora Martindale. Se estará preguntando dónde estoy.

—No te preocupes. Su sobrino se encargará de tranquilizarla. No te ha quitado la vista de encima desde que te uniste a nosotros.

—¿En serio? Eso me resulta muy difícil de creer —dijo Hester, mirando a las parejas que estaban abandonando la pista de baile. Dungarran estaba llevando a su pareja hacia el rincón de las carabinas. La chica parecía estar absolutamente embelesada.

Hester intentó recuperar la compostura. ¡No volvería a mirarlos! Se dio la vuelta y le sonrió al señor Gaines.

—Si va a privarme de la compañía de Lowell durante las próximas semanas, deberá compensarme con el siguiente baile, señor Gaines.

El señor Gaines se puso colorado.

—¡Señorita Perceval, es todo un honor para mí!

El regreso a Grosvenor Street no fue ni mucho menos tan alegre como el de la noche anterior. Dungarran parecía preocupado, y aunque Hester estuvo hablando con la señora Martindale sobre Lowell y los amigos de su hermano, era evidente que no estaba tan animada como pretendía hacer creer. La señora Martindale los miró a ambos, pensativa, pero esperó hasta que estuvieron de nuevo en casa para hablar.

—¿Qué tenía que decirte de Landres, Robert? Fuera lo que fuera, los dos parecíais absortos en la conversación.

—Me volvió a preguntar por los códigos, sin intentar disimular su curiosidad… Y tampoco se molestó en ocultar que sabe mucho sobre el tema.

—¿Crees que sabe que sospechas de él? —le preguntó Hester.

—No puede saberlo. Simplemente, está desesperado por saber cómo van nuestros progresos y por saber si cuento con alguna ayuda. Mencionó a Euclides, pero le dije que el joven había desaparecido.

—Eso es cierto —dijo la señora Martindale con una sonrisa, pero su expresión se tornó seria al instante—. Tiene que ser muy importante para él. Se ha arriesgado mucho al revelar cuánto sabe. ¿Quién puede ser su fuente?

—Algún imbécil de la nobleza con más casta que cerebro. Hay varios así en Horse Guards. No será difícil descubrirlo y ajustarle las cuentas. Pero de Landres es otro asunto…

—¿Y por qué tiene tanta prisa? —preguntó Hester—. Parece que el tiempo es crucial para él.

—El tiempo siempre es importante en las campañas militares. Pero no creo que su principal preocupación sean las líneas de suministro en Europa oriental. Si sabe tanto como creo, sabrá que esa información ya está descifrada y en poder de los aliados.

—Debe de tratarse de algo relacionado con los documentos del pentagrama. Pero, ¿qué podrá ser? Apenas hemos empezado a trabajar en ellos.

—Pues tendremos que dedicarles más horas, Hester. Empezaremos a trabajar más temprano por las mañanas.

—¡Eres un negrero, Robert! —protestó su tía—. ¡La pobre Hester ya trabaja demasiado! No olvides que está en Londres por la temporada. Se supone que tiene que salir a divertirse.

Hester pensó en la fiesta a la que habían acudido esa noche. No le apetecía volver a ver a Robert Dungarran flirteando con más jovencitas.

—Creo que disfruto más con los códigos, señora Martindale. Ya sé que soy un poco rara, pero me siguen interesando más que… los bailes y las formalidades de la alta sociedad.

—No creo que a tus padres les gustara mucho oírte. ¿Y qué pasa con tu hermano?

—Lowell se marcha de Londres una temporada. Se va a Devon con el señor Gaines.

—¡Ah, el señor Gaines! El tipo con un guardarropa completo y un padrino en Totnes —dijo Dungarran—. Lo había olvidado.

—¿De qué estás hablando, Robert?

—De un episodio anterior con la familia Perceval. Pero me estabas acusando de ser un negrero, creo.

—Hester parece estar de acuerdo contigo. Sin embargo, espero que nos dejes las noches libres. ¿O piensas retenerla hasta que hayáis descifrado ese pentagrama?

—No será necesario retenerla, tía. Como Hester ha dicho, es difícil enseñarle a apreciar los placeres de la vida social. No tengo la menor intención de reducir sus oportunidades para flirtear un poco… Al contrario. Pero no creo que empezar más temprano con los códigos vaya a afectarle.

—En ese caso, todos debemos irnos a la cama enseguida —decidió la señora Martindale—. Es muy tarde, y los dos estaréis trabajando mucho antes de que me levante… igual que esta mañana. Espero que tus padres nunca se enteren del tipo de carabina que soy, Hester, aunque ellos no conocen a mi sobrino tanto como yo. Con él estarás tan segura como conmigo. A pesar de lo que acaba de decir, sé el trabajo que hacéis juntos es mucho más importante para él que cualquier flirteo.

Hester agradeció que ya estuviera saliendo por la puerta y que no pudiera ver el rubor de sus mejillas ni la expresión de su sobrino.

Cuando Hester entró en el estudio a la mañana siguiente, se encontró con que Dungarran estaba ya trabajando.

—¿Te fuiste a la cama anoche? —le preguntó, sorprendida.

—Buenos días —la saludó él, levantándose y tomándola de la mano—. He dormido un poco. Es posible que tenga que salir para Portsmouth. Tenía una nota esperándome en casa anoche.

—¡A Portsmouth! ¡Pero no puedes irte! ¡Aún tenemos trabajo que hacer!

—Ya lo sé, y así se lo he hecho saber al almirantazgo. Pero quizá no me quede elección. Estoy a la espera de que ellos decidan. Tiene relación con el trabajo que estamos haciendo, Hester —explicó cuando ella soltó un suspiro de exasperación—. Algún almirante idiota quiere que les explique nuestras transcripciones a sus capitanes antes de zarpar para el Báltico.

—Pero… ¿qué pasa con el pentagrama? ¿No es importante también?

—¡Claro que lo es! Por eso tenemos que ponernos a trabajar sin perder más tiempo.

Hester se sentó sin rechistar. Al principio costó un poco concentrarse, pero a los pocos minutos volvía a estar fascinada por las frases que iban surgiendo ante sus ojos. Cuando llegó el mensajero con una nota para Dungarran, se sorprendió al descubrir que habían estado trabajando durante dos horas. Ya eran más de las diez y media.

—Lo siento, Hester —dijo él tras leer la nota—. Tengo que marcharme. Pero estaré de vuelta dentro de tres o cuatro días.

—¿Tres o cuatro días?

—Te aseguro que acabaré lo antes que pueda… ¿Me echarás de menos? —le preguntó, tomando su mano.

—¡Pues claro que te echaré de menos! —exclamó ella, retirando la mano—. ¡Sin ti tendré que trabajar el doble!

—De eso estoy seguro —corroboró él, poniéndose serio de repente—. Evita toda conversación con de Landres. Llegará el momento en que tengamos que ocuparnos de él, pero mientras tanto no puede tener la menor sospecha sobre ti. ¿Me lo prometes?

Ella miró los documentos esparcidos sobre la mesa.

—No creo que tenga tiempo para hablar con nadie. Sí, lo prometo.

—En ese caso, me marcho. Pero antes de irme… ¿Tenemos tiempo para un poco de… flirteo inofensivo? —volvió a tomarla de la mano y tiró de ella para besarla ligeramente en los labios—. Un recordatorio —susurró—. Para que no olvides nuestro acuerdo.

—¿Qué… acuerdo?

—Prometí enseñarte los placeres de los besos entre amigos, ¿recuerdas? —observó con satisfacción el rubor de sus mejillas y le besó la mano—. Es hora de irme.

Pero antes de llegar a la puerta se detuvo y volvió junto a ella para besarla con más ardor. Una vez más, Hester sintió cómo la sangre le hervía en las venas, y habría respondido con la misma pasión que el día anterior si no hubiera empleado toda su fuerza de voluntad en controlarse. Los brazos de Robert se endurecieron y volvió a besarla. Luego, la soltó lentamente y dejó escapar una brusca carcajada.

—¡Tienes que ser una especie de hechicera! Con el tiempo, podrías demostrar que mi tía se equivoca. ¡Adiós, Hester!

Se marchó y Hester se quedó mirando la puerta. ¿Qué había querido decir? La señora Martindale había dicho que el trabajo era más importante para Robert que cualquier seducción. ¿Significaría que…? Se llevó una mano a la garganta y sacudió la cabeza. «Con el tiempo», había dicho. Allí estaba su respuesta. Robert Dungarran nunca se daría tiempo para enamorarse. ¡Nunca!

¿Enamorarse? ¿De dónde había sacado aquella idea? A ella le era indiferente que Robert Dungarran se enamorase o no. El amor no entraba en sus planes de futuro.

Se volvió con determinación hacia la mesa para seguir resolviendo el pentagrama.

La señora Martindale entró un poco más tarde con expresión acongojada.

—Hester, este viaje de Robert no podía ser más inoportuno. ¡Va a estar fuera durante tres, o quizá cuatro días! Y yo le había prometido a una vieja amiga pasar el lunes con ella en Richmond. Eso es pasado mañana. ¿Debería posponer mi visita? ¿O te gustaría venir conmigo?

—Es usted muy amable, pero no creo que pueda ir, señora Martindale. Ahora que su sobrino se ha ido a Portsmouth es más importante que nunca que uno de los dos se quede trabajando.

La señora Martindale sonrió.

—El trabajo de Robert en Portsmouth es igual de importante, querida. Por alguna razón, la gente de allí no confía en nadie más y consideran a Robert indispensable.

—Oh. Bueno, en vista de lo que dijimos anoche, estaré ocupada con esto —señaló los papeles de la mesa—. Pero, por favor, no posponga su visita por mí. ¡No tendré tiempo para sentirme sola!

—La verdad es que no me gustaría defraudar a mi amiga —dijo la señora Martindale, todavía indecisa—. Es inválida y no recibe muchas visitas. ¿Seguro que no quieres venir conmigo?

—Seguro. Y si pudiera decirles a sus criados que no estuvieran el lunes en casa, sería mucho mejor. Me gustaría trabajar sin interrupciones.

—Naturalmente. Casi todos ellos tienen permiso para salir por la tarde, así que no te molestará nadie.

Aparte de las comidas y el paseo por el parque que dio por insistencia de la señora Martindale, Hester trabajó tranquilamente y sin interrupciones al día siguiente. Era consciente de la ausencia de Dungarran en la otra mesa, y si se hubiera dejado llevar se habría sentido triste. Pero el trabajo se hacía más y más exigente.

A diferencia de los documentos anteriores, que trataban sobre las líneas de suministro por toda Europa, los papeles del pentagrama resumían un intercambio de correspondencia entre París y el mando francés en España. Al principio trataban de las órdenes de Napoleón a sus generales en la península; unas órdenes que los oficiales consideraban poco realistas. Más adelante, sin embargo, las frases se hacían más veladas. Parecían insinuar un complot de alguna clase… La señora Martindale lo tuvo difícil para retirarse a dormir a una hora temprana.

Cuando la señora Martindale entró para despedirse a la mañana siguiente, Hester estaba totalmente concentrada en los documentos.

—Sigue sin convencerme la idea de dejarte aquí sola.

Hester levantó la mirada, se puso en pie y se quitó las gafas.

—Estaré perfectamente, señora Martindale. En Northamptonshire me pasaba horas en el desván, y disfrutaba de cada minuto. Disfrute de su visita y olvídese de mí.

—Muy bien. Pero prométeme que saldrás a dar un paseo si te agotas demasiado. Bertram irá contigo. ¡No se te ocurra salir sin él! Te veré esta noche, querida.

La casa se quedó muy tranquila cuando la señora Martindale se marchó, pero Hester siguió trabajando sin percatarse de nada. Cada vez tenía más claro que el complot encerraba una trama de asesinato. Pero ¿a quién? Obviamente a alguien importante… Las cartas lo describían como uno de los mayores enemigos de Napoleón.

Hester se echó hacia atrás en la silla. ¿Quién podría ser? De repente se irguió en la silla y volvió a mirar los papeles. ¿Podría ser Wellington? En esos momentos estaba en España, donde sus recientes victorias habían supuesto la única resistencia en toda Europa a los ejércitos del emperador francés. Pero hasta donde Hester había conseguido descifrar no se mencionaba ningún nombre. Tenía que seguir trabajando.

Pero a media tarde tenía la espalda rígida y le dolía la cabeza. Después de cometer varios fallos absurdos, decidió que le sentaría bien dar el paseo sugerido por la señora Martindale. Aparte de Bertram, un viejo lacayo en la puerta, no parecía haber otros criados en la casa. Todos habían aprovechado la ausencia de la señora

Martindale para tomarse el día libre. Hester se puso el sombrero y salió, rechazando con un gesto el ofrecimiento de Bertram para acompañarla. Murmuró algo sobre una visita a su hermano y eso pareció satisfacerlo. Pero una vez en la calle, sus pies se volvieron en dirección a Hatchard's y pronto estuvo frente a los libros de matemáticas. Echaría un rápido vitazo antes de regresar…

Entonces se quedó helada cuando oyó una voz familiar y se ocultó tras una estantería.

—¿Y bien. Behring? ¿Qué tienes hoy para mí? —preguntó el conde de Landres—. ¿Han llegado los últimos clásicos franceses? ¿No? ¡Qué lástima! Echaré una ojeada por las estanterías, de todas formas. Es posible que se me pasara por alto alguna joya la última vez que vine.

Hester se echó hacia atrás. No tenía ningún deseo de encontrarse con el conde. Hubo un silencio, y luego la voz de Landres se oyó al otro lado de la estantería. Alguien más se le había acercado y hablaban entre ellos en francés. Pero Hester prestó atención y pudo entender cada palabra.

—¿Has encontrado algo?

—Nada en absoluto.

—Entonces los papeles no están en Curzon Street. Y tampoco en Horse Guards. Si no me equivoco, deben de estar en Martindale House. Seguramente en la pequeña habitación a la derecha.

—¿Qué quieres que hagamos?

—¡Éste es el momento! Con Dungarran en Portsmouth y las dos mujeres en Richmond, la casa está vacía.

—¿Y los criados?

—Todos han salido, salvo un lacayo. Es viejo… Armand podrá con él fácilmente. No será necesario hacerle daño. ¿Dónde has dejado a Armand, por cierto?

—Le dije que volviera a la taberna. Está mejor allí. No habla inglés y no parece precisamente un caballero. Bueno, ¿qué quieres que hagamos? ¿Conseguir los papeles y llevártelos?

—No. Es muy arriesgado, pero creo que iré con vosotros a Grosvenor Street. Quiero asegurarme de que son los papeles correctos. No puedo leerlos, pero sí reconocerlos. Cuanto antes quememos la carta, mejor. Es de vital importancia. Si algo sale mal o si nos descubren, esos papeles tienen que ser destruidos, ¿está claro?

—No nos descubrirán.

—¡Destruye esos papeles!

—¡Está bien, está bien! Ya lo he entendido. Será mejor que me ponga en camino. Tengo que recoger a Armand.

—¿Cuándo estaréis en la casa?

—Dentro de una hora. O quizá menos.

—Iré dentro de una hora. Puedo fingir que voy de visita, si es necesario.

Hester esperó hasta que de Landres hubiera salido de la tienda tras su cómplice y salió corriendo a la calle. Los documentos del pentagrama estaban en peligro. La desesperación de Landres por destruirlos antes de que pudieran ser descifrados demostraba lo importantes que eran.

Sin saber muy bien lo que hacer, Hester volvió rápidamente a Grosvenor Street. La puerta estaba cerrada, pero sin llave, y no se veía al lacayo por ninguna parte. Era viejo y perezoso… seguramente estaba tomándose un descanso había dejado el cerrojo sin echar por si Hester volvía antes de lo previsto. Dentro del estudio reunió los papeles y las notas y lo metió todo en la bolsa de costura de la señora Martindale, que estaba en el suelo, junto a su sillón. Miró frenéticamente a su alrededor. ¡Las gafas! Estaban sobre la mesa. Las agarró y volvió a salir. No sabía adonde ir; sólo sabía que tenía que poner la mayor distancia posible entre la casa y ella. ¡Lowell! Iría en busca de Lowell.

Pero a mitad de camino a Half Moon Street se detuvo en seco. ¡Lowell no estaba! Se había marchado a Devon con Woodford Gaines y la casa estaría vacía. Se le encogió el corazón, pero tras pensar unos segundos reanudó la marcha. El criado del señor Gaines la conocía y la dejaría pasar. Podría refugiarse allí durante una hora… el tiempo suficiente para decidir qué hacer a continuación.

¿Por qué tenía que estar Dungarran tan lejos cuando más lo necesitaba? ¿Cómo podría mantener a salvo los papeles del pentagrama durante dos días?

Pero Dungarran regresó de Portsmouth antes de lo previsto. Había resuelto sus obligaciones sin ceremonias, al descubrir que la mitad de los capitanes con los que tenía que hablar ya estaban en alta mar. Maldiciendo a los viejos ineptos del Almirantazgo, no perdió ni un minuto en ponerse otra vez en camino. La importancia de descifrar el pentagrama fue motivo suficiente para explicar su urgente necesidad de regresar a la capital. Pero a medida que se acercaba a Londres tuvo que admitir que estaba igualmente impaciente por volver a ver a Hester Perceval.

Por mucho que lo había intentado, no conseguía borrar esa sensación tan irracional como ilógica, y le irritaba bastante la falta de control sobre sus emociones.

Sin darse cuenta, se encontró camino de Grosvenor Street en vez de dirigirse hacia su propia casa. Su tía y Hester estarían en alguna fiesta, pero podría esperarlas allí, y mientras tanto examinaría los progresos de Hester con los documentos.

Llegó a Grosvenor Street a las once de la noche y se encontró con que la casa estaba sumida en el caos.

—¡Robert! ¡Oh, gracias a Dios que estás aquí! —exclamó la señora Martindale, aferrándose al brazo de su sobrino con una desesperación nada normal en ella—. ¡Hester ha desaparecido?

—¿Cómo?

—¡Ha desaparecido! Y no sólo ella. ¡También los documentos!

—Al diablo con los documentos. ¿Qué le ha pasado a Hester?

—Ha enviado esta nota —dijo su tía, sacando un pedazo de papel muy arrugado. Dungarran lo alisó y se lo llevó junto a la ventana.

—Es su letra. Y dice que está a salvo.

—Pero ¿dónde está? Bertram la vio salir a las tres de la tarde y desde entonces no se la ha vuelto a ver. ¡Y de eso hace ocho horas!

—¿De dónde ha venido esta nota?

—Los criados dicen que la entregaron justo antes de que yo regresara… Alguien a quien no reconocieron.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre. Pero estaban tan nerviosos que no le prestaron mucha atención.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido, madrina? ¿Por qué se ha marchado Hester?

—Eso es lo que intentaba decirte. ¡Han registrado la casa, Robert! Mientras yo estaba en Richmond dos hombres entraron, encerraron a Bertram en un armario… ¡podría haberse asfixiado!, y lo revolvieron todo en busca de tus papeles. Todo está patas arriba… Míralo tú mismo.

Dungarran contempló desolado el desorden del estudio. El rostro se le contrajo al ver un delantal azul en el suelo, manchado de tinta. Lo recogió y lo observó por un momento.

—La nota decía que se encuentra bien —dijo, tanto para tranquilizar a su tía como a sí mismo—. ¿Estaba aquí cuando entraron los hombres?

—¡No lo sé! Bertram dice que no, que se marchó mucho antes de que los hombres aparecieran. Pero…

—¿Pero?

—Está convencido de que no se llevó nada con ella.

—Sin papeles. ¿La acompañó alguien… un lacayo? No, claro que no. ¿Dijo adonde iba?

—Bertram creyó oírle decir que iba a ver a su hermano.

—¿Y no la vio regresar?

—Sus respuestas son un poco evasivas, Robert. Creo que dejó la puerta desatendida por un rato… A veces lo hace cuando se queda solo. Es posible que Hester volviera mientras estaba descansando. Pero está seguro de que no oyó su voz mientras los dos hombres estaban aquí. Y si Hester hubiera estado habría gritado, de eso no hay duda.

—Sí, habría gritado con todas sus fuerzas… —afirmó Dungarran, mirando el delantal—. A menos que estuviese herida.

La señora Martindale se dejó caer en una silla.

—¡Robert!

Dungarran respiró hondo.

—Tenemos que creer que no estaba aquí. Déjame pensar en esta nota… —guardó silencio por unos segundos—. Hester tuvo que marcharse antes de que llegaran los intrusos… En la nota también dice que los papeles están a salvo. Eso significa que tuvo tiempo de recogerlos y llevárselos con ella.

—Supongo… Lo que no entiendo es por qué se los llevó. ¿Cómo podía saber que esos hombres vendrían a buscarlos? —preguntó la señora Martindale, llevándose las manos a la cabeza—. Y si no lo sabía, ¿por qué huyó? ¡Me voy a volver loca, Robert! La cabeza no para de darme vueltas. Y estoy muy preocupada por Hester, a pesar de esa nota y de lo que digáis Bertram y tú. ¿Dónde puede estar?

—¿Qué has hecho hasta ahora? —le preguntó Dungarran con tranquilidad. Sólo sus nudillos, blancos contra el delantal azul, delataban su tensión.

—Pensé que quizá se había marchado a casa, así que envíe a todos los hombres que pude encontrar a las posadas de las que parten coches para el norte. Nadie ha alquilado un coche para Northampton desde el viernes pasado, y nadie que viajara con el correo ni con la diligencia respondía a la descripción de Hester. El tipo que vendía los billetes dijo que no había ninguna mujer esperando para viajar esta noche.

—¿Qué más?

—No he tenido tiempo para hacer mucho más, pero una de las doncellas dice que vio a Hester cruzando Berkeley Square. Pensé que tal vez había ido a ver a Lowell, como Bertram había dicho. Estaba a punto de mandar a alguien a comprobarlo.

—Yo iré —dijo Dungarran bruscamente—. No tardaré mucho.

Pero cuando llegó a Half Moon Street y despertó al criado, éste le informó que el señor Perceval había salido hacia Devon aquella misma tarde.

—¿Acompañado?

—El señor Gaines se marchó anteayer, milord.

—Pero ¿no había nadie más con el señor Perceval?

El criado parecía desconcertado.

—No lo sé. Estaba fuera en ese momento. El señor Perceval estaba aquí esta mañana, cuando yo me marché, pero la casa estaba vacía cuando volví a las ocho. El señor Gaines me da permiso para visitar a mi madre el último lunes de cada mes, milord —añadió, un poco a la defensiva.

Dungarran recompensó al hombre y volvió a Grosvenor Street.

—¡Ahí es adonde debe haberse marchado, tía! ¡A Totnes con Lowell! —decidió. Volvió a doblar el delantal y se lo guardó en el bolsillo.

—¿A Totnes? Pero, ¿por qué…? ¡Oh, claro! En Devon. Lowell iba a acompañar allí al señor Gaines. Eso es… ¡Robert! ¿Adonde vas?

—A Curzon Street. Mi mayordomo y yo saldremos para Devon en menos de una hora.

—Pero acabas de volver de Portsmouth. ¡Tienes que descansar un poco! Hay casi dos días de viaje hasta Totnes.

Dungarran se acercó a ella y la tomó de las manos.

—No descansaré hasta que averigüe dónde está Hester. Y si tiene esos papeles consigo, se hace aún más urgente encontrarla.

—¿Cómo puedo ayudar? —le preguntó su tía, agarrándolo del brazo.

—¡Asegurándote de que el conde de Landres no me siga!

—¿Y cómo puedo hacer eso?

—Consigue que tus amigos del Ministerio de Guerra lo arresten. Él debe de estar detrás de todo esto.

Capítulo Once

Robert volvió tres días después, pero sin buenas noticias. El padrino del señor Gaines estaba muy enfermo y Lowell Perceval había anulado el plan de pasar una temporada con su amigo en Devon. Hasta donde Woodford Gaines sabía, Lowell no había salido de Londres.

—¿Entonces no tenemos ninguna pista de Hester? —preguntó con inquietud la señora Martindale.

Su sobrino negó con la cabeza.

—No he encontrado ni rastro de los Perceval. ¿Qué pasa con de Landres? ¿Sabe algo?

—Lo han interrogado y admite haber encargado a esos hombres que buscaran los papeles, pero según él no los encontraron. Ha admitido incluso que estuvo él mismo en casa, pero dice que no había nadie aparte de Bertram. No me creo ni una sola palabra de ese villano, pero Bertram lo ha confirmado. Sigue pensando que Hester fue a visitar a su hermano. ¡Y ahora los dos Perceval han desaparecido! ¿Qué vamos a hacer? —la señora Martindale se levantó y empezó a caminar, presa de la agitación, sin poder contener las lágrimas—. Robert, pronto tendré que avisar al señor y la señora Perceval. ¿Qué voy a decirles?

El rostro de Dungarran reflejaba su cansancio y preocupación, pero su voz era firme.

—Espera un poco. No hay necesidad de asustarlos por el momento. Estén donde estén, creo que Hester y Lowell están juntos. Si Hester sabía que de Landres se disponía a robar los documentos…

—¿Cómo podía saberlo?

—No lo sé, madrina, pero es lo único que explicaría su desaparición —oyó el tono de irritación en su propia voz y se obligó a hablar con más calma—. Se llevó los papeles a donde de Landres no pudiera encontrarlos y se llevó a su hermano para que la ayudara. Debe de estar en alguna parte que no hayamos pensado. Creo que deberíamos hablar otra vez con el criado de Half Moon Street. ¡Vamos, madrina!

Fueron juntos a Half Moon Street, donde encontraron al criado dispuesto para hablar. Repitió que no había visto a Hester ni a Lowell, pero les habló de dos vasos de brandy que había encontrado después de hablar con Dungarran la última vez. Se llevó a Dungarran aparte y le habló en voz baja.

—No quería mencionarlo delante de la señora, milord, pero había ropa de mujer en el dormitorio del señor Lowell. La he doblado, pero sigue allí.

—¡Tráela, enseguida!

El criado obedeció y la señora Martindale soltó una exclamación al ver la ropa.

—¡Es el vestido de Hester! ¿Qué… qué significa esto? —preguntó con voz temblorosa, mirando a su sobrino.

Por primera vez desde que volvió de Portsmouth, Robert se permitió relajarse.

—No temas, madrina. Creo que ya sé lo que han hecho los Perceval y dónde están.

Le dio las gracias al criado y llevó a su tía a casa.

—Si le escribes una nota a la señora Perceval, se la entregaré en persona. Pero creo… confío en que no será necesario.

—¿Sabes dónde están? Pero ¿cómo…?

—Es casi seguro que estén en Northamptonshire.

—¿Cómo pudieron salir para Northamptonshire? Hemos preguntado por…

—Por una joven dama. ¿Recuerdas que Hester Perceval asistió a una conferencia en St. James's Square?

—¡Vestida de hombre! ¡Pues claro! Este vestido es suyo… Se cambió de ropa en Half Moon Street. ¡Oh, Robert! Ésa debe de ser la explicación. ¡Y qué disfraz más inteligente!

—Tendré que ir a comprobarlo enseguida. Creo que estarán a salvo en su casa, pero no me quedaré tranquilo hasta que los vea allí.

—¡Sí, sí! ¿Quieres que vaya contigo?

—Pienso viajar muy deprisa, tía. No sé si lo soportarás…

—Entonces envíame un mensaje en cuanto sepas algo. Tendré el corazón en un puño hasta que reciba noticias tuyas. ¡Oh, Robert! Espero que tengas razón.

Robert miró el rostro de su tía. La señora Martindale había envejecido diez años en la última semana. Tenía las mejillas muy pálidas y manchas oscuras bajo los ojos. Tomó una de sus manos temblorosas y la apretó para darle ánimos.

—Sé que tengo razón —dijo con toda la vehemencia que pudo—. Te enviaré un mensaje confirmándotelo. Confía en mí.

Dungarran viajó por la noche en un coche alquilado con cuatro caballos. El cansancio acumulado durante la última semana acabó haciendo mella, y a pesar de sus preocupaciones se quedó finalmente dormido. Pero sus sueños fueron irregulares y plagados de pesadillas. No estaba del todo seguro de que Hester estuviera en Abbot Quincey, como había hecho creer a su tía. Y si no estaba allí, ¿en qué otro lugar podría buscarla? La nota decía que estaba a salvo, pero ¿sería cierto? La idea de que pudiera estar en manos de extraños, con la única ayuda de Lowell, lo torturaba sin descanso. Era incapaz de pensar racionalmente, incapaz de convencerse de que lo más probable era que encontrara a Hester en su casa, intentando descifrar el pentagrama. Pero, curiosamente, ninguna de sus preocupaciones se debía a los papeles. Todos sus pensamientos e inquietudes se centraban en Hester.

Los rayos del sol le devolvieron un poco de su serenidad habitual y empezó a pensar en lo que debía hacer. Era demasiado temprano para ir a Perceval Hall, y su estado actual no era el más propicio para visitar a nadie. Tenía que encontrar algún sitio para reponerse del largo viaje. Ordenó al cochero que parara en la primera

posada de aspecto decente que vio y le pidió a su mayordomo que entrase a alquilar una habitación. El posadero acababa de levantarse y se quedó muy sorprendido porque le pidieran una habitación a esas horas.

—¿Tiene o no una habitación libre? —le preguntó Wicklow fríamente.

—Oh, sí, señor. Tengo varias.

—Nos quedaremos con la mejor. A su señoría le gustaría desayunar dentro de media hora. Pero primero necesitamos agua caliente y toallas. ¡Rápido! —añadió al ver la expresión perpleja del posadero.

Ayudado por Wicklow, Dungarran se arregló un poco para ofrecer un aspecto más respetable. Se lavó y afeitó, y se puso una camisa y una corbata limpias. Su chaqueta fue sacudida y cepillada, y sus botas fueron pulidas, aunque Wicklow no quedó satisfecho con el resultado. El desayuno fue abundante y Dungarran obligó a comer aunque no tenía mucho apetito. Por muy impaciente que estuviera, tenía que ser sensato. Las próximas horas podían ser una prueba muy difícil.

Finalmente, le pareció que la hora era lo bastante apropiada para ser recibido en Perceval Hall y volvió a subirse al coche.

Mientras se aproximaba a casa de Hester, apenas se fijó en la belleza de la mansión y los jardines. Le estaba costando mucho esfuerzo mantener la compostura y guardar la calma. Para presentarse ante los Perceval y exponerles el motivo de su visita de un modo razonable y cortés iba a tener que emplear todas sus habilidades sociales. No sabía cómo reaccionaría si Hester no se encontraba allí…

La puerta se abrió justo cuando el coche se detuvo.

—Buenos días. Mi nombre es Dungarran. ¿Se encuentran en casa sir James Perceval y su señora?

Entró y esperó en el vestíbulo mientras el criado desaparecía en busca de sus amos. ¡Naturalmente que estaban en casa! A esa hora cualquier persona sensata estaría desayunando o acostada… Tal vez habría sido mejor preguntar por Hugo. Menos convencional, pero más seguro.

Se paseó inquieto por el vestíbulo y se detuvo frente al retrato de una joven dama, vestida a la moda del siglo pasado. Le pareció encontrar un cierto parecido con Hester. ¿Qué haría si no estuviese allí?

—Si es tan amable de seguirme, milord…

Siguió al criado a un pequeño salón. La señora Perceval estaba sentada junto a la ventana. Sir James se acercó a recibirlo, bastante perplejo.

—Buenos días, Dungarran. Er… ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Querías ver a Hugo? Vendrá enseguida…

—No, sir James. Es usted a quien quería ver.

—¡Naturalmente! Qué tonto soy… Has traído un mensaje de mi hija. ¿Cómo está? ¿Y la señora Martindale? ¿Las dos están bien?

La señora Perceval también se acercó.

—¡Qué amable ha sido, lord Dungarran! Aunque esperaba a ver a Hester dentro de poco. La echamos mucho de menos, como se podrá imaginar.

Dungarran sintió que una mano invisible le atenazaba la garganta y le impedía hablar. Hester no estaba allí. Sus peores temores se habían cumplido.

El silencio fue roto por Hugo, que entró en el salón con una amplia sonrisa.

—¡Robert! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Me alegro de verte!

No podía seguir posponiendo lo inevitable. Sacó la carta de la señora Martindale y se la tendió a sir James.

—Lo… lo siento, señor.

La señora Perceval se volvió hacia su marido.

—¿Qué es esto, James? ¿Ocurre algo? ¿Le ha pasado algo a Hester?

Sir James estaba leyendo la carta y no le prestó atención.

—¿Está enferma? —le preguntó ella a Dungarran.

Su marido la llevó hacia el sillón, y Hugo fue a sentarse junto a ella.

—Me temo que son malas noticias, querida. La señora Martindale dice que Hester ha desaparecido. Nadie la ha visto desde hace… —sacó sus gafas y volvió a mirar la carta—. ¿Casi cinco días? —leyó con estupor.

La señora Perceval soltó un grito.

—¡No! ¡No puede ser! Mi pequeña Hester… ¡No, no!

Hugo la rodeó con los brazos, pero ella lo apartó.

—¡Su tía me prometió que cuidaría de ella! —le espetó a Dungarran—. ¿Qué ha pasado?

Dungarran se había puesto pálido, pero consiguió mantener la calma.

—Yo estaba en Portsmouth y la señora Martindale estaba visitando a una amiga en Richmond. Mi tía le había insistido a la señorita Perceval que la acompañara, pero ella se negó. Sé que fue una imprudencia por nuestra parte dejarla sola, pero insistió en que quería quedarse a adelantar un… un trabajo que estaba haciendo. Hasta donde nosotros sabemos, se marchó de casa por su propio pie, llevándose el… el trabajo con ella.

Se volvió hacia sir James—. Creíamos saber dónde estaba, sir James. En cuanto regresé a Londres y me enteré de lo sucedido, fui a Devon a buscarla. Pero nos equivocamos. No he perdido ni un minuto en venir aquí. Envió… envió esta nota con uno de los criados de la señora Martindale —le tendió el trozo arrugado de papel… la única fuente de esperanza.

Sir James lo tomó y lo leyó en voz alta.

—«Estoy a salvo y también lo están los papeles… Hester» —levantó la mirada—. Pero ¿esto fue hace cuatro noches? ¿Y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de ella? Dios mío, ¿qué puede haberle pasado?

Dungarran apretó los labios.

—No… no lo sé.

—¡No te quedes ahí parado, diciendo que no lo sabes! —gritó Hugo—. ¿Por qué no estás buscándola? Padre, si no te importa, recogeré mis cosas y saldré inmediatamente para Londres. Hester debe de estar allí, en alguna parte.

—Creemos que Lowell está con ella —dijo Dungarran—. Hay algunas pruebas que parecen corroborarlo.

Hubo un momento de silencio.

—No puede ser —dijo Hugo—. Lowell no puede estar con ella porque está aquí. Acabo de dar un paseo a caballo con él.

—¡Por el amor de Dios, lord Dungarran! ¿Dónde está mi hija? —gritó la señora Perceval.

—Sí, Dungarran —dijo sir James con voz grave—. ¿Dónde está Hester?

—Aquí, papá —dijo una voz femenina.

Todo el mundo se volvió. Hester Perceval estaba de pie en la puerta, con una mano aferrando el marco y con la otra sosteniendo un fajo de papeles.

Tras unos momentos de silencio y desconcierto, la familia se abalanzó en tropel hacia la puerta. Sir James y la señora Perceval, Hugo, e incluso Lowell, que había entrado en el salón después de su hermana, abrazaron a Hester mientras reían, la reprendían y expresaban su alegría por verla sana y salva.

Dungarran se desplazó hacia la ventana, dejando que los Perceval disfrutaran del gozo familiar. Las normas de cortesía exigían que no participara ni presenciara aquellas muestras de júbilo. Pero no había sido la cortesía lo que lo había hecho dar la espalda a la emotiva escena, sino el torbellino de sensaciones desconocidas que se había apoderado de él.

Su famosa indiferencia lo había ayudado a superar muchas situaciones dramáticas en el pasado, pero esa frialdad lo había abandonado por completo. La imagen de Hester en la puerta le había afectado más que cualquier otra cosa en su vida.

Apoyó las manos en el cristal, intentando absorber la frialdad del vidrio en la sangre. Lo invadía un deseo primitivo de estrecharla entre sus brazos y apretarla con tanta pasión que apenas pudiera respirar, de llevársela a alguna isla perdida donde pudieran vivir para siempre ocultos a los ojos del mundo… Al mismo tiempo sentía una absurda ternura, un deseo de cuidarla y protegerla contra todo daño, de quitarle la horrible ropa que vestía y cubrirla de satén y joyas para demostrarle al mundo lo orgulloso que estaba de ella…

Pero también experimentaba una creciente cólera. ¿Cómo se había atrevido a provocarle aquella angustia? Si hubiera pensado en él la mitad de lo que pensaba en ella, le habría enviado un mensaje para tranquilizarlo. Al pensar en sus viajes infructuosos, en el largo camino de ida y vuelta a Devon y en las pesadillas de la

noche anterior, se enfureció aún más. Gracias a aquella mujer, su mente fría y lógica estaba a merced de un remolino de emociones irracionales.

—¡Lord Dungarran!

Se dio la vuelta al oír su nombre. Hester estaba en el salón, con los papeles aún en la mano y con su familia formando un círculo protector alrededor de ella. Tenía los ojos enrojecidos y estaba muy delgada, como si llevara una semana sin comer ni dormir, y el vestido marrón y manchado de tinta colgaba como un sudario de su macilenta figura. Tenía el pelo apartado del rostro, y Robert sintió una punzada al ver la inevitable mancha de tinta en una mejilla.

Y sin embargo, al verla en el umbral su primer pensamiento había sido que nunca había visto nada más hermoso. Le costó un enorme esfuerzo no limpiarle la mancha de la cara y besarla como la había besado en el pequeño estudio de Grosvenor Street, desde lo que parecían haber transcurrido cien años, o zarandearla hasta que pidiera clemencia y le suplicara que la perdonase por su actitud desalmada.

—¿Lord Dungarran? —volvió a llamarlo, dubitativa, como si no supiera qué respuesta iba a encontrarse.

Robert también dudaba. ¿Qué podía decirle? Sus modales eran siempre impecables y refinados, pero ¿cómo podía dirigirse a aquella chica? La batalla emocional que se libraba encarnizadamente en su interior le impedía decir cualquier cosa. Miró los papeles que Hester sostenía en la mano, y la imagen familiar del trabajo que habían desempeñado juntos durante tanto tiempo acabó por desatar su lengua.

—Señorita Perceval —dijo con mucha calma, pues debía hablar con calma—. Veo que tiene ahí los papeles del pentagrama.

La expresión de Hester se endureció, y en su rostro se reflejó la sorpresa y luego un profundo resentimiento.

—¿Dónde podrían estar si no? —preguntó ella con voz cortante.

Las dudas asaltaban a Robert. ¿Por qué no había corrido hacia él? ¿Por qué no había mostrado entusiasmo al verlo? ¿Por qué no se arrepentía de haberle causado tantos problemas? Finalmente, la furia ganó la batalla.

—¿Cómo demonios iba a saber dónde podrían estar, señorita Perceval? Con usted, tal vez, pero… ¿dónde estaba usted? ¡Se había esfumado sin dejar rastro! ¿Se da cuenta del tiempo tan valioso que he perdido buscándola por media Inglaterra mientras usted se dedicaba a jugar al escondite?

—Lord Dungarran…

—¿Tiene idea de lo que ha provocado con su silencio? —siguió él, haciendo caso omiso de su interrupción—. ¡Mire a su familia! Hace unos minutos su madre estaba a punto de sufrir un colapso. Su angustia ha durado muy poco, gracias a Dios, pero ¿ha pensado en la señora Martindale? Nunca había visto a mi tía tan alterada, ¡ni siquiera cuando murió mi tío!

—Lamento la angustia de su tía, lord Dungarran. Lo lamento de verdad. Podrá tranquilizarla a su regreso —dijo Hester con expresión glacial—. Pero en vez de perder su valioso tiempo reprendiéndome, debería volver a Londres enseguida. He descifrado el secreto. La vida de lord Wellington está en peligro. Algunos altos mandos españoles están confabulados para asesinarlo.

Aquella revelación desconcertó momentáneamente a Dungarran.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—El día veinte del mes que viene… —empezó a decir Hester, pero se detuvo y se llevó una mano a la frente—. ¿O es este mes? He perdido la cuenta de los días.

—Hoy es tres de julio, Hester —dijo Hugo amablemente.

—¿Tres de julio? Entonces será el día veinte de este mes, o poco después. Los españoles tienen previsto encontrarse con Wellington para una conferencia en algún punto entre Ciudad Rodrigo y Salamanca. Las cartas no dan información más precisa.

—No pueden ser más precisas, teniendo en cuenta lo incierta que está siendo la campaña militar. Pero lo encontrarán en algún lugar del camino. Nuestros hombres deben encontrarlo primero. Tenemos el tiempo justo. Hester, ya sé que éste no es el momento, pero perdóname, por favor…

—Tiene que irse inmediatamente, lord Dungarran —lo acució ella, dejando los papeles en la mesa—. Aquí tiene los documentos. Lléveselos y acabe de descifrarlos cuando más le convenga. No quiero volver a verlo ni saber nade de usted.

—Debo dar una explicación…

—¡No lo haga! Hablo en serio, lord Dungarran. Adiós. Y por el bien de Wellington… dése prisa.

Dungarran le tendió la mano, pero ella la ignoró y salió del salón tras una rápida mirada de disculpa a su familia. Dungarran seguía mirando la puerta cuando sir James habló.

—Dungarran, no pretendo entender lo que está pasando —dijo con el ceño fruncido—. Pero ¿te tomas en serio lo que ha dicho mi hija?

—¡Oh, por supuesto, sir James! Me lo tomo muy en serio.

—En ese caso, ¿no deberías ponerte en marcha? Te invitaría a comer con nosotros, pero el tiempo apremia. Haré que te preparen algo para el viaje. Hugo, quizá deberías acompañar a lord Dungarran. Si lo que Hester ha contado es cierto, debemos asegurarnos de que el mensaje llegue al Ministerio de Guerra lo antes posible.

—Saldré inmediatamente. ¿Vienes, Hugo?

—¡Desde luego! Voy a recoger algunas cosas.

Salió rápidamente del salón y Dungarran se volvió hacia sir James.

—No hay tiempo para explicar el deshonroso comportamiento que he tenido hace unos minutos. No… no era yo mismo. ¿Podría hablar con su hija y… convencerla para que me dé la oportunidad de disculparme?

—Haré lo que pueda, Dungarran —dijo sir James, pero su expresión no era muy alentadora.

Con un gesto de desesperación, Dungarran agarró los documentos y salió en busca de Hugo.

Después de que los dos hombres se hubieran marchado, Hester no quería otra cosa que volver a abstraerse del mundo. Pero sus padres estaban muy dolidos y enfadados con su engaño. No podían entender por qué Lowell y ella habían mantenido en secreto su presencia en Abbot Quincey. Les debía una explicación.

Fue Lowell quien se la ofreció, mientras ella permanecía sentada, asida de la mano por su madre, escuchando y reviviendo los sucesos de los últimos cinco días…

Cuando Lowell la había recibido en Half Moon Street, Hester estaba tan nerviosa que rompió a llorar.

—¡Lowell! ¡Oh, gracias a Dios que sigues aquí! Pensaba que te habías marchado. Déjame entrar, ¡rápido!

Lowell la hizo pasar al pequeño salón sin hacer preguntas. Hester se desplomó en un sillón e intentó recuperar el aliento, pero volvió a levantarse cuando oyó ruidos procedentes de la calle.

—¡La puerta! ¡Lowell, la puerta! ¿Está cerrada? ¡Dile al criado que no le abra a nadie! ¡Vamos!

—No hay nadie más en casa, Hes. Y la puerta está cerrada.

—¡Echa en cerrojo, Lowell! ¡Por favor!

Cuando Lowell volvió, observó con preocupación el rostro pálido y cariacontecido y los miembros temblorosos de su hermana. La hizo recostarse en el sillón y fue en busca del brandy y los vasos.

—¿Qué ha pasado, Hester? ¿Es Dungarran? ¿Qué ha hecho?

—¡No, no, no! Es el conde de Landres. ¡No debe encontrarme!

—¿De Landres? ¿Qué demonios tiene que ver él contigo?

Hester intentó balbucear unas pocas palabras, pero entre el miedo y la falta de aliento era imposible entenderla.

—Hester, bebe un poco de brandy, y luego cálmate y dime por qué estás tan nerviosa —le dijo su hermano con delicadeza—. Despacio.

Hester tomó un sorbo de brandy, respiró hondo y empezó a narrar los acontecimientos de aquella mañana. Antes de darse cuenta, le estaba contando a Lowell toda la historia, empezando con las tretas que había empleado Dungarran para chantajearla.

—¡Que me aspen, Hester! Nunca habría creído eso de Dungarran. ¿Cómo ha sido capaz de tener un comportamiento tan indigno de un caballero?

—Nunca… nunca habría cumplido su amenaza, Lowell. De eso me doy cuenta ahora. Es todo un caballero. Pero déjame que te explique por qué era tan importante para él que lo ayudara.

Siguió contándole cómo habían trabajado juntos para descifrar los documentos, la sensación de triunfo cuando encontraron la clave del pentagrama… Al final se lo contó casi todo, omitiendo únicamente los besos de Dungarran y el sorprendente efecto que habían tenido en ella. No eran detalles relevantes para la historia. Pero le llevó bastante tiempo contarle el resto, porque si Lowell iba a ayudarla tenía que saberlo todo, incluyendo el reciente descubrimiento sobre las claves del pentagrama.

Fue un alivio poder confiar en él. Lowell había sido su cómplice y confidente durante muchos años, pero el trabajo que Dungarran y ella habían llevado en secreto había levantado un muro entre los hermanos. Ahora la confianza volvía a ser plena… salvo por los esfuerzos de Dungarran por instruirla en el arte de la seducción.

Al acabar su relato, Lowell, que había estado mirando por la ventana, se volvió hacia ella.

—¿Cuándo has dicho que volverá Dungarran?

—No volverá hasta dentro de dos días.

—Mmm —murmuró él, apurando el brandy—. Bien, no quiero asustarte más, Hes, pero hay alguien al otro lado de la calle que lleva varios minutos observando la casa. ¡No! ¡No te acerques a la ventana! Me ha visto a mí, pero no debe verte a ti. ¡Espera! Viene hacia aquí. ¡Rápido! Sube a mi habitación y llévate tus cosas.

Hester esperó en lo alto de las escaleras. El corazón le latía tan fuerte que temía que el visitante pudiera oírlo.

—¿Señor Perceval? ¿El señor Lowell Perceval? —preguntó el recién llegado con acento extranjero.

—¿Señor?

—Oh, discúlpeme, no me he presentado. Mi nombre es Razan. Charles Razan. Soy amigo del conde de Landres. ¿Puedo pasar?

Hester oyó cómo las pisadas se dirigían al salón.

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó Lowell.

—Monsieur de Landres me ha enviado con un mensaje para la señorita Perceval. ¿Puedo verla?

—¿Mi hermana, señor? ¿Qué le hace pensar que vive aquí?

—Oh, ya sé que no vive aquí, pero el criado de la señora Martindale dijo que tal vez hubiera venido a visitarlo.

—El criado de la señora Martindale se equivoca. La señorita Perceval ni siquiera esperaría encontrarme aquí. Cree que me he marchado de Londres. Y así sería, si no

fuera por un cambio de última hora en mis planes. Espero marcharme muy pronto, así que no podré entregarle el mensaje. Lo siento, pero no puedo ayudarlo.

—En ese caso, le pido disculpas por haberlo molestado —hubo una pausa—. ¿Está seguro de que no se encuentra aquí?

—Completamente seguro —respondió Lowell con voz fría—. Lo acompañaré a la puerta. Que tenga un buen día, señor.

Hester oyó cómo se abría y cerraba la puerta. A los pocos segundos Lowell subió las escaleras.

—¿Lo has oído?

Ella asintió.

—No se ha quedado muy convencido.

—No me sorprende —dijo Lowell—. Ha visto los dos vasos de brandy. Volverá… seguramente con más gente. No sé lo que debemos hacer.

—¡Vámonos a Abbot Quincey! —propuso su hermana—. Los documentos estarán seguros allí. ¡Vámonos a casa, Lowell! No se me ocurre ningún lugar en Londres donde pueda esconderme, y Dungarran no regresará dentro de dos días. No me atrevo a volver a Grosvenor Street.

—El Holyhead Mail sale de Wood Street a las siete y media —dijo Lowell, pensativamente—. Pero, ¿qué pasa con la señora Martindale?

—¡Cielos, no había pensado en ella! Se asustará mucho cuando vuelva de Richmond y no me vea. Si le escribo una nota, ¿podrías encargarte de que la llevaran a su casa?

—Veré qué puedo hacer. Di que estás a salvo, pero no digas dónde estás ni lo que vas a hacer.

—¿Por qué no?

—Por si acaso la nota cae en manos equivocadas. Te llevaré a Cross Keys y te quedarás esperando el coche mientras yo voy a Grosvenor Street. Si la señora Martindale está en casa hablaré con ella. En caso contrario, le dejaré la nota a uno de sus criados. Será mejor que nos preparemos para el viaje, Hester. Espero que no haya ningún problema. A de Landres y Razan no se les ocurrirá buscarte en la posada, ¿verdad?

—Si buscan a alguien, no será a un joven. ¿Las ropas del señor Gaines siguen aquí? —preguntó. Su hermano asintió—. Ve a buscarlas y me cambiaré. Y busca también una bolsa para estos papeles. ¡Date prisa!

La señora Martindale aún no había regresado cuando Lowell llevó la nota, pero se la esperaba de un momento a otro. En la casa reinaba el caos, pero Lowell consiguió dejarle la nota a uno de los criados con instrucciones estrictas para que se la entregara a la señora a su llegada. No perdió más tiempo y volvió rápidamente a Cross Keys, donde estaba esperándolo su hermana. Nadie habría reconocido a la señorita Perceval en aquel joven dandi, sentado con las piernas cruzadas y leyendo

tranquilamente el periódico, y Lowell se quedó mucho más tranquilo cuando ella le dijo que nadie se había interesado por los pasajeros del Holyhead Mail. La diligencia salió muy puntual, y los dos Perceval, que nunca habían viajado en un medio de transporte tan modesto, pasaron una noche muy incómoda en el tambaleante carruaje hasta que llegaron a Northampton con las primeras luces del alba. Allí se bajaron, agarrotados y hambrientos, pero no perdieron tiempo en comer y Lowell alquiló un par de caballos para continuar el viaje a Abbot Quincey.

—He estado pensando, Lowell —dijo Hester mientras cabalgaban por los caminos rurales—. Será mejor que nadie sepa que he vuelto.

—¿Por qué no?

—Mamá nunca me dejaría trabajar al ritmo que necesito para descifrar estos papeles a tiempo. Y si de Landres o cualquiera de sus compinches se presentara en Perceval Hall, no tardarían en descubrir por mamá que yo estoy allí.

Lowell asintió.

—Pero ¿dónde podrías esconderte?

—En el desván. Podríamos preparar un lecho, aunque la comida sería un problema…

—Supongo que podría llevarte algo, pero si lo hago a menudo alguien acabará haciéndose preguntas. Y necesitarás ropa y alguien que te asista.

Hester lo pensó por un momento.

—¿No podríamos pedirle a Maggie que me ayudara? Se pasea por la casa sin llamar la atención y nadie advierte nunca su presencia. Ella podría conseguirme la ropa y la comida sin levantar sospechas —a pesar del cansancio y la inquietud, consiguió esbozar una sonrisa—. ¡Acuérdate de cómo se ocupaba de nosotros cuando éramos niños! Estoy segura de que lo hará… especialmente si se lo pides tú, Lowell. Siempre fuiste su favorito. Nunca te negaría nada.

Decidieron que Lowell la ayudaría a subir al desván por una escalera en desuso al fondo de la casa, y que luego iría a buscar a Maggie. A partir de ahí tendrían que improvisar. Pero, pasara lo que pasara, Hester estaba decidida a trabajar sin interrupciones hasta que resolviera el enigma del pentagrama. Cuando Lowell le preguntó el motivo ella se lo explicó.

—Esos papeles se han convertido en una especie de reto personal. No me siento orgullosa por engañar a mamá y a papá, ni por haber actuado con Dungarran de cara a la sociedad. Me llevé los documentos para salvarlos, y si puedo descifrar el mensaje oculto que contienen, sentiré que todo lo que he hecho ha estado justificado.

—Creía que estabas haciendo esto por Dungarran.

—¡Claro que no!

Lowell la miró con una ceja arqueada, y Hester puso una mueca.

—Bueno, en cierto modo sí lo hago —admitió—. Quiero demostrarle que se me puede tener en cuenta, que no soy tan sólo una… —miró a Lowell—. Sabes tan bien

como yo que Dungarran es un… un… Sólo le interesan los coqueteos y las seducciones, y yo quiero que me tome en serio.

—¡Estás enamorada de él!

—¡Tonterías! No seas estúpido, Lowell. No me refiero a que me tome en serio como mujer, sino a mi trabajo.

Lowell la miró con curiosidad mientras seguían cabalgando. Le parecía que su hermana se estaba justificando más de la cuenta, pero no quiso ahondar en el tema. Hester ya tenía bastantes preocupaciones.

Llegaron a las cuadras de Perceval Hall antes de que los criados se hubieran levantado. Hester estaba desfallecida, pero Lowell sacaba fuerzas de flaqueza cuando encaraba un desafío. En cuestión de minutos, Hester se encontró en su desván, sentada en su sillón favorito mientras su hermano ordenaba el mobiliario.

—¡Aguanta, Hes! No te rindas ahora. Muy pronto lo tendremos todo listo —miró a su alrededor y señaló un hueco—. Ahí hay espacio para una cama, y Maggie sabrá dónde puedo conseguir una —volvió junto a ella y la abrazó—. Voy ir a buscarla. No tardaré mucho… ¡No pongas esa cara, Hes! Unas horas de sueño y estarás como nueva.

Lowell volvió al poco rato con su vieja niñera. Maggie podía ser muy gruñona, pero tenía buen corazón. Juró guardar el secreto y subió unas sábanas y almohadas del armario ropero, mientras Lowell arrastraba un catre del desván contiguo Hester apenas oyó las reprimendas de Maggie, y apenas sintió sus ásperas manos cuando le cambió la ropa de Woodford Gaines por un chal de algodón. Antes de que se diera cuenta, estaba bajo las frescas sábanas con olor a lavanda.

Lo último que vio antes de quedarse dormida fue la bolsa con los papeles en el suelo, junto a la cama.

Capítulo Doce

Hester durmió durante varias horas y se despertó con un sobresalto. Maggie estaba dejando una bandeja con chocolate caliente y panecillos junto a la cama. Volvió a marcharse y regresó con una jarra y una jofaina. Para entonces, Hester ya había dado buena cuenta del desayuno.

—Le buscaré un poco de ropa en cuanto pueda —dijo, mirando con expresión reprobatoria la ropa de Woodford Gaines—. No puede llevar esa ropa, señorita Hester. No es apropiada.

—No importa la ropa que lleve, Maggie. Nadie me verá, salvo tú y Lowell. Pero tengo que empezar a trabajar enseguida.

Maggie soltó un bufido.

—Traeré las cosas que su madre dejó para la aldea. Debe de haber algo que le siente bien.

Unos minutos más tarde regresó con algunas prendas interiores y un vestido marrón de algodón basto. Hester, aún con el chal, ya estaba esparciendo los papeles del pentagrama en el escritorio y sacando las plumas. Enseguida estuvo absorta en el trabajo, con el pelo recogido y el vestido manchado de tinta.

A mitad de la mañana Lowell apareció para ver cómo estaba. Se echó a reír al verla tan concentrada, pero quedó satisfecho con su aspecto.

—Veo que no hay ninguna necesidad de preocuparse por ti.

—¿Qué te han dicho papá y mamá por haber vuelto de este modo tan inesperado?

—Se han sorprendido mucho, como es natural, y me han preguntado qué estaba haciendo aquí. Les he dicho que pensaba ir a Devon, pero que el viaje fue cancelado en el último minuto… lo que es cierto. Olvidé decírtelo ayer; el padrino de Gaines se puso enfermo y por eso me quedé en Londres. Para serte sincero, la familia está tan ocupada con los asuntos de la abadía Steepwood que apenas se han percatado de mi presencia. ¡No te puedes imaginar el jaleo que se ha formado, Hester! Papá y los otros parecen estar arreglándoselas, pero los vecinos no se calmarán hasta que todos sepamos quien será el nuevo propietario. ¿Y tú? ¿Necesitas alguna cosa?

—Necesitará más plumas. Éstas se consumen enseguida.

—Déjamelas a mí. Soy un experto arreglando plumas.

Durante los próximos días, con Lowell suministrándole el apoyo necesario y con Maggie atendiendo sus necesidades físicas, Hester pudo dedicar todo su esfuerzo y atención a descifrar el pentagrama. Enterrada bajo una larga y elaborada serie de frases en lengua española, y acompañada por lacónicos comentarios en francés, estaba surgiendo la imagen de un pequeño grupo de disidentes españoles. No tenían motivo para acoger con agrado a los franceses… Napoleón había invadido

su país, había ocupado Madrid y había instalado en el trono a su hermano José. Sin embargo, estos nobles españoles mantenían una correspondencia secreta con agentes franceses. Las cartas expresaban su hondo resentimiento hacia los mandos británicos en la Península Ibérica… en especial por el despotismo que demostraban en sus decisiones estratégicas, tomadas sin tener en cuenta a algunos de los mejores generales de España. La llama del rencor había sido hábilmente avivada por los franceses, y la situación había llegado a tal extremo que uno o dos de esos nobles estaban dispuestos a tomar medidas drásticas. Se mencionaba el asesinato, pero ¿de quién? Los españoles eran demasiado cautos para dar nombres.

Hester perseveró en su esfuerzo, sin apenas dedicar tiempo a comer ni a dormir. Había salvado los documentos de la destrucción. Pero al llevárselos a Abbot Quincey había asumido una gran responsabilidad. La vida de alguien, posiblemente la de lord Wellington, estaba en peligro. No podía descansar hasta llegar al fondo de la trama.

Y finalmente, después de trabajar hasta la extenuación, consiguió dar con la clave. Acababa de escribir el resumen de todo lo que había descubierto, cuando Lowell irrumpió en el desván para comunicarle que Dungarran estaba en el vestíbulo y que había pedido ver a su padre.

Pérdida en los recuerdos, Hester apenas había escuchado la voz de Lowell y las preguntas de sus padres. Se desperezó y se volvió hacia su madre, justo cuando su hermano estaba contando el momento en que ella había aparecido en la puerta.

—Mamá… ¡lo siento! ¡De verdad que lo siento! No pensé en otra cosas que en los documentos. Y no fue hasta que vi tu cara y… y Dungarran me acusó de… Perdóname, por favor —la voz se le quebró y no pudo seguir hablando.

Su madre la rodeó con los brazos.

—¡Pues claro que te perdono! Tu padre y yo estamos orgullosos de ti, Hester. Pero ahora tienes que irte a la cama. Necesitas descansar. Hablaremos cuando hayas dormido un poco. ¡Vamos!

Sir James besó a su hija antes de salir.

—Supongo que yo también debo perdonarte, aunque sigo pensando que tendrías que habérnoslo contado todo. Pero Dungarran ha sido muy duro contigo. Ahora todo depende de él y de Hugo.

Después de relatar su historia, Hester no tenía fuerzas para permanecer despierta y estuvo durmiendo durante casi dos días, despertándose sólo para tomar el agua o la sopa que le llevaban su madre o las doncellas. Pero, despierta o dormida, no tuvo ningún pensamiento para el mundo exterior. Londres, la señora Martindale, el pentagrama, Wellington… Nada existía más allá de su dormitorio. Ni siquiera Robert Dungarran. Pero aquel respiro no duró mucho. Al cabo de dos días había recuperado las fuerzas, la conciencia… y su desdicha.

Hugo y Dungarran habían salido muy temprano de Perceval Hall, y viajaron tan rápido que llegaron a Londres al caer la noche. Dungarran informó brevemente a su tía y luego fue a Horse Guards, donde tuvo la suerte de encontrar a uno de los

oficiales más competentes de lord Bathurst. Tras explicarle rápidamente la situación, dos de los mejores hombres del ejército fueron enviados a Lisboa con el mensaje y se llamó a otros cuatro para darles instrucciones. Dos de ellos tomarían una ruta marítima a La Coruña y atravesarían el norte de de la península con la ayuda de las guerrillas españolas. Los otros viajarían disfrazados hasta Calais y seguirían la ruta más peligrosa a través de territorio francés, empleando caminos sólo conocidos por ellos. El mensaje llegaría a Wellington de un modo u otro.

Robert Dungarran volvió con Hugo a casa de su tía. La señora Martindale y Hugo estuvieron hablando durante la cena, pero Robert permanecía en silencio.

—No me extraña que estés cansado, Robert —comentó su tía—. Te has pasado varios días recorriendo el país sin parar. Te mereces un descanso.

—Gracias. Supongo que me lo tomaré —dijo él.

Hugo intercambió una mirada con la señora Martindale.

—¿Por qué no te vuelves conmigo? —le sugirió a Robert—. Nos podríamos divertir, ahora que las cosas parecen haberse tranquilizado en la hacienda. Y el dieciocho de julio es nuestra fiesta.

Su amigo lo miró adustamente.

—No sé por qué siempre me ves como un amante de la ciudad, Hugo. ¿Te has olvidado de las tierras de los Dungarran en Hertfordshire? ¿Y la casa en los Cotswolds… por no mencionar las propiedades en Irlanda y el refugio de caza en Leicestershire? Estoy acostumbrado a los placeres y obligaciones del campo, te lo aseguro.

—Entonces no te importará venir a nuestra fiesta —insistió Hugo, volviéndose hacia su anfitriona—. ¿Y usted, señora Martindale? ¿Le gustaría disfrutar de una estancia en el campo? La vida en Londres será bastante aburrida en los próximos meses. Y ha sido usted tan amable con Hester que mis padres estarían encantados de recibirla.

—¡No lo creo, Hugo! ¿Cómo van a recibir a la mujer que perdió a su única hija?

—Las circunstancias fueron… excepcionales. Y parte de la culpa hay que atribuírsela a Hester. Pero ahora que vuelve a estar a salvo con mis padres, estoy seguro de que se habrán olvidado de todo el asunto. Creo que los dos deberían venir, señora Martindale.

—A tu hermana le gustaría ver a mi tía, sin duda. Pero no a mí —dijo Dungarran, levantándose de la mesa y acercándose a la chimenea—. Esta mañana fui imperdonablemente grosero con ella.

—¿Tú, Robert? —preguntó su tía—. ¿Grosero? ¿Imperdonablemente grosero? ¡Eso sí que no me lo puedo creer!

—Estaba muy furioso. Hugo estaba allí y puede confirmarlo.

La señora Martindale miró horrorizada a Hugo.

—¿Es cierto, Hugo?

—Sí. La verdad es que fue muy injusto con Hester. Le pedí que me lo explicara cuando veníamos para Londres, pero no quiso contarme nada. Nunca lo había visto así —dudó un momento y siguió—. Si no fuera de Robert de quien estuviéramos hablando, pensaría que está…

—¿Sí? —lo acució la señora Martindale.

—Pensaría que está…

—¿Enamorado ?

—Ridículo, ¿verdad?

—¡Pues claro que es ridículo! —espetó Robert—. Adelante, reíros cuanto queráis. Tengo treinta y un años y me he enamorado por primera vez. He perdido la cabeza, la razón, el respeto por mí mismo, y esta mañana perdí el control. Tu hermana, Hugo, nunca había mostrado mucho interés por el matrimonio ni por mí, pero ahora será imposible convencerla para que se replantee su actitud. ¡Todo es muy divertido, desde luego que sí!

—¡Robert! ¡Oh, querido, nunca imaginé que vería este día! Estoy muy contenta por ti.

—¿Por mí? ¿Te has vuelto loca, tía? ¿Es que no has oído lo que acabo de decir? Hester Perceval no querrá verme. Y nunca se permitirá amarme.

—O mucho que me equivoco, o ya te ama.

—Robert tiene razón, señora Martindale —dijo Hugo con pesar—. Hester siempre ha jurado que nunca se cansaría. Puede que tenga razón acerca de sus sentimientos, pero puede ser muy testaruda cuando quiere.

—Como todos sabemos —dijo Robert.

—¡Me avergüenzo de ti! —exclamó la señora Martindale—. Si un caballero respetable con todo a su favor no puede convencer a una joven dama que ya está enamorada de él para casarse, me… ¡me comeré mi mejor sombrero! No estoy diciendo que sea fácil, pero no es imposible. Siempre has sabido cómo tratar a las mujeres, Robert.

—Eso me has dicho siempre, madrina. Me alegro de que uno de los dos pueda ser feliz.

La señora Martindale le sonrió a Hugo.

—Hugo, en estas circunstancias no creo que fuera muy sensato aceptar la hospitalidad de tus padres. Pero unos primos de mi difunto marido viven en la región, y podremos sonsacarles una invitación. Estoy deseando ver otra vez a Hester y a tus padres, y me encantaría asistir a vuestra fiesta. Robert puede hacer lo que quiera.

La señora Martindale no perdió tiempo en los preparativos. Habló con sus parientes antes de que éstos abandonaran Londres y recibió una calurosa invitación. Dos días después, su sobrino y ella estaban en Courtney Hall, a sólo diez kilómetros de Abbot Quincey.

Hugo había llegado antes a Northamptonshire, impaciente por contarle a su hermana que Wellington estaba fuera de peligro. Fue la única noticia que la complació. El resto… que la señora Martindale y Robert Dungarran estaban a sólo diez kilómetros de distancia y que Dungarran tenía intención de visitarlos muy pronto, bastó para que se encerrara de nuevo en su desván.

Se sentía como un animal herido buscando refugio, pero, por primera vez en su vida, no encontró ningún consuelo en su lugar favorito. Permaneció durante horas acurrucada en su sillón, empleando toda su inteligencia y sentido común en sanar las heridas de su corazón. Sabía que había hecho lo correcto al rechazar a Dungarran.

Entonces, ¿por qué perdía más tiempo pensando en él? No era más que un ingrato y oportunista despiadado que usaba a la gente para lograr sus propios fines, sin importarle que fueran seres humanos.

Ella se había enfrentado a sus miedos al rescatar los papeles. Había sufrido una angustia horrible hasta que encontró a Lowell. Había soportado un viaje incómodo y agotador hasta Abbot Quincey. Había engañado a su familia. Apenas había comido ni dormido hasta que acabó de descifrar el pentagrama… ¿Y cuáles habían sido las últimas palabras de Dungarran? «Señorita Perceval. Veo que tiene ahí los papeles del pentagrama». No había mostrado la menor alegría por verla ni el mínimo orgullo por el trabajo realizado. Era un hombre sin corazón, y ella no quería tener más trato con él.

Una punzada de desolación la traspasó. Zeno también tendría que desaparecer… ¿Qué haría sin su mejor amigo? ¿Cómo llenaría sus días vacíos?

—¡Hester! ¡Hester!

Al oír la voz de Lowell, Hester se recompuso y se levantó, un segundo antes de que su hermano irrumpiera en el desván.

—¡Dungarran está aquí, y mamá quiere verte!

—Por favor, dile a mamá que bajaré dentro de un rato. Cuando Dungarran se haya marchado.

—No puedo hacerlo —replicó Lowell—. Ha insistido en que bajes ahora mismo. Creo que Dungarran ha venido a ver a papá. Será mejor que te des prisa, Hes.

Hester siguió a su hermano por las escaleras. Nada más verla, su madre la agarró del brazo y la llevó a su dormitorio.

—¡Tienes que cambiarte, querida! Tu doncella ha sacado un vestido para ti y está esperando para arreglarte el pelo.

—¿Por qué tantas molestias, mamá? —preguntó ella mientras su doncella empezaba a peinarla—. No quiero ver a nadie.

—¡Pues tendrás que hacerlo, Hester! Te lo ordenamos tu padre y yo.

Hester se puso pálida.

—Supongo que se trata de lord Dungarran… ¡No puedes hacerme esto, mamá! ¡Es muy cruel por tu parte!

—¿Cruel? —repitió su madre, indignada—. Hester Perceval, permíteme decirte que no son muchas las damas que tienen la oportunidad de casarse con uno de los caballeros más ricos de Inglaterra.

—¿Casarme? ¿Quieres decir que ese… ese hombre ha tenido el descaro de venir hasta aquí para pedir mi mano?

—¿Qué estás diciendo? ¿El descaro? De verdad, Hester, a veces me pregunto si tanto estudio te ha afectado el cerebro. Robert Dungarran proviene de una familia noble y respetable. Es un caballero apuesto, rico y un perfecto pretendiente. ¡Su petición no podría ser más halagadora! Y ahora ya está bien de tonterías. Recibirás a Dungarran y escucharás lo que tenga que decir.

La señora Perceval se mostró inflexible, y Hester tuvo que resignarse a ver al hombre al que había jurado evitar y que ahora, si su madre estaba en lo cierto, se disponía a pedir su mano… Una petición que ella estaba decidida a rechazar rotundamente.

Lo recibió en el pequeño salón.

—Lord Dungarran —lo saludó fríamente, haciendo una reverencia.

—Señorita Perceval, le… le he pedido permiso a su padre para… —se detuvo un momento—. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo por el jardín? Hace un día espléndido, y este salón alberga un recuerdo que preferiría olvidar.

Hester no se movió.

—¿Por qué habría de olvidarlo? Es el recuerdo de uno de sus grandes triunfos… El enigma del pentagrama fue resuelto a tiempo. Y por alguien que, al ser mujer, no esperaba recibir ningún reconocimiento, respeto o admiración por su trabajo. Me sorprende que confiara en recibir algún agradecimiento.

—¡Eso son tonterías y lo sabes! Dame diez minutos a solas en el jardín y te enseñaré lo mucho que respeto y admiro tu inteligencia… Y lo mucho que te quiero y espero que quieras casarse conmigo.

—Muy halagador. Pero demasiado tarde. No necesito diez minutos en ninguna parte para recordarle, lord Dungarran, que nuca he tenido la menor intención de casarme con nadie. Y después de nuestra relación profesional, ¡le puedo asegurar que si alguna vez cambio de idea no será para casarme con usted!

Hester reparó en el creciente rencor de sus últimas palabras y se detuvo. Aquél no era el comportamiento que recomendaban las normas de etiqueta para una joven que recibía una petición de mano. Respiró hondo y siguió hablando con voz más dulce y forzada.

—Lo siento si esto le causa dolor, pero…

Pero Robert Dungarran, fortalecido tras haber mantenido una breve pero reveladora charla con Lowell, respondió con una sonrisa.

—Dudo mucho que lo sientas. Pero si te hace feliz, sí, me estás causando dolor. Sin embargo, me niego a marcharme como sé que debería hacer, con una sonrisa varonil y despotricando por la falta de consideración. Y me niego a hacerlo porque

estoy convencido de que, a pesar de tu obstinado rechazo, podríamos ser felices juntos…

—¡La típica arrogancia masculina! Ya he oído bastante. Es hora de que se marche, señor.

—Me iré por ahora… Es evidente que hoy no quieres escucharme. Pero no voy a abandonar, Hester. Es demasiado importante para mí —se acercó a ella y, tomándola con firmeza de las manos, la miró fijamente a los ojos—. ¿Tienes idea de lo extraordinaria que es esta armonía de cuerpo y mente que fluye entre nosotros? ¡No, no intentes negarlo! ¡Es armonía, Hester! Piensa en las horas que hemos trabajado juntos… ¿Cómo puedes negar el entendimiento instintivo y mutuo que existe entre los dos? Y en cuanto a la armonía corporal… Te la puedo recordar ahora mismo.

Inclinó la cabeza hacia delante. Hester intentó apartarse, pero él la estrechó entre sus brazos para besarla con delicadeza. Aunque, ya fuera un beso suave o apasionado, el resultado era siempre el mismo. Hester sintió cómo se derretía en cuanto sus labios se rozaron.

—¡No! —gritó, soltándose de su abrazo—. No voy a dejar que me seduzca como a tantas otras. ¡No seré su esposa! ¡Me niego a ser la esclava de ningún hombre! Puede venir tantas veces como quiera, lord Dungarran, pero yo no pienso volver a verlo. ¡Y no me importa lo que digan mis padres!

Él la miró con expresión severa.

—¿Esclava? Con esa forma de hablar nos estás menospreciando a ambos. ¡Esto no es una seducción, Hester! Quiero que seas mi compañera, mi pareja, y te ofrezco un hogar, hijos, una vida entera de amor, respeto y devoción. No voy a permitir que rechaces todo eso. Considérate advertida.

Se giró sobre sus talones y salió del salón. Hester corrió hacia la ventana y lo vio alejándose de la casa en dirección a las cuadras. Siempre le había parecido alto e imponente, pero en el campo parecía aún más poderoso.

Se apartó de la ventana. Aquella mañana había visto un atisbo del nuevo Robert Dungarran. El caballero londinense frívolo y distante había dejado paso a una imagen más inquietante. Sus últimas palabras habían revelado un aspecto de su personalidad que debían de conocer muy pocas personas. Había hablado con franqueza y seriedad. ¿Sería aquél el verdadero Robert Dungarran?

Ella lo había ofendido al frivolizar sobre el matrimonio. ¿Por qué? ¿Tal vez porque la opinión de Dungarran sobre el matrimonio implicaba un respeto por igual entre el hombre y la mujer? De ser así, supondría un ideal radicalmente distinto a la triste opinión de Hester. ¿Cuál de las dos visiones estaría más próxima a la realidad?

Volvió a aislarse en el desván para reflexionar sobre esas cuestiones. Pensó en el matrimonio de sus padres. Su madre no era una mujer muy inteligente, pero su padre le profesaba un respeto y un amor incondicional, y los últimos sucesos habían demostrado el apoyo que se prestaban mutuamente. Pensó también en el matrimonio de Beatrice Roade, lleno de amor y buen humor, y en el que Harry la había ayudado

a tratar con su difícil padre. Recordó otros matrimonios, quizá no tan ideales, pero sin duda muy satisfactorios para ambos cónyuges.

¿Sería posible que las enseñanzas de la señora Guarding la hubieran influenciado demasiado? ¿Podría ser que su primera experiencia en Londres la hubiera traumatizado de por vida? ¿Se estaría privando de algo que podía ser… maravilloso?

Se mantuvo en su postura de rechazo cuando Dungarran iba a visitarla. Sabía que tenía armas muy efectivas para persuadirla y que no dudaría en usarlas, y ella quería decidir por sí misma. Cada vez que Dungarran se presentaba en casa también le enviaba una nota con Lowell. Todas estaban en clave… afortunadamente, ya que no le habría gustado que su madre leyera algunas de ellas. Todas contenían el ingenio y la ironía de Zeno, y aunque Hester no era consciente, resultaban tan demoledoras como su presencia física. Pero hubo una en concreto que la hizo salir a los jardines ciega de furia.

Encontró la nota en su escritorio, como siempre, y empezó a descifrarla. Pero no había llegado ni a la mitad cuando sintió que le ardían las mejillas. Era uno de los pasajes más escabrosos de *El malvado marqués*, y venía acompañado de un mensaje: Sólo tres personas en el mundo conocen el nombre del autor, aunque a muchos más les gustaría saberlo. ¿Se lo decimos? ¿O prefieres discutirlo primero? Esta tarde a las dos en punto junto al gran cedro. No iba firmado… pero ninguna firma era necesaria.

Hester salió de casa a las dos menos diez, dispuesta para presentar batalla.

—¡Llegas muy pronto! Estupendo —dijo él con una de sus peligrosas sonrisas.

Hester se detuvo en seco. Aquella sonrisa le estaba provocando estragos.

—¡Dijiste a las dos en punto! —lo acusó.

—Pensaba que me tendrías esperando media hora o más. ¿Te apetece dar un paseo? No pasa nada —añadió al verla dudar—. Tu madre sabe que estás en el jardín conmigo y confía en mí.

—Eso es porque no te conoce como yo —replicó Hester—. Cree que eres un caballero, no un chantajista.

Echó a andar junto a él y se dirigieron hacia el puente.

—Tenía que hacerlo, mi amor. De lo contrario no me habrías dado la oportunidad para explicarme.

—¡Yo no soy tu amor!

—Oh, claro que lo eres. Digas lo que digas, serás mi amor para siempre. No me pidas que te explique eso, Hester, porque no puedo. Y eso me recuerda que… —sacó un paquete del bolsillo—. Tengo esto para ti.

Ella deshizo el envoltorio y miró sorprendida a Dungarran.

—¡Mi delantal! Mi delantal azul.

—Lo encontré en el suelo del estudio, después de que hubieras desaparecido. Desde ese momento, apenas pude actuar con racionalidad —esbozó una sonrisa

caprichosa—. Ridículo, ¿verdad? Robert Dungarran, el defensor de la lógica. Zeno, el matemático y creyente en el poder supremo de la razón… Los dos sucumbieron a una chica con un delantal azul y el rostro manchado de tinta. Eso es lo que pasó, Hester. Me enamoré de ti con este delantal azul, aunque no lo supe hasta mucho después. Y cuando me di cuenta de la verdad no supe qué hacer. Estabas en la puerta, rodeada por tu familia, y no sabía si quería besarte, sacudirte o poseerte allí mismo. Una confusión nada propia de Robert Dungarran… especialmente porque ninguna de esas opciones era posible. De modo que me aferré a lo única certeza que tenía… los papeles del pentagrama. Sabía que era una equivocación, pero no se me ocurría nada más. Estaba paralizado.

—¡Estaba muy dolida! Cuando Lowell me dijo que habías llegado, apenas pude tenerme en pie. Pero deseaba verte. Y entonces… entonces…

—Creíste que mi único interés eran los documentos. Hester, te juro que cuando te vi, lo único que colmó mi corazón y mi cabeza fuiste tú. La mención de los papeles fue sólo una manera patética de comunicarme contigo. Estaba tan confuso que no sabía por dónde empezar.

—Estabas enfadado.

—¡Estaba furioso! Intenta comprenderlo, Hester. No recuerdo haber perdido nunca el control de mis emociones. Mi tía te diría que siempre he sido demasiado distante, que nunca me he interesado lo suficiente por nada. Las matemáticas eran mi única pasión, ya que las fórmulas y ecuaciones no provocan reacciones violentas. Siempre he rechazado cualquier clase de afecto irracional, hasta el punto de despreciarlo. Pero tú te apoderaste de mi corazón antes de que pudiera darme cuenta…

Hester estaba tan nerviosa que sus inquietas manos amenazaban con hacer jirones el delantal. Dungarran se lo quitó delicadamente.

—Yo lo sostendré, Hester. No quiero que se eche a perder.

—Dices que estás confuso… ¡Pero yo también lo estoy! —gritó ella—. Desde que tenía diecisiete años he sabido lo que quería para mi vida, y el matrimonio no entraba en mis planes. Pero ahora… ahora vienes con tu sonrisa, tu ingenio, tus miradas y…

—¿Mis besos?

—¡Sí, maldito seas! ¡Tus besos! Y ya no sé lo que quiero —las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro—. ¿Cómo puedo saber el futuro que me espera contigo? ¿Cómo puedo saber si seríamos felices?

Él le puso los dedos en la barbilla y le hizo levantar la mirada.

—No puedes saberlo —dijo con voz grave—. Algunas cosas hay que dejarlas en manos del destino. Pero ¿serías más feliz sin mí?

Hester no respondió, y él sacó su pañuelo para limpiarle el rostro.

—Al menos no es tinta.

Ella se dio la vuelta sin decir nada.

—Hester, has oído lo que tenía que decirte. No me puedo imaginar una vida sin ti, pero veo que aún no estás convencida. Así que, ¿me permites hacerte una sugerencia? —le preguntó. Ella no respondió, pero él sabía que lo estaba escuchando—. ¿Podemos vernos mañana, y cada día, hasta que estés segura de lo que quieres? Déjame intentar convencerte de que juntos tenemos la posibilidad de ser felices. Y si a pesar de todo no logro convencerte…

Hester se giró para mirarlo.

—No volveré a molestarte nunca más —concluyó él con una sonrisa triste.

Durante los días siguientes, Hester se encontró con Robert en los jardines a diario. Cada día aprendía algo más de él… su extravagante sentido del humor, su consideración, su profundo afecto por el campo… Eran unos rasgos que nunca había mostrado en Londres. Juntos ayudaron con los preparativos de la fiesta inminente, y Robert demostraba sentirse muy cómodo con todo el mundo: la familia de Hester, las visitas, los comerciantes, los criados, los granjeros…

Cada mañana Robert le enviaba una carta de amor… Unas cartas de amor que debían de ser únicas en su género, pues Hester tenía que emplearse a fondo para descifrarlas. Algunas frases la hacían reír, otras la conmovían profundamente, y unas pocas la hacían ruborizarse. Al cabo de una semana, Robert Dungarran había triunfado. Hester Perceval, antaño recelosa soltera, había cambiado tanto que empezaba a considerar seriamente el matrimonio. Pero, ¿cómo sabría cuál era el hombre para ella?

El día de la fiesta amaneció cálido y soleado. La familia al completo se afanaba en los preparativos de última hora, seguidos por los festejos de la celebración. La fiesta fue un gran éxito, y el único percance se produjo al desplomarse un toldo sobre la cabeza de Hugo, justo cuando se disponía a presentar al cerdo premiado. Por suerte, lo único que sufrió fue su dignidad, y hubo un alborozo general al intentar atrapar al cerdo. Finalmente, los asistentes se marcharon y los criados empezaron a recogerlo todo. Hester no pudo esperar más y fue en busca de Robert Dungarran.

—Hoy no hemos dado nuestro paseo —dijo, muy nerviosa.

—¿Te gustaría darlo ahora? —le ofreció él al instante—. Creo que ya hemos hecho bastante por Abbot Quincey y su fiesta, ¿no te parece? ¡Vamos! Demos un paseo por el bosque.

El calor aún era lo bastante fuerte para agradecer la sombra de los árboles. A esas alturas se sentían muy cómodos y relajados en presencia el uno del otro, pero aquel día era distinto. Los rayos de sol se filtraban entre las hojas, creando una emocionante atmósfera de expectación. Los dos se detuvieron.

—¿Y bien, Hester?

—Yo… —respiró hondo y empezó de nuevo—. Tu nota de esta mañana… La clave era más difícil que de costumbre. No… no he conseguido descifrarla entera.

—¿En serio?

—Sí. Esta parte… —sacó un trozo de papel y se lo mostró—. ¿Qué… qué significa?

Él la miró con un brillo en los ojos.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Eh… Sí. Por favor.

Robert la tomó en sus brazos y la besó con dulzura y delicadeza.

—¿Ya está?

—No… no del todo. Hay más —dijo ella, y señaló el párrafo siguiente.

—¿Eso? No pensé que fuera a resultarte difícil. Déjame ver… ¿Por dónde podría empezar?

La abrazó con más fuerza y esa vez la besó hasta dejarla temblando. Hester le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con un fervor semejante. La pasión se avivó entre ellos y sus cuerpos se fundieron en uno, rodeados por la luz danzarina que brillaba entre las hojas…

—¡Hester! —exclamó él, levantando la cabeza y separándola hasta que la llamarada que prendía entre ellos se enfrío un poco—. A menos que seas una libertina sin escrúpulos, cariño, acabas de hacer una declaración.

Hester se llevó sus temblorosas manos a las mejillas.

—No… no sabía cómo sacar el tema —dijo—. Y como has sido tan discreto últimamente…

—¿Discreto? Si supieras cuánto he tenido que reprimirme… Entonces, ¿sabías el significado de mi nota?

—Casi todo. Hay una parte al final…

—¡Ah, sí! El último párrafo. Era especialmente difícil. ¿Y te ha derrotado? —preguntó con una sonrisa complaciente.

—¡Podría haberlo resuelto si hubiera tenido más tiempo! —protestó Hester—. Pero con la fiesta…

—¡Qué pena! Porque no vas a tener tiempo para descifrarlo.

—¡Oh! ¿Entonces me lo dirás? —sonrió tentadoramente—. ¿Me lo enseñarás?

—Te lo diré, si antes haces una cosa. La demostración vendrá después.

—¿Después de qué?

—Primero —dijo él, tomándola otra vez en sus brazos—, tienes que besarme y prometerme que te casarás conmigo.

Hester levantó los brazos y le hizo bajar la cabeza hacia ella. Aquel beso fue muy distinto al resto. Fue más dulce y prolongado, como correspondía a una declaración de amor y entrega total.

—Me casaré contigo, Robert, y haré lo posible por ser lo que tú quieres que sea.

—¡Mi amor! —exclamó él, levantándola en el aire con una risa triunfal, para luego bajarla lentamente hasta sus labios.

—¿Y ahora me lo demostrarás?

—No, mi querida Hester. Ahora no. Eso será después de casarnos.

—¡Dime entonces de qué se trata!

Él inclinó la cabeza y se lo susurró suavemente al oído. Los ojos de Hester se abrieron como platos y las mejillas se le ruborizaron.

—¡Robert! ¿De verdad? ¡Tenemos que casarnos enseguida!

Fin.